CHRISTOPHER PEÑA ARRIETA



LOS CRÍMENES DE FROSTHEAVEN LAKE

EL ASESINO DE TINDER

DEL FINALISTA PLAS 2022

THRILLER

LOS CRÍMENES DE FROSTHEAVEN LAKE

El asesino de Tinder

Christopher Peña Arrieta

Copyright © 2025 Christopher Peña Arrieta

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Cover design by: Christopher Peña Arrieta
Printed in the United States of America

Para mamá, con amor.

CONTENTS

Title Page
Copyright
Dedication
HALLAZGOS
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE

DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
EL NIÑO INVISIBLE
VLADIMIR
EL MOMENTO ES AHORA
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO
VEINTINUEVE
Books By This Author
AGRADECIMIENTOS

HALLAZGOS

Primera parte

UNO

El viento helado golpeaba la cubierta del *Calypso* y la sensación cortante era tal que temías abrir los ojos por el miedo de perder la visión ante los navajazos gélidos del aire. Las linternas apenas arañaban la densa neblina que cubría el lago. Cada crujido del hielo a lo lejos, cada gemido de los metales oxidados de la grúa que se usaba para subir las jaulas de la pesca componían una sinfonía que ya era parte de la atmósfera del paisaje en Frostheaven Lake.

Casi todos, todas las personas, estaban ligados a la pesca, de una u otra forma. Pero ser pescador, era otra cosa. De niños, en las escuelas, las maestras amenazaban a los chicos mal portados con terminar como pescadores de cangrejos de agua dulce. Muchos terminaban perdiendo los dedos o una oreja allí, sin importar lo mucho que estudiaran en la escuela.

Era un invierno brutal, como cada año, pero había algo más esa madrugada, un peso invisible en el aire y, al mismo tiempo, palpable; como si el lago estuviera conteniendo la respiración y el aire no deseara soltar un grito de auxilio.

Peter bufó al arrastrar, con su compañero, otra jaula vacía hacia la pila creciente. El golpe seco de metal contra metal resonó, apagando sus lamentaciones hostiles; así que tuvo que hablar:

—Otra puta jaula sin nada —gruñó, sacudiendo la escarcha de sus guantes, de sus mangas, del pecho. Tenía la voz ronca por tantos años de fiestas trasnochadas, de alcohol diluido en los bares de mala muerte y de las largas temporadas sin dormir.

Mike, al otro lado de la cubierta, resopló.

—Es culpa del capitán. Siempre lanzando las líneas donde no hay más que fantasmas —dijo, jalando otra cuerda empapada que alineaba la grúa de cara a las próximas jaulas que arrancarían de las entrañas del fondo del río.

Jim, el más joven, apretó los dientes mientras arrastraba su propio cuerpo, vacío de comida y con escasas ilusiones tras la pesca, o más bien su ausencia, aquella noche. La escarcha le cubría las cejas como ceniza.

—Vamos a morir de hambre esta temporada —masculló, sin levantar la vista—. Si es que no morimos de frío antes.

En lo alto, en la cabina, la silueta del capitán Wallace apenas se distinguía tras el vidrio empañado. La radio a su lado escupía una vieja canción *country* deformada por las fallas del reproductor de audio. El cigarrillo en sus labios brillaba como un diminuto faro de desesperanza.

Peter soltó una carcajada amarga, cargada de cansancio.

—Pescadores de niebla, eso es lo que somos.

Mike escupió al montón de jaulas con violencia.

—Ni niebla queda. Solo el agua helada de este maldito lago.

—Puto lago de mierda —musitó Jim, zapateando sobre la cubierta mientras hacía sus faenas.

Las manos enguantadas trabajaban mecánicamente, jalando, empujando, tirando, revisando. Jaula tras jaula, la desilusión crecía, el acero oxidado crujía y los huesos helados les rechinaban por debajo de la carne. El chirrido de la grúa anunció que una nueva línea estaba subiendo. Las poleas gemían bajo el peso y el motor resoplaba con dificultad. Al principio, parecía todo igual; cuerda mojada, olor a salitre y óxido. Pero Peter, atento, frunció el ceño. Mike lo miró directo a los ojos.

—¿Ven eso? —señaló, tensando la cuerda.

Mike se acercó al borde y Jim dejó caer una cuerda para mirar mejor, con las manos sobre el barandal. Había un bulto enredado entre alambres y algas dentro de aquella jaula. Algo oscuro, pesado. Nada como un cangrejo.

—Carajo, ¡ayúdame! —gritó Peter.

Los tres tiraron juntos. La grúa hizo el sonido, lamentable, de un animal herido. El bulto emergía lentamente del lago, dejando un reguero de agua negra.

Era grande. Demasiado grande.

Cuando finalmente lo arrastraron sobre la borda, el impacto contra la cubierta hizo temblar la estructura entera.
Al principio, nadie se movió.
Era un cuerpo.
Un cuerpo de mujer.
Desnuda, con el cabello largo pegado a la piel por el hielo. El cuerpo era una estatua grotesca, atrapada en el momento exacto de un horror inimaginable. Los ojos, abiertos y vidriosos, miraban sin ver el cielo encapotado.
Peter retrocedió, tropezando con una jaula vacía y cayendo de espaldas. Jim soltó un gemido. Mike apretó los puños hasta que los nudillos, bajo los guantes, se le pusieron blancos.
—Capitán... —balbuceó Peter, sin apartar la vista de aquella visión. Luego, como con rabia, gritó—: ¡Capitán!
Wallace, alertado por los gritos, bajó de la cabina a trompicones. Su mirada curtida por años de tormentas se quebró en cuanto vio el cadáver. El cuerpo no solo estaba desnudo, estaba marcado; pero no eran heridas de lucha, eran inscripciones sobre la piel pálida, finísimos cortes que formaban símbolos y líneas entrelazadas en patrones que no tenían sentido inmediato, pero que evocaban algo parecido a una escritura ancestral, visceral, primigenia.
Algo prohibido, sin dudas.
Wallace retrocedió como si le hubieran disparado y, sin decir una palabra, giró en redondo y corrió de vuelta a la cabina, donde agarró el micrófono de la radio como si fuera una cuerda de salvamento.
—Aquí el *Calypso*, en Frostheaven Lake. ¡Emergencia! ¡Cuerpo humano hallado en nuestras jaulas! Repito: ¡cuerpo humano hallado! El sonido estático de la radio tragó parte de su mensaje, pero la urgencia era palpable.
En cubierta, el horror seguía expandiéndose. Jim se había santiguado tres veces, con los labios moviéndose en una oración atropellada. Mike, inmóvil, miraba las marcas como hipnotizado, temiendo que su intento de lectura invocara fuerzas ulteriores que les fueran a maldecir aún más aquel viaje. Peter, que nunca había sido hombre de supersticiones, sentía un nudo helado en el estómago y unas ganas tremendas de hablar con su madre y pedirle

perdón por todo, por todo aquello de lo que pensaba que no se arrepentiría nunca.
—Eso no es... —intentó decir Peter, pero no pudo completar la frase.
El viento aumentó, con un lamento fantasmagórico entre las estructuras del barco.
«Uuuh…»
Un canto fúnebre que parecía brotar del mismísimo lago y envolverlos suavemente.
La nieve empezó a caer, lenta pero pesada, cubriendo el cuerpo de la mujer como si el propio Frostheaven intentara ocultarla con vergüenza.
Jim dio un paso atrás.
—No deberíamos haberla sacado —dijo con apenas un susurro.
Mike le lanzó una mirada dura.
—Claro, como somos adivinos; por eso escogimos subirla en la jaula, ¿no? —respondió Peter.
Jim movió los labios, pero no dijo nada.
Peter se agachó, venciendo el instinto de huir, y examinó más de cerca.
La mujer tendría, ¿qué?, ¿veintitantos? El cabello castaño, las uñas pintadas de rojo descarapelado, un pequeño tatuaje azul apenas visible en la cadera derecha, justo al lado de un moretón aterrador; una mariposa deformada de colores violeta, morado, azul y rojo. Las marcas en su torso parecían aún más crueles de cerca. No eran profundas, pero sí deliberadas; como si quien las hizo hubiera querido que dolieran mucho antes de matarla.
—Esto no es accidente —dijo Peter, con su voz ronca.
—¿Quién haría algo así? —murmuró Jim.
Mike no respondió. Solo escupió en la cubierta.
La radio de Wallace crepitó. Una voz distorsionada respondió:
«*Calypso*, entendido. Manténganse en posición. Espere la llamada de los servicios de emergencia; no debería tardar más de unos minutos.»
Peter se puso en pie lentamente. El frío le calaba hasta los huesos, pero no era solo el clima; era algo más profundo, algo que se había despertado al sacar ese cuerpo del agua. El barco, usualmente lleno

de ruidos de motor, de gritos, de golpes de metal, se había vuelto silencioso como una tumba.
Wallace volvió a bajar de la cabina.
—No la toquen —quiso ordenar, pero su voz era más un ruego—. Déjenla como está.
Nadie protestó.
La nieve seguía cayendo, cubriendo poco a poco la cubierta, los hombres y al cadáver.
El capitán caminó hasta el borde de la cubierta, mirando el agua negra más allá. Su rostro era una máscara de algo peor que miedo; era la resignación de un hombre derrotado.
—¿Qué hacemos hasta que lleguen? —preguntó Jim. Su voz era apenas un hilo.
Wallace encendió otro cigarrillo con dedos temblorosos.
—Rezamos, muchacho —dijo, soltando una bocanada de humo que el viento le arrancó de la boca de inmediato—. Rezamos por no haber despertado algo.
La tripulación se mantuvo en un círculo alrededor del cuerpo, mirándola sin saber si debían mantenerse cerca o huir de su cercanía. El lago, mientras tanto, seguía ondeando bajo el hielo, como si algo se moviera muy en lo profundo, como si fuera demasiado tarde para contener aquello que vomitó aquel cuerpo sin alma.

A las 4:49 a. m., unos quince minutos más tarde, la operadora Brenda Moore realizó una llamada de confirmación; la más extraña de su turno nocturno, de su carrera en la periferia d elo policial.
—Aquí Central, agente Brenda Moore, dándole seguimiento a su denuncia. ¿Dice que encontraron un cuerpo? —repitió con voz profesional y los dedos ya sobre el teclado del sistema central.
Tic, tic, tic, tic, tic, tic, tic…
Del otro lado de la línea, la voz de Wallace era un lamento quebrado por el miedo; llevaba rato mirando le negritud de la masa líquida, como si el asesino estuviera escondido bajo la superficie. Fueron solo minutos, pero le parecían años. Habría que imaginar un capitán con décadas de salidas a pescar cangüesos y peces de manufactura

industrial, aterrado del inhóspito lago.
—Sí, repito, cuerpo humano enredado en el interior de una jaula de pesca. Mujer, sin ropa, con... con marcas raras. Estamos en el *Calypso*, coordenadas en el lago, a unos seis kilómetros del muelle norte. ¡Manden a alguien, por favor!
Quería quejarse, sin dudas; había un regusto burocrático que lo hacía detenerse allí mismo. Ya no le interesaban el resto de las jaulas, su vida de pescador, el puto barco… quería llegar a tierra firme y beber hasta la desconexión total.
Brenda no necesitó más; con la precisión de quien ya había enfrentado emergencias —aunque ninguna como esa—, marcó la secuencia rápida para alertas de hallazgo de cadáver fuera de jurisdicción terrestre. El protocolo era claro: cuando se reportaba un hallazgo en zona lacustre, se debía notificar a la comisaría local, a la unidad de patrullaje acuático y, en caso de posibles señales de violencia, activar el protocolo de turno a los detectives asignados a crímenes mayores.
La computadora arrojó el nombre de los agentes disponibles: Úrsula Rühmann y Jonas Klein.
El sistema ya había empezado a enviar el resumen automático al móvil de patrulla número 770 y a sus celulares personales. Mientras Brenda redactaba el parte inicial, su supervisor se acercó, alertado por la tensión en el aire.
—¿Qué tenemos?
—Cuerpo femenino hallado por pescadores. El capitán del *Calypso* afirma que la mujer está desnuda y presenta marcas sospechosas.
—¿Vivos?
—Ellos, sí. Están aguardando en punto de encuentro marcado por GPS.
El supervisor asintió. No hacía falta más. Dio la orden de activar el protocolo de contención y recuperación del cadáver en condiciones seguras.

DOS

Úrsula Rühmann estaba en la cocina de su casa sirviéndose un café negro sin azúcar cuando su celular vibró. No tenía tono; el sonido de las notificaciones la ponía nerviosa; sin embargo, como producto de aquella vibración, derramó un poco de su bebida. Entendía que si la buscaban —y probablemente solo la buscarían del trabajo— sería por algo que lamentaría afrontar a lo largo del día. Tampoco le gustaban las despedidas.

Leyó el mensaje sin fruncir el ceño; todo lo contrario, sus ojos parecían abrírsele más y más, y la mirada viajaba desde donde se encontraba hasta aquella remota idea de lo que le decían desde la comisaría.

Se quedó quieta solo un segundo. Luego caminó hacia su habitación, se puso las botas, se abotonó la camisa hasta arriba y se ajustó una chamarra gruesa.

Al otro lado del pueblo, Jonas Klein despertó con el zumbido del teléfono retumbando en sus oídos a todo volumen, por culpa de los audífonos con los que se durmió escuchando un audiolibro: la única forma que había podido encontrar para dormir, leer un libro en la pantalla de su móvil al tiempo que lo escuchaba al doble de velocidad de lectura. Tenía el sueño liviano, como todo exmilitar; pero igual, los cascos hicieron las veces de charolazos en las orejas.

Le bastaron cinco segundos para leer el mensaje y activarse.

A las 5:07 a. m., ambos estaban en la central policial. Afuera, la temperatura había bajado a -29 ºC, y el viento soplaba desde el lago con una intensidad anormal y un frío fantasmagórico que llevaba consigo el olor del gélido oleaje.

—¿Qué tenemos? —preguntó Úrsula al entrar al cuarto donde se reunían los agentes antes de salir a patrullar.

El jefe de guardia, un tipo gordo y tembloroso llamado Cohan, les explicó lo esencial.

—Hallazgo en Frostheaven Lake. El *Calypso* encontró lo que parece ser una mujer muerta, sin ropa, con marcas en la piel. El barco está en movimiento lento hacia el muelle norte, coordinado por la patrulla acuática que los escolta. No han tocado el cuerpo, más que para sacarlo. Tenemos registro de su posición en tiempo real.
Jonas revisaba los datos desde su *tablet*.
—¿La patrulla acuática ya revisó el cuerpo?
—Superficialmente. Les dio alcance aproximadamente hace diez minutos. Les ordenamos no subir a bordo hasta que ustedes lleguen, pero ya estaban arriba; supuestamente no han tocado nada.
Úrsula asintió. Le gustaba que respetaran el procedimiento.
—Vamos —le dijo a su compañero.
El trayecto desde la comisaría hasta el muelle norte no era largo, pero el estado de las calles lo complicaba. El hielo sobre el asfalto era una amenaza constante. Úrsula conducía como quien ya ha sobrevivido a demasiadas vueltas de campana y sabe que es mayor la probabilidad de voltearse que la posibilidad de morir por ello. Jonas miraba en silencio al exterior del vehículo, observando las fábricas cerradas que flanqueaban la carretera, con la mano atenazando la agarradera arriba de la ventana; esqueletos, los edificios, de concreto y acero; como ruinas modernas de una ciudad abandonada, que fuera repoblada por gente de fuera, que prefería aquella pesadilla que la nada que les rodeaba.
—Qué caso, ¿no? —preguntó Jonas al fin—. Retador, seguro.
—¿Cuál?
—El del barco hacia donde vamos. Marcas en el cuerpo. Desnudez. Congelación. Podría ser un montaje… o podría ser algo mucho más perturbador. No recuerdo casos tan extraños por aquí.
Úrsula no respondió de inmediato, tomó una curva cerrada sin perder velocidad.
—Podría ser retador. Pero si un pescador me llama a las cinco de la mañana con la voz rota, asumo que observó algo que no quería ver. Y si un pescador se perturba, no quiero ni imaginarme qué pasaría con las personas alrededor de quien haya hecho esto.
Al llegar al muelle, ya había dos patrullas locales con los faros encendidos. Los oficiales jóvenes les saludaron con respeto. Uno de

ellos les entregó un plano del punto de encuentro, marcado en la pantalla del dron que seguía al *Calypso*. El otro les colocó un vaso de unicel humeante con café desabrido en el interior.

—Van lento. Están esperando instrucciones. La patrulla acuática ya está en posición —informó el agente.

Úrsula se alejó del coche y encendió un cigarrillo, a pesar del viento; el humo se deshacía en segundos.

—Enciende el equipo de hallazgos. Si bien no estamos en el lugar del homicidio, el cuerpo hará de su entorno una escena de crimen *per se*. Vamos a levantar esto bien desde el inicio —ordenó a Jonas —. Pregunta por el médico forense.

Jonas abrió el maletín: guantes, bolsas estériles, cámara térmica, blocs de notas. Todo debía estar documentado desde el primer hallazgo.

A las 5:38 a. m., el *Calypso* empezó a hacerse visible a lo lejos, entre la neblina espesa que se arrastraba sobre el lago como un animal moribundo que reptaba la superficie buscando el punto exacto donde se encontrara su último aliento. Sus luces se veían pequeñas, pero firmes.

La patrulla acuática se acercó desde el sur, lenta, cuidando no romper el hielo más de lo necesario.

Úrsula se colocó el gorro y caminó hacia el muelle; sus botas golpeaban el metal helado.

—Cuando estén listos para abordar, quiero que uno de ustedes tome video desde el arribo. No quiero lagunas en el informe —dijo a los agentes más jóvenes.

La lancha patrulla se acercó y uno de los oficiales les hizo señas.

—¿Quién sube con nosotros?

Úrsula levantó la mano. Jonas hizo lo mismo. Cruzaron a bordo, carpetas en mano, con una frialdad total, casi igual que la de los patrulleros.

En el agua, el *Calypso* flotaba como una sombra suspendida en el tiempo, contenida en el espacio que circundaban los demás. Las luces del barco parecían cansadas, respiraban como si la electricidad misma dudara si debía estar ahí. Cuando abordaron el bote

pesquero, la cubierta olía a sal, gasolina y algo más, un olor metálico, húmedo y oxidado que no venía de las jaulas.
El capitán Wallace les recibió con una expresión seca.
—No hemos tocado nada. Está ahí —señaló con el mentón.
Úrsula avanzó sin titubeos.
—Y buenos días también para usted, capitán —dijo, al pasar junto a él.
—Ein…
Y entonces lo vieron. El cuerpo seguía en la misma posición que habían descrito por radio: desnudo, tendido de lado, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza girada como si hubiera querido ver algo justo antes de morir. La piel estaba demasiado pálida, las marcas en el torso fulgurantes en medio de la opacidad gris del cuerpo sin vida; los ojos, vacíos.
Ojos de pescado.
Jonas encendió la cámara. Tomó fotos sin hablar.
Úrsula se puso en cuclillas, sin tocar nada. Solo observó.
—¿Cómo lo levantaron?
—En una de las jaulas. Estaba enredada. No sabemos cómo llegó a atorarse ahí.
Úrsula asintió.
—Cierra la cubierta. Nadie más sube sin una orden. El resto del levantamiento lo hacemos con el forense.
Jonas anotó la hora exacta del hallazgo visual. Úrsula pidió a un oficial que tomara nota de los nombres y declaraciones de cada uno de los tripulantes.
El *Calypso* flotaba silencioso mientras empezaba a asomar el hocico del sol, apenas detrás de una cortina espesa de nubes que, temerosas, se iban desvaneciendo ante aquella semidorada presencia. La claridad no traía consuelo. El muelle, atrás, parecía más lejano de lo que en realidad estaba.
Úrsula se enderezó, sacó su grabadora y dijo:
—05:47 a. m. Primer contacto visual con la víctima. Cuerpo femenino. Edad aproximada entre 20 y 30 años. Desnuda. Posición lateral; posterior a su extracción del mar. Marcas en el torso de

origen no determinado. Temperatura ambiente: -19 °C. A la espera del forense para análisis de congelamiento y causa de muerte.
Apagó la grabadora.
Miró a Jonas.
—Esto será perturbador —dijo, y sus ojos no eran de sorpresa. Eran de reconocimiento.
Él asintió; su temor no era por lo que enfrentarían durante la investigación, sino por lo que pasaría durante el tiempo en que dieran con el causante de esto, si es que estuviera en activo ahora mismo.
El sonido del motor del bote del forense rompía el silencio con una lentitud medida. Eran las 6:07 a. m. y el cielo seguía sin aclarar del todo, pero manteniendo la penumbra fuera de la ecuación; el sol parecía agarrarse a bofetadas con el encapotamiento celeste. Y en Frostheaven Lake, la luz se tomaba su tiempo; clarear allí era una batalla cuyos resultados, indeterminados, no hacían distinciones entre las victorias o las derrotas.
El doctor Neil Hadley descendió del bote acompañado de su asistente, una mujer joven de nombre Helen Lowry. Ambos llevaban los trajes adecuados para trabajar con cuerpos en temperaturas extremas: chaquetas térmicas, guantes triples, protección facial.
No hubo saludos ni formalidades, solo cejas levantadas y labios apretados. En el hielo y la muerte se habla poco y se observa más.
Úrsula Rühmann les recibió en el muelle improvisado sobre la plataforma del *Calypso*. El viento había amainado apenas, pero el frío seguía siendo absoluto, inmóvil, como si el tiempo también estuviera congelado junto con el cadáver. La promesa de un poquito de calor, sin embargo, era palpable. Iba ganando el sol, al parecer.
—La víctima está sobre la cubierta. La dejamos tal como la encontramos —dijo, sin más explicación.
Hadley asintió y avanzó sin prisa; el ritual era inevitable. Helen abrió el maletín de herramientas y comenzó a organizar las bolsas de recolección, los hisopos, las bandejas de acero y un registro digital portátil.
Jonas Klein se mantuvo en segundo plano, grabando con su cámara la llegada del equipo y documentando cada paso.

El cuerpo seguía allí, cubierto por una lámina delgada de nieve reciente. Las marcas, aún visibles en su piel, parecían líneas cinceladas a propósito por un escultor perturbado. El cabello, endurecido, se había pegado a la madera húmeda de la cubierta. A esa hora, la piel ya mostraba signos avanzados de congelamiento total: rígida, grisácea, casi translúcida. Hadley se arrodilló junto al cuerpo y comenzó una inspección visual profunda sin tocar nada; bajo estas circunstancias, no tenía caso.

—Hembra, edad estimada entre veinticinco y treinta años. No hay señales visibles de defensa. Las extremidades están congeladas, pero no fracturadas. No hay hematomas evidentes en zonas de articulación o impacto. Laceraciones múltiples en el torso, superficiales pero precisas. Ninguna parece haber sido la causa de muerte inmediata —Úrsula tomó nota, aún en silencio—. Ojos abiertos, dilatación pupilar fija. Boca entreabierta, sin signos de asfixia externa. Sin sangre aparente en cavidad nasal ni bucal. Sin signos evidentes de ahogamiento por inmersión —añadió Hadley.

Helen ya estaba tomando fotografías con el dispositivo forense. Cada ángulo, cada sombra, cada centímetro del cuerpo debían esconder mucho más de lo que ellos quisieran saber; y sin embargo, buscarían esa verdad con toda intención. Luego, la ayudante del forense colocó una regla al lado de las marcas para medir longitud y profundidad.

—Estas incisiones tienen patrones —dijo—. Simétricos. No parecen hechos bajo presión o en condiciones improvisadas. Esto fue planeado.

Jonas se acercó un poco, sin interrumpir. Observó en silencio.

Hadley, por fin, se puso guantes y comenzó a examinar las manos de la víctima. Las uñas estaban pintadas de rojo oscuro, parcialmente descarapeladas. No había piel bajo ellas.

—No hay rastro de defensa. Esto no fue una lucha. Fue una entrega o una inmovilización absoluta.

—¿Alguna droga? —preguntó Úrsula.

—No podemos saberlo sin análisis toxicológico. Pero es posible. La rigidez no es concluyente en este clima.

Úrsula caminó unos pasos alrededor del cuerpo. Miró la escena como si fuera una obra incompleta. Había algo más ahí. Algo que no se veía.
—¿Causa de muerte preliminar?
Hadley se quedó en silencio un instante. Luego respondió con honestidad:
—No puedo asegurarlo. La hipotermia es probable, pero... también podría haber sido otra cosa. Necesito hacer la necropsia en condiciones controladas. Esto... no es una muerte natural, claro. Pero tampoco tengo una firma obvia de homicidio en términos clásicos. De entrada, habrá que descongelarla.
—Entonces es una muerte incierta con contexto sospechoso —dijo Jonas, anotando.
—Correcto.
Helen comenzó a empacar el equipo mientras Hadley sacaba una manta térmica de aluminio. Con sumo cuidado, cubrieron el cuerpo por completo. La envolvieron como si fuera una reliquia, no una víctima.
El aire en la atmósfera sobre el bote pesquero era de solemnidad.
Nadie hablaba.
—¿Está lista para traslado? —preguntó Úrsula.
—Sí. La temperatura del cuerpo debe mantenerse estable para preservar tejidos hasta llegar a la morgue.
Dos oficiales subieron al *Calypso* para ayudar a cargar la camilla que habían preparado. La bajaron con cuidado al bote forense, sin sacudidas. El sonido del metal contra metal parecía más fuerte de lo regular.
El lago los observaba en silencio.
Cuando el cuerpo desapareció de la vista, Peter, uno de los pescadores que habían hecho el hallazgo, se acercó por fin a Úrsula. Llevaba las manos hundidas en los bolsillos, el rostro blanco por el frío y la mirada perdida.
—¿Van a encontrar al que hizo esto? Yo tengo una hija allí, en tierra, y…
Úrsula lo miró a los ojos; no había respuestas fáciles, pero tampoco mentiría.

—Eso depende —contestó.
—¿De qué?
—De cuántas más aparezcan.

El *Calypso* fue liberado a las 7:09 a. m., tras firmar el acta de entrega del cuerpo y un compromiso de disponibilidad para las declaraciones posteriores. Los tripulantes no dijeron mucho. Estaban demasiado ocupados tratando de no mirar de nuevo el espacio vacío en la cubierta.
Úrsula y Jonas bajaron al muelle sin hablar.
El bote forense ya se alejaba, cortando el agua negra en dirección a tierra.
En el cielo, apenas una franja pálida anunciaba la victoria lenta del día.
Jonas rompió el silencio:
—No hay signos de agresión sexual, ni lucha, ni rastros de sangre; solo incisiones superficiales y muerte por exposición. Y aun así esto se siente como un asesinato que traerá consigo nuestras peores pesadillas, ¿verdad? Es decir, este es uno de esos casos que te cambian la vida, ¿no Rühmann?
Úrsula no lo miró. Encendió un cigarro. Lo sostuvo entre los dedos mientras hablaba.
—No sé si terminemos con pesadillas, pero alguien la dejó así para que la encontraran. Y esas marcas seguramente serán las pesadillas de su padres —Jonas bajó la mirada—. Esto fue un mensaje —dijo ella, más bien para sí, recapitulando—. Pero… ¿para quién?
El viento volvió a soplar. Más fuerte. El hielo en el muelle crujió.
Úrsula lanzó el cigarrillo al suelo y lo pisó.
—Vamos a la morgue. Quiero estar ahí cuando abran ese cuerpo. Quiero ver lo que esconde.
Subieron a la patrulla. Jonas revisó el expediente provisional en su tableta.
—¿Qué nombre le damos al archivo? —preguntó.
Ella miró por el parabrisas; el lago se extendía como un espejo roto bajo la neblina. La nieve volvió a caer, lenta, implacable. El motor

arrancó, vibrando como una respiración contenida. El muelle, poco a poco, quedó atrás.

TRES

El teléfono sonó, vibrando sobre el escritorio. Samantha Cortes-White lo atrapó de un manotazo antes de que terminara el primer timbrazo. No porque estuviera ansiosa, sino porque sabía, instintivamente, que no podía ignorarlo.

—Empacadora Frostheaven, departamento de ventas, habla Samantha —respondió, automática.

Del otro lado, una voz masculina, enojada.

—¿Qué clase de broma es esta? ¡Abrí una lata de atún y encontré una corcholata de Coca-Cola adentro!

Samantha enderezó la espalda.

—Señor, permítame un momento... ¿una corcholata? —inquirió, tecleando en su computadora.

—¡Sí! Esto es inaceptable. ¡Estoy levantando una queja formal! Le confieso que estoy tentado a demandarlos.

Samantha apretó los labios, conteniendo una respuesta impulsiva. En Frostheaven, al parecer, la cadena de errores empezaba en alta mar y terminaba siempre en su escritorio, incluso si su trabajo no fuese aquel.

—Le ofrezco una disculpa, señor. Si me permite el número de lote de la lata y la fecha de compra, abriremos una investigación interna —dijo, tomando un formulario con la mano libre—. Adicional, le daré la ubicación de uno de nuestros distribuidores para que pase por otro producto de reemplazo y un regalo; por supuesto, con nuestro más sincero ofrecimiento de disculpas.

El señor la oyó sonreír avergonzada al otro lado de la línea. El cliente, entonces, soltó un bufido. Terminó por darle los datos antes de colgar de manera abrupta.

Samantha soltó el aire que había estado conteniendo. Anotó el incidente, envió un correo inmediato al área de calidad y dejó el teléfono sobre el escritorio con una sacudida apenas disimulada.

Era miércoles. Y ya estaba hasta el cuello de cosas del trabajo. ¡Miércoles!

—Dios bendiga el vino tinto y los pies descalzos que lo elaboran… —musitó para sí, ansiando su regreso a casa.

La computadora frente a ella parpadeó. Un recordatorio: dos contratos pendientes por cerrar con proveedores canadienses antes del viernes. Justo entonces, como si el universo conspirara para aplastarla un poco más, la puerta del fondo se abrió y su jefa entró al área de ventas con el caminar rápido y cortante de quien siempre tiene prisa y nunca tiene paciencia.

—Sammy —dijo, sin saludo. Ese apodo estúpido y diminutivo le chocaba; se sentía que la nombraban como boxeador latinoamericano—. ¿Y los acuerdos con Northstream y PolarHarvest? Firmados, ¿cierto?

Samantha se obligó a mantener la voz firme.

—Estamos en la etapa final de negociación. Cierro ambos esta semana.

Su jefa entrecerró los ojos, como evaluando si debía presionar más. Al final, solo asintió.

—Más vale. No quiero excusas, queremos resultados.

Se dio media vuelta y desapareció por el mismo pasillo por donde había venido.

Samantha se quedó sola en un cubículo grisáceo, escuchando el zumbido tenue de las luces fluorescentes encima suyo. Respiró hondo. Se frotó la cara con las manos enguantadas. Se detuvo unos instantes para calar la temperatura artificial del ambiente y decidió que se quitaría los guantes en un rato más. La jornada apenas estaba a la mitad y ya sentía el cansancio de un turno completo.

Por la ventana, una calle igual de gris que su entorno laboral parecía burlarse de ella.

Su celular personal vibró discretamente en el bolsillo trasero de su pantalón de mezclilla. Sacó el aparato y lo desbloqueó sin mucha esperanza.

Una notificación de Tinder. Samantha arqueó una ceja.

No era que no usara la app, pero últimamente su *feed* era un desfile de fotos borrosas de hombres en el gimnasio, tipos sin camiseta con

frases filosóficas mal escritas y otros perfiles donde la desesperación se olía a kilómetros. Un bonche de tipos que, indiscriminadamente, podían caber en dos montones: el de a quienes se les ve el anillo de compromiso en la cajuela del auto y el montón de tipos que beben y se transforman.

Esta vez fue diferente. Vladimir, de 33 años, con labores en Informática y Telecomunicaciones, veterano del NAVY, había hecho *match*. Al parecer, aquel perfil extraordinario entre sus competidores había llegado ahí trabajando para una transnacional con presencia en Frostheaven Lake. La foto de perfil mostraba a un tipo con el cabello corto, la sonrisa ladeada y ojos de un gris claro que contrastaban con la piel ligeramente bronceada o morena.

Samantha sintió, contra toda lógica, una chispa de interés.

No era solo el físico.

Había algo en su expresión, algo controlado, inteligente. Y, para su sorpresa, ese *match* había catalizado, un segundo después, un mensaje nuevo por parte de aquel hombre.

VLADIMIR:

«Espero que la primera impresión sea mejor que la primera lata de atún que abrí en mi vida. Tenía un anzuelo adentro. Juré que era una prueba de supervivencia.»

Samantha soltó una risa breve, real. No era el típico "Hola, hermosa". Era ingenioso. Natural. Y demasiado adecuado para aquella mañana.

SAMANTHA:

«No es chistoso. Yo trabajo en una empresa como la que te enlató el atún.»

«Y justo recibí una llamada de queja. Otro anzuelo enlatado por error…»

VLADIMIR:

«Uy… me sorprende que no me hayas bloqueado… aún.»

«Te confieso que vi que trabajabas ahí y quise evitar el típico "Hola, hermosa", que seguro lees a menudo.»

Samantha soltó una risa linda.

SAMANTHA:

«Bueno, también es nuestra culpa por enlatar anzuelos para los tipos

raros.»
VLADIMIR:
«¡Auch!»
La risa de Samantha se volvió una carcajada.
SAMANTHA:
«Bueno, si sobreviviste a nuestras latas, mereces conocernos en persona.»
VLADIMIR:
«Es el entrenamiento naval. Sobrevivir al atún asesino era parte del curso básico.»
Ella se sorprendió a sí misma sonriendo frente a la pantalla sin detenimientos, de nueva cuenta.
SAMANTHA:
«Presumido. Eso fue hace años. Seguro estás subido de peso, ¿a que sí?»
Samantha se arrepintió de inmediato, pero Vladimir ya le estaba contestando.
VLADIMIR:
«Supongo que tendrás que averiguarlo en esa cita en persona que me gané sobreviviendo al atún asesino.»
«*Spoiler*: me encanta el helado… no lo digo para elegir lugar de cita, sino por si deseas reconsiderar conocerme…»
SAMANTHA:
«Se nota que no eres de aquí; NADIE come helado en Frostheaven.»
El trabajo, el frío, el cansancio... todo pareció retroceder un par de pasos.
Solo un poco.
La conversación fluyó con una naturalidad inquietante. Él hacía preguntas, pero no demasiadas ni muy invasivas. Compartía pequeñas anécdotas, nada de grandes historias dramáticas ni confesiones forzadas. Un equilibrio perfecto entre interés y ligereza. Samantha respondió con cautela, pero sin frialdad. Se permitía, por primera vez en meses, no estar a la defensiva. Cada vez que el celular vibraba, su dedo se movía instintivamente para desbloquear la pantalla.

El reloj marcaba las 5:55 p. m. cuando guardó por fin sus cosas.
La jornada había terminado.
Se despidió de Vladimir con un mensaje rápido:
SAMANTHA:
«Tengo que manejar a casa. Está nevando y el hielo es traicionero. ¿Te parece si seguimos platicando luego?»
La respuesta fue inmediata.
VLADIMIR:
«Claro. Maneja segura. Me alegró el día hablar contigo. Llega con bien, ¿ok?»
Simple. Sin insistencias.
Samantha se puso su abrigo, se ajustó el gorro de lana sobre su cabello oscuro y salió al exterior. El aire la golpeó de inmediato, cortante, seco. Caminó hacia el estacionamiento, con sus botas rechinando sobre la nieve compacta.
Mientras buscaba las llaves en su bolsillo, vio movimiento cerca de la reja de empleados. Dos pescadores —uno de ellos aún con el overol empapado— caminaban cabizbajos junto a una mujer de chaqueta azul, Marcie, del departamento de calidad. Un guardia los acompañaba, no de manera violenta, pero sí firme. Samantha reconoció la escena al instante; despido inmediato. Supuso, con una punzada de incomodidad, que estaba relacionado con la lata contaminada.
Se detuvo unos segundos, viendo cómo se perdían en la noche temprana.
No es personal, se dijo mentalmente. *Es la política de la empresa. Son los protocolos de control de calidad.*
No había alternativa. Pero, aun así, algo en la forma en que Marcie arrastraba los pies le apretó el pecho.
Samantha subió a su viejo sedán, encendió el motor tembloroso y dejó que el calor artificial empezara a pelear contra el frío natural que se había instalado en su cuerpo. Antes de arrancar, miró el celular una vez más. Un último mensaje de Vladimir:
VLADIMIR:
«Cuando llegues a casa, avísame, ¿sí? Solo para saber que todo está bien y que el hielo traicionero supo estar a la altura.»

Samantha sonrió, puso el auto en marcha y las llantas crujieron por el hielo fracturado sobre el asfalto.
El lago, invisible en la distancia, suspiraba bajo su capa congelada.
La tormenta de nieve comenzaba a intensificarse.
Y, en algún lugar, lejos pero no tanto, alguien estaba sonriendo con la paciencia de una araña al acecho.

CUATRO

Samantha cerró la puerta de su casa con un empujón de cadera, sacudiéndose el frío que se le había pegado a los huesos. Dejó las llaves en el pequeño cuenco de cerámica junto a la entrada, se quitó las botas pesadas y colgó el abrigo, soltando un suspiro que pareció vaciarla de la tensión del día.

Su casa era modesta; contaba con dos habitaciones, una cocina integral y un cuarto de estar donde un viejo sofá confrontaba una televisión de pantalla ligeramente cuarteada en una esquina. Pero era su refugio. Su espacio lejos de las fábricas empacadoras, del ruido metálico de las plantas de procesamiento, de las miradas tensas de los gerentes, de los hablares golpeados de los clientes insatisfechos cuya única emoción en semanas era una posible pelea corporativa por una mala lata de atún.

Desde el rincón más cálido, una sombra negra se acercó hacia ella con un gruñido bajo y amistoso.

—¡Hola, Ghost! —rió Samantha, dejándose caer de rodillas mientras el enorme perro negro, más parecido a un lobo que a una mascota, le lamía las mejillas con entusiasmo. Ghost era más grande que muchos niños, con un pelaje espeso y brillante y los ojos color ámbar que parecían entender más de lo que deberían—. Sí, sí, ya sé que es tu turno —dijo, riendo, mientras Ghost movía la cola como un látigo alegre.

Antes de salir, se dejó caer en el sofá con el celular en la mano.

Una nueva notificación la esperaba.

VLADIMIR:

«¿Sobreviviste a las trampas de hielo y los renos asesinos de Frostheaven?»

Samantha dibujó una sonrisa pequeña. Tecleó rápido:

SAMANTHA:

«A duras penas. Ghost quiso comerme a besos en cuanto llegué.»

VLADIMIR:
«¿Ghost? ¿Hijo escondido con nombre *cool* o asesino a sueldo, contratado por un cliente insatisfecho que recapacitó al último momento?»
Samantha soltó una carcajada genuina.
SAMANTHA:
«Mi perro. Aunque podría ser ambas cosas si le pagas en latas de salmón.»
Tres segundos después, él le contestó:
VLADIMIR:
«Lo tendré en cuenta. Aunque conociendo mi suerte, ya somos amigos y solo nos falta conocernos. Tengo una estupenda relación con los perritos.»
La conversación fluyó sin esfuerzo y sin el típico nerviosismo artificial de los comienzos. Vladimir tenía ese raro don de sonar ingenioso sin parecer forzado. De parecer curioso sin ser invasivo. De hacerte reír incluso con los chistes más tontos.
Ghost apoyó su enorme cabeza en las rodillas de Samantha, mirándola con esa paciencia que solo tienen los animales que quieren demasiado.
—Sí, ya vamos, muchachote —dijo ella, acariciándole atrás de las orejas.
Escribió un último mensaje:
SAMANTHA:
«Hora del paseo del Amo y Señor de la casa. ¿Seguimos luego?»
VLADIMIR:
«Por supuesto. Que el Amo y Señor Ghost te proteja.»
Samantha sonrió, quizás con un poquito de ilusión despertada, mientras se ponía las botas de nuevo, esta vez unas más ligeras. Agarró la correa reforzada, se puso el abrigo y salió a la calle con Ghost brincando alegre a su lado, jalándola con vigor hacia los matorrales que deseaba marcar y los arbustos que quería olfatear.
La nieve cubría todo con una capa. Cada paso crujía.
El fraccionamiento donde vivía era una hilera de casas gemelas, todas pintadas en tonos grisáceos, con cercas de madera carcomida, blanca, y autos viejos enterrados bajo mantas de nieve; los tejados

eran de color ladrillo y ese pequeño toque hacía la diferencia entre lo aborrecible y lo tierno con toque de añoranza.
Ghost tiraba de la correa; su aliento formaba nubes de vapor en la oscuridad y su baba tardaba más en caer que en congelarse sobre el suelo.
Las farolas lanzaban círculos de luz mortecina sobre el pavimento helado. No se veía casi a nadie en las calles. Solo una anciana envuelta en bufandas caminaba con su pequeño perro faldero a la distancia, como dos fantasmas de otros tiempos.
Samantha sintió el usual escalofrío de vivir en Frostheaven Lake; con una mezcla de aislamiento y resignación, una sensación rara de saber que ahí no pasaba gran cosa... hasta que pasaba. Sacó el celular de su bolsillo, con la pantalla protegida con una mica aislante para el frío, y vio un mensaje pendiente.
VLADIMIR:
«Tengo que atender unos asuntos importantes de trabajo. No quiero ser grosero, pero me desconectaré un rato. Me encantaría seguir hablando mañana, si quieres.»
Samantha sonrió, una sonrisa distinta, más íntima.
SAMANTHA:
«Claro. Buenas noches, soldado. Que el trabajo te sea leve.»
No hubo respuesta inmediata. No hacía falta. Guardó el celular, disfrutando del silencio.
Ghost olfateaba cada poste, cada rincón y, de vez en cuando, lanzaba miradas rápidas a su dueña, como asegurándose de que todo estuviera en orden.
Samantha se preguntó, mientras caminaban, por qué un simple intercambio de mensajes podía tener tanto peso; quizá era el tono, tal vez era el ritmo, a lo mejor simplemente había empezado a extrañar conectar con alguien más allá de los contratos, de las quejas de sus clientes y de los estúpidos reportes de calidad.
Pasaron junto a un buzón comunitario; estaba todo cubierto de hielo. Una de las casas tenía luces de Navidad aún encendidas, temblando débilmente como si quisieran rendirse pero no pudieran.
Ghost se tensó de repente. Samantha también se detuvo. No había

nadie a la vista. Solo viento. Solo frío.
—Tranquilo, muchachón —murmuró, acariciando su cabeza.
El perro gruñó bajo, un sonido casi imperceptible, más instintivo que agresivo. Samantha caminó un poco más rápido, dirigiéndose hacia su casa.
El paseo fue breve. Diez minutos, quizá menos. Lo suficiente para que Ghost hiciera sus necesidades, descargara su energía y ella recogiera la suya. De regreso en casa, Samantha dejó que Ghost se sacudiera la nieve en la entrada. Se quitó las botas, colgó el abrigo y volvió al calor artificial de su pequeño refugio. Se sentó de nuevo en el sofá, con el celular aún en la mano. No encontró nada nuevo. Solo el eco tibio de la conversación que había tenido con Vladimir, vibrando aún en su pecho como una melodía lejana.
Ghost se acurrucó a su lado, apoyando la cabeza pesada sobre su muslo. Samantha cerró los ojos un momento. Se sintió acompañada, pero no completa.
El viento golpeaba las ventanas con sus dedos invisibles. La tormenta crecía afuera, blanca, imparable; a lo lejos, afortunadamente.
Y, por alguna extraña razón, mientras caía dormida con el retumbar de los gritos de la tormenta a lo lejos, un miedo infundado se arremolinó en sus entrañas, como si supiera acerca de la tempestad personal que estaba a punto de engullirla.

CINCO

Vladimir apoyó el celular sobre la mesa de madera sin barnizar, junto a su taza de café humeante. La luz tenue de la cocina apenas recortaba su figura contra las paredes desnudas. El aire olía a metal frío y a detergente barato.

Afuera, el viento helado seguía rasgando el mundo.

Sonrió.

No una sonrisa amplia ni radiante; apenas una curva mínima, casi imperceptible, como quien observa el primer movimiento de una partida de ajedrez donde ya conoce el desenlace.

Releyó los últimos mensajes con Samantha. Su risa sincera, su manera de bromear sin torpeza, la forma en que había hablado de Ghost; todo estaba donde debía estar, sin demasiado interés, sin demasiada frialdad. El ritmo perfecto de una cacería paciente.

Vladimir dejó el celular boca abajo, como si cerrara un libro al término del capítulo que se hubiese prometido acabar aquella noche. Se levantó de la silla y caminó hasta la cocina. Sacó dos platos hondos de un viejo mueble de pino astillado. Tomó una olla de la estufa, donde un guiso espeso y oscuro burbujeaba a fuego bajo. Vertió, después, con mucho cuidado, casi con mimo, una porción generosa en cada plato con trozos de carne, zanahorias y papas con una salsa espesa que olía a tomillo y a ajo. Casi hogareño. Casi normal. De un estante sacó dos cucharas, idénticas, limpias. Colocó una sobre cada plato. Luego, se sirvió un vaso de agua helada para sí mismo y dejó una botella sellada junto al segundo plato.

Sus movimientos eran metódicos, sin urgencia, sin distracciones.

Se sentó en la pequeña mesa de la cocina y empezó a comer en silencio. La carne estaba perfectamente cocida, tierna. Había invertido horas en lograr la receta adecuada. Cocinar bien era parte del hábito. De la cúspide alcanzada. Era una de las cosas que debían hacerse correctamente. Mientras masticaba, pensaba en Samantha.

En las sonrisas que sabía se le habían dibujado en su rostro. En su manera de escribir, como si temiera decir demasiado, pero incapaz de ocultar la calidez que vibraba debajo.
Era perfecta. No como los errores anteriores. No como las decepciones inevitables que la vida le lanzaba para manchar su plan maestro. Samantha era la pieza que faltaba. Sin dudas.
Terminó su cena, dejó el plato vacío en el fregadero, tomó el segundo plato, aún humeante, y la botella de agua. Salió de la cocina y cruzó un pasillo corto que conectaba con una trampilla. A simple vista, parecía solo una puerta de sótano: de madera envejecida, con bisagras oxidadas. Pero era mucho más que eso. Vladimir insertó la llave en una cerradura doble, girándola con un *clic* seco. Abrió la puerta, la cerró tras pasar y descendió por una escalera de madera que crujía bajo sus botas pesadas. El aire se volvía más denso y más húmedo a cada paso. Al llegar al final del primer tramo, encendió una luz fluorescente, revelando un sótano desordenado con herramientas, cajas y muebles viejos sin una distribución ordenada, aparentemente. Nada llamativo. Nada que gritara lo que realmente ocultaba ahí.
En la esquina más alejada, tras una estantería falsa, había otra puerta. Esta, de acero. Blindada. Vladimir apoyó el plato en una repisa improvisada, metió la segunda llave en la cerradura, la giró y escuchó los tres cerrojos internos ceder, uno tras otro, como suspiros resignados.
Clac.
Clac.
Clac.
Abrió la puerta.
El búnker era pequeño, apenas cinco por cinco metros, con paredes de concreto desnudo, un catre viejo, una cubeta en un rincón y, en el centro, encadenada a un grillete empotrado en el piso que le permitía algunos desplazamientos por aquella covacha, una mujer.
No Samantha. Todavía no.
Otra.
La mujer levantó la cabeza cuando la puerta se abrió. Sus ojos, desorbitados por el terror, brillaron con lágrimas frescas. La mordaza

de tela sucia le impedía articular palabras coherentes. Solo un gemido gutural, desesperado, salía por su boquita maltrecha.
Vladimir entró con el plato y la botella de agua. No dijo nada al principio, solo caminó hasta una pequeña mesa metálica junto al catre, dejó el plato allí, destapado, permitiendo que el aroma cálido llenara el aire viciado, enrarecido por el encierro y la inmundicia. Luego, dejó la botella de agua a un lado.
Solo entonces, habló; con voz tranquila, amable incluso.
—Hora de cenar.
La mujer sollozó algo ininteligible, sacudiéndose contra las cadenas. Vladimir no se inmutó. Sacó una llave pequeña del bolsillo y abrió uno de los grilletes de la muñeca derecha. Solo el tiempo justo para permitir que pudiera alimentarse.
Ella lo miró con horror y hambre a la vez.
Él se sentó en una silla desvencijada al otro lado de la habitación, cruzando una pierna sobre la otra, observándola sin expresión.
Esperando.
Era parte del proceso; la adaptación, la rendición lenta, la disolución de la resistencia inútil.
La mujer, temblando, se arrastró hacia el plato. Torpe. Hambrienta. Tomó la cuchara con manos febriles y empezó a comer. Cada cucharada era un pacto silencioso, un recordatorio de que, en ese lugar, la vida misma dependía de aceptar lo que él ofrecía.
Vladimir la observó durante un rato más, calculando tiempos, reacciones, patrones. Luego se levantó, recogió el candado de repuesto y, sin violencia pero con firmeza, volvió a asegurar la muñeca de la mujer al grillete.
Ella no resistió. Ya no.
Vladimir la miró, recordando lo hermosa y linda que se veía desnuda en su cama. Antes. Cuando él podía fundir su cuerpo dentro del suyo. Oía en su mente sus gemidos, sus palabras de cariño, escuchaba el deseo y, sin poderlo controlar, su cuerpo comenzó a activarse allá abajo.
Pensó en sus risas alegres antes de conocerle mejor.
Suspiró.
Apagó la luz del búnker, cerró la puerta de acero, escuchó los

cerrojos engarzarse uno por uno. Clac, clac, clac. Subió las escaleras sin prisa. En la cocina, se detuvo un momento.
El celular aún descansaba sobre la mesa. Lo encendió. Un solo mensaje nuevo:
SAMANTHA:
«Buenas noches, Soldado. Yo ya me iré a acostar.»
Él no respondió de inmediato. Pero su boca se estiró en una sonrisa cruel. Le encantaba que le llamaran soldado o marino. Se sirvió otro vaso de agua, caminó hasta la ventana de la cocina y miró el hielo rompiéndose en el borde del lago a la distancia.
Finalmente, escribió:
VLADIMIR:
«Buenas noches, Sam. Sueña con mares tranquilos, con playas calientitas y arenas suaves.»
Apagó la pantalla y sonrió para sí mismo.

SEIS

La morgue de Frostheaven Lake no era más que un sótano reformado en el edificio anexo al hospital regional. Las paredes eran de concreto, pintadas de un blanco más sucio de lo que la iluminación fluorescente, que vibraba de vez en cuando, hacía parecer, y un olor metálico constante que los químicos industriales de limpieza no podían tapar del todo.

Úrsula Rühmann y Jonas Klein llegaron a las 9:43 a. m., todavía con las botas salpicadas de nieve. El médico forense Neil Hadley ya los esperaba con los brazos cruzados frente al cuerpo rescatado de la joven del *Calypso*. Una sábana blanca cubría su silueta hasta la altura del cuello. La sala de refrigeración zumbaba suavemente, como el ronroneo de un monstruo dormido.

—Gracias por venir tan pronto —dijo Hadley, con su voz áspera de fumador empedernido—. Nosotros no tenemos mucho de haber llegado. Comprenderán que tenemos que esperar el proceso de descongelamiento.

—Queremos estar en esto de principio a fin —respondió Úrsula, sacando su libreta.

Jonas asintió en silencio, ajustando unos guantes de látex que sacaba de su bolsillo.

Hadley levantó la sábana con un gesto mecánico, dejando al descubierto el torso desnudo de la víctima. Las marcas, ahora descongeladas, parecían aún más macabras bajo la luz del lugar.

—¿Algún avance preliminar? —preguntó Jonas, encendiendo su grabadora.

Hadley lo miró con descalificación, pero luego ladeó la cabeza, pensativo.

—Sin violencia visible en las extremidades. Sin heridas mortales evidentes. Los cortes en el torso son superficiales, no letales. No hubo pelea. No hay defensas en uñas ni rasguños en la epidermis;

como dijimos en el barco… todo continúa como lo platicamos, salvo estas marcas ritualistas.
—¿Las marcas son ritualistas? —preguntó Klein.
—Bueno, deben serlo. Hay que profundizar, claro; pero, dado que no hay violencia tangible, podemos suponer que la occisa no…
—¿No luchó por su vida? —inquirió Úrsula Rühmann.
—Bueno, la causa de muerte sigue siendo ambigua, pero descarto una muerte por violencia física directa. —Se interrumpió un momento para señalar—: No descarto, en cambio, hipotermia asistida o sedación.
—¿Sedación? —repitió Rühmann, tomando nota.
—Podría explicar la falta de resistencia. Estoy ordenando análisis toxicológicos completos. También voy a tomar muestras para detección de benzodiacepinas, opioides sintéticos y ketamina, entre otros.
Jonas Klein cruzó los brazos.
—¿Qué hay de agresión sexual?
Hadley negó con la cabeza.
—De momento, no hay laceraciones superficiales, ni hematomas o signos de coito forzado. Pero necesito los exámenes internos para confirmarlo. Ya que nuestra amiguita, aquí, sí que tuvo unos últimos meses de acción, si saben a lo que me refiero —dijo el forense con un brillo demencial en los ojos—. Hoy mismo se harán —dijo, soltando una exhalación contenida, como si estuviera por perder algo muy suyo.
Úrsula Rühmann miró el rostro inerte de la joven. Todavía tenía esa expresión congelada de sorpresa o, quizás, de decepción; era como si la muerte la hubiera encontrado en medio de una revelación.
—¿Las pertenencias? —preguntó—. Oh, lo siento, qué idiota. La costumbre.
Pero Hadley no se burló; señaló con la barbilla una bandeja metálica sobre una mesa auxiliar.
—Es todo lo que encontramos adherido al cuerpo. Es un teléfono móvil.
—¿Traía un teléfono móvil? —cuestionó Rühmann.
Se acercó a la bandeja.

—¿No lo traía en…? —comenzó a preguntar Klein.
—Klein, ¿es en serio que preguntas eso? —le inquirió, interrumpiéndolo, su compañera.
—Bueno, es que estaba desvestida… —se defendió.
—Además —completó Hadley—, no hay preguntas tontas, solo tontos que no preguntan.
—Dios… —farfulló ella.
—El celular estaba prensado entre su brazo y tórax, bajo la axila.
—¿Funciona? —preguntó Jonas, mientras sacaba una *tablet* de su mochila y encendía un programa de escaneo preliminar—. Con permiso —dijo al forense, quien asintió y respondió a la pregunta meneando la cabeza.
—No, claro que no. Aunque el agua no lo hubiera dañado por ser un iPhone de última generación, la presión de la profundidad o el frío debieron haber frito o, más bien —dijo sonriendo, revelando un chiste, a su juicio, inteligentísimo—, congelado los circuitos y componentes. —Rió bobo; se recompuso y terminó—: De cualquier forma, lo preservamos lo mejor que pudimos. Quizá los chicos de T.I. le den un nombre asociado al equipo o al chip de usuario.
—Klein, habla con Tecnologías de la Información y haz que suceda.
—Cuenta con ello, Rühmann. —Con guantes de látex, Jonas manipuló el celular, iniciando una revisión superficial—. Mensajería, redes sociales, *apps*… —enumeró en voz baja—. Tendremos que explorar todo lo que podamos imaginar; seguro quedan rastros de su actividad en la nube.
Úrsula levantó una ceja.
—¿Estamos en una lluvia de ideas?
—Piénsalo, Rühmann. ¿Para qué traería un celular un cadáver con marcas ritualistas? No hace sentido, ¿sabes? —Hadley hizo notar, con una mueca extraña en la boca, que estaba de acuerdo—. El celular —confirmó Jonas—. Me apuesto lo que quieran a que tiene que ver con el puto celular; ese es el mensaje.
—¿De qué carajos hablas, Klein? —preguntó Rühmann.
El forense reía.
—Cuando me divorcié…
—¿Eres divorciado? —preguntó ella.

—¿Qué? ¿Te casaste a los seis y la relación fue a pique por falta de madurez? —preguntó burlón Hadley.
—Escuchen, cuando me divorcié, mi mejor amigo me citó en un bar; yo estaba muy deprimido, ¿vale? Me citó en el bar, y cuando llevábamos tres cervezas cada quien, cogió mi móvil, descargó Tinder y me creó un perfil en ese mismo instante…
—Oh, sí, amigo… He estado en esas —dijo el forense, risueño.
—El chiste es que, una vez creado mi perfil, el muy tarado le dio *like* a todas las mujeres a la redonda, literalmente a todas.
—¿A dónde va tu historia, Klein?
—Rühmann, ese mismo día volví a acostarme con una chica.
—¿Qué? ¡Carajo, Klein! ¡¿Eso qué rayos tiene que ver?!
—O sea, sin conocer a la chica, ese día terminamos teniendo sexo; así de fácil —dijo, chasqueando los dedos—. Pero, antes de que ella llegara, le dije a mi amigo que no me sentía cómodo con todo aquello; él me preguntó por qué, y yo le dije: "¿Y si nos roban los órganos?" Mi amigo se echó al suelo de la risa —comentó Klein al tiempo en que Hadley se enjugaba las lágrimas de la carcajada incontenible que lo traía doblado. Incluso Rühmann sonrió—. Al final, todo salió bien, pero… mi primer pensamiento en todo ese contexto fue de temor, de vulnerarme, de ponerme en bandeja de plata ante alguna desequilibrada, ¿saben? Y todo comenzó con mi puto teléfono móvil…
Los tres guardaron silencio por unos instantes, luego Rühmann comentó:
—Ya eras policía, ¿cierto?
—¿Eso qué tiene que ver?
—Dios… —musitó Úrsula, incrédula.
Tomó nota del hallazgo, aún sin saltar a conclusiones.
—Quiero una copia del volcado forense del celular en cuanto esté listo —dijo Rühmann—. Si no podemos rescatar contenido del aparato, que se trate de obtener por todos los medios posibles, como dice nuestro elegante colega: *apps*, nube, correos… Busquemos con los servicios *cloud*, con las facturas asociadas al aparato o a la cuenta de Apple. Veamos por qué era tan importante

para la víctima, o su victimario, que nos llegara un celular congelado.
Hadley anotó algo en su propia libreta.
—¿Algo más que necesiten antes de que proceda con la autopsia completa?
Úrsula intercambió una mirada breve con Jonas. Él negó levemente con la cabeza.
—Haz un análisis minucioso de órganos internos —pidió ella—. Búsqueda de microlesiones, sustancias inhibidoras, signos de paro inducido.
—¿Rastreo de asfixia química?
—Todo.
Hadley asintió. No era la primera vez que le pedían un protocolo completo, pero había algo en el tono de Úrsula que dejaba claro que no se conformarían con un informe superficial; tendría que ir por todo.
Jonas guardó su tableta.
—¿Debemos quedarnos o prefieres llamarnos si encuentras algo?
Hadley sonrió de medio lado, un gesto seco.
—Esto va para largo. Mejor esperen mi informe. Les prometo que no omitiré nada y que trabajaré con prontitud desde ya.
Úrsula asintió. Se giró hacia la salida, seguida de Jonas. El frío de la sala parecía habérseles colado más adentro de las chamarras térmicas y los guantes, hasta la profundidad de los huesos.
Estaban cruzando la puerta cuando el grito apagado del forense los detuvo.
—¡Esperen!
Úrsula y Jonas se giraron de inmediato.
Hadley estaba inclinado sobre el cuerpo; su rostro mostraba una mueca de desconcierto auténtico.
—¿Qué pasa? —preguntó Úrsula, regresando a zancadas.
Hadley no respondió de inmediato. Con movimientos lentos, apartó, lo más que pudo, cuidadosamente, los muslos de la víctima para exponer la región genital. Se colocó una lupa de inspección sobre un ojo, ajustándola con manos tensas.
—Mierda... —murmuró—. Esto no me lo esperaba.

Úrsula se inclinó ligeramente, sin invadir la zona de trabajo. Hadley señaló con una pinza quirúrgica.
—Hay... incisiones aquí. Muy finas. No visibles a simple vista; por eso no las noté en el primer acercamiento. No son desgarros. Son cortes deliberados.
Jonas frunció el ceño.
—¿Qué tipo de cortes?
Hadley suspiró, bajando la lupa.
—Parece un patrón... no quirúrgico. Una escritura, una especie de escritura. Como si hubiera querido marcarla allí también.
—¿En los genitales? —preguntó Úrsula, con su voz baja.
—Sí.
Se hizo un silencio denso en la sala. Solo se oía el zumbido lejano de las unidades de refrigeración.
Hadley volvió a hablar, esta vez más metódico:
—Voy a hacer un mapeo fotográfico completo de las incisiones. También extraeré muestras de tejido para datación; necesito saber si fueron hechas *post mortem* o mientras estaba viva.
—¿Probabilidad de violación ritual? —preguntó Jonas, su voz más seca que nunca.
Hadley negó lentamente.
—No, eso sí estuvo claro en el primer muestreo al cuerpo de la occisa —dijo ya más profesional—; no en el sentido convencional. No hay penetración forzada. No hay trauma interno de ese tipo. Esto... esto es otra cosa.
—¿Qué demonios estamos viendo? —murmuró Úrsula.
Hadley no respondió. Jonas apagó su grabadora de audio y anotó a mano:
«Posible mutilación ritual genital en ausencia de violencia sexual explícita. Examen de tejidos urgente.»
Úrsula se pasó una mano por el cabello recogido en un moño apretado.
—¿Alguna idea de qué simbolizan los cortes?
El forense ladeó la cara.
—No todavía. Pero parecen líneas cruzadas. Trazos. Como les decía, quizá un lenguaje. —Hadley alzó la vista hacia ellos—. No he visto

nada parecido en mis treinta años de servicio.
Úrsula guardó silencio unos segundos.
—Quiero que priorices esos exámenes. Necesito todo lo que puedas encontrar. Y quiero un perfil fotográfico completo de esos cortes, aumentados y en alta resolución.
—Lo tendrán —dijo Hadley.
Jonas guardó su libreta.
—También quiero una impresión digital de las heridas. Quizá podamos reconstruir un patrón en tercera dimensión.
Hadley asintió.
Úrsula dio un paso atrás. Miró de nuevo a la joven tendida sobre la plancha metálica. Ya no era solo una víctima; era un aviso para el resto, una amenaza antes de que alguien más acabara igual... o peor.
Salieron de la morgue en un mutismo total; el eco de la puerta cerrándose detrás de ellos fue como un disparo seco. El viento, afuera, aullaba, y Frostheaven Lake, cubierto de escarcha y secretos, no parecía tener prisa en desvelar sus monstruos.

SIETE

La sala de análisis forense digital en la comisaría de Frostheaven Lake era una de las pocas zonas modernas del edificio. Computadoras potentes, monitores dobles, cables organizados como venas plásticas entre las mesas de acero. El único sonido era el zumbido bajo de los servidores, el tic-tac insistente de un reloj de pared y el ocasional clic de los teclados.

Úrsula Rühmann y Jonas Klein se instalaron frente a la estación principal donde el técnico forense, un tipo flaco y meticuloso llamado Randall Schmitt, ya había iniciado el volcado de datos del celular de la víctima tan pronto lo hubo recibido. El teléfono, ahora conectado a una terminal de extracción, era una pieza más de evidencia.

—¿El móvil funciona? —cuestionó Rühmann.

—Congelado. Dañado por el agua —respondió de vuelta Schmitt—. La pantalla apenas responde y el módulo interno está comprometido.

Jonas suspiró.

—¿Podemos usar el IMEI?

—¿Usar…? —respondió Randall.

—Sí. Lo tenemos —intervino una técnica de evidencia digital, sosteniendo una tableta—. También encontramos la cuenta de iCloud vinculada. Con el Apple ID y el número de serie, podemos armar un paquete legal para solicitar respaldo completo directamente a Cupertino. Pero desde ya les informamos que es de la chica.

Úrsula alzó una ceja.

—Entonces sí pertenecía a la víctima… ¿Y eso funcionará? O sea, ¿para esta investigación en curso? ¿En tiempo real? Aquello de tocar la puerta de Apple.

—Con una orden judicial federal, sí. Apple daría acceso a los respaldos, si el usuario tenía sincronización activa. Podríamos obtener los mensajes, ubicaciones recientes e incluso contenido de

apps —Randall no levantó la vista mientras hablaba—. El sistema operativo, limpio —dijo manipulando el aparato conectado—. Sin jailbreaks. Usaba bloqueo de reconocimiento facial, que ya fue bypasseado legalmente. No hay indicios de manipulación posterior a la muerte.
—Si vamos a ir a Apple a pedir la info, ¿por qué tienes el cadáver del teléfono enchufado?
Entonces sí que Schmitt levantó la vista a Úrsula y le brindó su sonrisa más genuina.
—Exacto, colega; es como si estuviéramos haciéndole una autopsia al iPhone. El aparato es inservible, pero al conectarlo, lo estamos sondeando y un colega mío, que me debe un par de favores, convenientemente trabaja en la compañía legada de Jobs, así que simplifiqué el proceso, me brinqué un par de protocolos y henos aquí, a toda marcha.
—¿En serio?
—Tan serio como el cáncer, Úrsula.
—Para ti, teniente Rühmann, Ingeniero Schmitt —luego dijo, volteando a Klein—: ¿Qué pasa con los forenses el día de hoy? ¿Es por el formol?
Randall rió mientras seguía con el aparato.
La técnica dijo:
—Hey, hey, hey… no generalices, teniente…
Y Úrsula volvió la vista a Schmitt y le dijo:
—¿Tiempo estimado de extracción total?
—Unos veinte minutos más para el espejo completo. Pero ya puedo mostrarles parte del contenido activo —soltó con las cejas arqueadas y una sonrisa campeona.
—¡Vaya! Eso sí que merece reconocimiento, Schmitt.
—Gracias, teniente…
—Estás a dos de que puedas llamarme solo por mi apellido, chico listo.
Jonas acercó su silla. Randall comenzó la explicación, mostrando una pantalla. En el monitor, aparecieron carpetas organizadas por aplicaciones: mensajes de texto, historial de llamadas, correos electrónicos, redes sociales, aplicaciones de citas.

El técnico forense navegó con eficiencia a través de todo ese contenido.
—Historial de WhatsApp: conversaciones normales. Familia, amigas, trabajo. Gracias a esto, la hemos identificado. Nada extraño, en apariencia. Instagram: actividad baja. Última publicación hace más de dos semanas. Tinder... —se detuvo—. Aquí hay algo. Abrió la carpeta de Tinder. Mensajes. Perfil de usuario. Matches recientes.
Úrsula y Jonas se inclinaron hacia la pantalla. Randall abrió el último chat activo. "Vlad33". Foto de un hombre atractivo, cabello corto, sonrisa controlada, fondo genérico. Perfil discreto pero convincente.
—¿Ese es nuestro sospechoso?
—Sí y no, teniente…
—Vamos, Schmitt; ya supéralo; dime Rühmann. Además, si le quitas ese "no", puedes decirme "compi" si tú quieres…
—Me encantaría, Rühmann; pero no será hoy. Muy probablemente sea nuestro sospechoso, sin embargo, esto no nos sirve mucho. No es una foto, es más bien un retrato robot, uno muy bien hecho.
—¡No…! —dijeron incrédulos Klein y Rühmann.
—I.A. Nuestro chico tomó una o varias fotos suyas y las convirtió en una imagen de inteligencia artificial.
—Carajo… Bueno, ¿y qué tenemos?
—Última interacción... —Randall revisó las marcas de tiempo—. Hace tres días, justo antes de que la víctima fuera reportada como desaparecida.
Jonas Klein anotó en su libreta.
—¿Puedes mostrar los mensajes?
Randall asintió y desplegó la conversación. Los primeros mensajes eran ligeros, coquetos. Referencias a Frostheaven, chistes internos sobre el frío, bromas sobre el apocalipsis invernal. Luego, más personales; planes para conocerse en persona, sugerencias de lugares seguros y públicos. Todo parecía normal. Demasiado normal.
Úrsula frunció el ceño.
—¿Alguna cita concretada?
Randall hizo *scroll*.
—Hay un mensaje enviado por Vlad33: "Te recogeré en tu edificio. Estaré en un Jeep negro. No te preocupes, soy mejor conductor

sobre hielo que los renos.” La chica respondió con un emoji de risa y una palabra: “Perfecto, Papá Noel.” Y ahí se cortó la conversación. No más mensajes posteriores —Randall expandió los metadatos de la app—. El registro muestra que la conversación fue parcialmente eliminada. Hay paquetes de datos faltantes entre ese último mensaje y el siguiente *log In* de la app.
Jonas levantó la vista.
—¿Eliminados manualmente?
Randall negó.
—Muy seguramente una desinstalación remota o un borrado de sesión activa.
Úrsula cruzó los brazos.
—¿Se pueden recuperar?
Randall tecleó unos comandos.
—Estoy ejecutando un proceso de recuperación profunda. Llevará tiempo. Pero de momento, tenemos una marca de geolocalización —En la pantalla apareció un mapa. Un punto rojo, titilando, justo en el borde norte de Frostheaven Lake—. Última conexión activa —explicó Randall Schmitt—… a unos dos kilómetros del muelle donde se la encontró el Calypso.
Úrsula y Jonas intercambiaron una mirada breve pero cargada de significado.
—¿Puedes extraer el ID de usuario de Tinder? —preguntó Jonas.
—Ya lo tengo. También el correo asociado. Es una cuenta secundaria, no vinculada a perfiles de redes sociales mayores. Clásico burner.
—¿IP de acceso?
Randall asintió.
—Parcialmente enmascarada, pero registrada en un proveedor local de Frostheaven. No es proxy internacional —Jonas anotó rápido—. Necesitamos un requerimiento oficial para Tinder y el ISP, el proveedor de los servicios de internet. Prioridad alta.
Úrsula se acercó más al monitor.
—¿Hay otros matches recientes?
Randall navegó el historial.

—Tres más en las últimas semanas. Dos conversaciones inconclusas, una sin respuesta.
—¿Y Vlad33 fue el último contacto con interacción real?
—Correcto.
El silencio se instaló en la sala. Un silencio denso, pesado, que parecía vibrar con cada pulsación del monitor.
Klein rompió la tensión.
—Puede ser una coincidencia —dijo, aunque su tono sugería que no lo creía realmente.
Úrsula negó despacio.
—No creo en coincidencias teniendo un cadáver con incisiones ritualistas.
Volvió a mirar la foto de perfil de Vlad33. Era tan normal. Tan cuidadosamente construido. Eso era lo que le erizaba la piel.
Randall siguió trabajando en segundo plano, recuperando fragmentos de caché y datos perdidos.
—¿Puedo escanear la galería de fotos del teléfono? —preguntó.
—Hazlo —ordenó Úrsula.
Mientras el proceso avanzaba, Jonas murmuró:
—Si alguien está usando Tinder como catálogo de víctimas, no va a quedar en un solo caso.
—No —dijo Úrsula—. Y no va a ser descuidado. Probablemente tenemos lo que el asesino de Tinder nos da, y nada más.
El escáner de fotos terminó. Randall abrió las últimas imágenes. Selfies. Fotos con un gato. Comidas. Una captura de pantalla de una conversación de Tinder: un mensaje donde Vlad33 decía: "No todos los monstruos se esconden bajo la cama."
Úrsula se tensó. Jonas exhaló despacio.
—¿Cuándo fue tomada esa captura?
Randall revisó los datos.
—La noche de la desaparición. Dos horas antes del último mensaje.
—¿La envió a alguien? —preguntó Jonas.
Randall negó.
—Solo la guardó. No fue reenviada ni publicada.
Úrsula tamborileó los dedos contra el borde metálico de la mesa.
—Era una advertencia —murmuró—. Estaba jugando con ella.

Jonas miró de nuevo la foto del perfil.
—O una amenaza.
Una hora después, salieron de la sala de análisis con una copia de todos los registros encriptados. Úrsula caminaba con el celular pegado a la oreja, ya en comunicación con la fiscalía local.
—Sí, orden de acceso urgente. Necesito registros completos de actividad de la cuenta Vlad33, información total de IP, geolocalización histórica, cualquier *backup* disponible de conversaciones.
Jonas caminaba a su lado, revisando en su tableta las últimas actualizaciones del proceso de investigación.
La nieve caía con más fuerza. Los copos golpeaban los ventanales como uñas diminutas e impacientes.
El mundo parecía estrecharse alrededor de Frostheaven Lake, helándolo no solo por fuera, sino también desde dentro.

Horas más tarde, en la sala de reuniones, la evidencia estaba desplegada sobre la mesa. Fotos. Registros de *chats*. Mapas de ubicación. Todo apuntaba a lo mismo: una conexión digital convertida en trampa mortal. Y, en el centro de la telaraña, un perfil falso, meticulosamente construido, flotando como un anzuelo en el océano de soledad.
Jonas Klein habló al fin:
—Sí... podríamos estar viendo el primer patrón. La primera pista de un cazador que usa Tinder para elegir víctimas.
Úrsula asintió, sin levantar la mirada del mapa.
—Mierda, Klein, tenías razón desde el principio. Temo que ya sea demasiado tarde para impedir que el próximo anzuelo ya esté lanzado.

OCHO

Samantha terminó de regar las plantas muertas de su pequeño departamento con la resignación de quien sabe que está luchando contra lo inevitable; era la futura huella de la entropía haciéndose inevitable ante cualquier acción suya por gobernar su existir. Echó el agua sobrante en el fregadero, secó sus manos y, como un reflejo condicionado, tomó su celular.

La pantalla parpadeó con una notificación. Un mensaje nuevo.

VLADIMIR:

«Hace horas que no platicamos. ¿Cómo le haces, eh?»

Samantha sonrió, esa sonrisa corta y sincera que últimamente parecía reservar solo para él. Se sentó en el borde del sofá y escribió rápido:

SAMANTHA:

«¿Para qué?»

VLADIMIR:

«Para obligarme, dulcemente, a olvidarme de mi regla de esperar a que tú me escribas.»

SAMANTHA:

«Qué regla más boba.»

VLADIMIR:

«No es machismo ni falsa seguridad; es para protegerte.»

SAMANTHA:

«¿De qué me protegerías?»

VLADIMIR:

«De mí, claro.»

Un minuto.

Dos. Tres.

«De tenerme que leer y, quizás, con mala suerte, contestar, aun sin desearlo. Si tú me escribes primero, se asume que quieres entrar en contacto.»

Entrar en contacto…, pensó ella.
SAMANTHA:
«Ghost no aprueba a nadie que no ladre tres veces antes de hablar.»
Tres segundos.
VLADIMIR:
«Tomo nota. Pero tengo un problema: yo solo ladro dos veces y media. Lo demás, lo compenso con café.»
Samantha soltó una risa breve.
Estamos hablando de ladridos y café, ¿verdad?, pensó feliz.
Había algo adictivo en la forma en que Vlad escribía, por más rara que, como ahora, pudiera ponerse la charla; divertido sin ser forzado, atento sin ser insistente. Se estiró en el sofá mientras Ghost, como si captara su estado de ánimo, apoyaba su enorme cabeza sobre sus rodillas.
VLADIMIR:
«Oye, ¡es verdad!, hablando de café…»
Samantha puso una mueca; esperaba algo más mordaz de Vladimir, pero luego sintió, pensó que quizá, solo tal vez, invitarla ya era un acto mordaz para él.
SAMANTHA:
«Ajá…»
VLADIMIR:
«Si te invitara a salir, ¿preferirías ir a tomar café o mejor un par de cervezas?»
Frunció el ceño, ella.
SAMANTHA:
«Café, claro.»
VLADIMIR:
«¡Bien! Hablando de café... Sé de un sitio que sirve el peor *espresso* de la ciudad. Te invitaría, pero solo si prometes no demandarme por intento de envenenamiento.»
Samantha dudó un segundo.
La invitación era ligera, sin presión. Incluso se había recompuesto de aquel extraño acercamiento para invitarla a salir.
Podía decir que no.
Podía ignorarlo.

Podía seguir conversando con él eternamente desde la seguridad de su casa; pero algo dentro suyo, algo que llevaba en pausa la empujaba hacia la vida.
SAMANTHA:
«Acepto. Pero solo si prometes rescatarme si el espresso me ataca, soldado.»
VLADIMIR:
«Trato hecho. ¿Mañana por la tarde? Hay una cafetería junto al mercado de Harbor Street. Sitio público, luz natural, muchos testigos potenciales en caso de intento de asesinato por envenenamiento (o enojo por un café terrible). O en el peor escenario: "Cuando las bebidas calientes atacan…"»
Samantha soltó una carcajada auténtica. Ese humor torcido, casi autoparódico, era exactamente lo que necesitaba.
SAMANTHA:
«Perfecto. 4:00 p. m. Mañana.»
VLADIMIR:
«Hecho. Prometo llevar a Ghost un hueso diplomático de parte de mi embajada.»
Guardó el celular en el bolsillo, aún sonriendo.
Era solo un tipo simpático, en un pueblo pequeño, en un invierno largo.
Era solo... normal.
A varias calles de distancia, en el hogar de Vladimir Astorga, la escena era muy distinta. Vladimir dejó el celular boca abajo sobre la mesa. No sonrió. Solo se permitió un pequeño asentimiento, como quien ve cómo otra pieza más encaja donde debe. Se levantó del sillón, caminó hasta su pequeño armario y sacó una caja de madera. Dentro, todo lo que necesitaba: guantes finos, una pequeña navaja de afeitar nueva, un vial de líquido translúcido cuidadosamente etiquetado. Preparativos. Precauciones.
El café era un escenario improvisado, sí. Pero la caza no dependía del lugar; dependía de la voluntad; y con la voluntad… con eso, Vladimir era impecable.

NUEVE

Mientras tanto, en la comisaría, Úrsula Rühmann revisaba una pizarra improvisada con recortes, fotografías y conexiones dibujadas a mano. Tres desapariciones en condados vecinos. Dos cuerpos encontrados meses atrás, uno de ellos también con signos de marcas con objetos afilados; entonces descartados como vandalismo *post mortem*.

Jonas entró cargando dos cafés, dejando uno junto a su compañera.

—¿Algo? —preguntó.

Úrsula negó, sin apartar la vista de la pizarra.

—Fragmentos. Nada firme todavía.

Jonas se frotó la barba.

—¿Qué hay del volcado completo de la cuenta de Tinder?

—En proceso. Pero la fiscalía ya solicitó apoyo al FBI para rastrear coincidencias de IP sospechosas.

Jonas asintió.

—Si hay un patrón... —empezó.

Úrsula completó:

—…Tenemos poco tiempo para encontrarlo antes de que vuelva a matar.

DIEZ

Esa noche, Samantha no pudo dormir bien. Tenía demasiada ansiedad como para pegar el ojo; esa incertidumbre que nace cuando algo inesperadamente agradable aparece en medio de la rutina gris y da miedo confrontarlo con la realidad. A veces uno prefiere mantener la idea linda que conocer la verdad realista de la gente, de las cosas, de los lugares, del amor.
Se preguntaba si Vlad sería como en las fotos.
Si su voz sería como la había imaginado… firme, calmada, con esa risa apenas sugerida en los mensajes escondidos sagazmente entrelíneas.
Ghost dormía a su lado, roncando bajo como una vieja locomotora a media marcha. Samantha acarició el grueso pelaje del animal, dejando que el ritmo de su respiración la arrullara.
Mañana conocería a Vladimir.
Quizá, pensó, *era hora*.
Quizá, pensó, *no todo en Frostheaven Lake estaba destinado a congelarse*.
Sonrió.
Del otro lado de la ciudad, Vladimir revisaba un cuaderno pequeño, de tapas negras, donde anotaba observaciones con letra casi microscópica.

Samantha Cortes-White.
Edad: 28.
Trabajo estable. Procesadora de alimentos.
Rutinas sólidas.
Red de amistades reducida.
Familia a la distancia.

Era un objetivo ideal.
Sonrió, apenas.

Miró los post-it en cada uno de los segmentos de su cuaderno; cada pequeña hojita amarilla adherida tenía un nombre; eran varias. Cerró la pequeña libreta negra, dejando la punta de su dedo ahí, en el *post-it* que decía Sam. Guardó el cuadernillo en una caja bajo llave.
Se sentó en la penumbra de su cocina, bebiendo té de menta, observando el reloj de pared avanzar, segundo a segundo.
Tic…
Tac…
Tic…
Tac…
Tic…
Tac…
Mañana.
Mañana pondría en marcha el siguiente movimiento.
Y, si todo salía como debía salir… Samantha sería la última pieza necesaria para completar su obra. Llevaba años con ello, podría decirse que toda la vida, casi. Vladimir había convertido la venganza en una obra de arte, en un mundo alterno donde él contaba la historia verdadera.

La mañana siguiente amaneció encapotada y gélida. El cielo era una sábana de acero suspendida sobre Frostheaven Lake.
Samantha se vistió con cuidado quirúrgico, acompasando cada prenda con el impacto prometido, con lo que quería despertar en él: *jeans* oscuros y entallados, suéter de lana azul, botas resistentes al hielo. Un maquillaje sutil, sugerente, casi nulo. Solo un toque de lápiz en los ojos, y un poquito de lápiz labial.
Se miró en el espejo un segundo más de lo habitual. Sus ojos refulgían de ilusión; su sonrisa escondía demasiadas dudas y montones de deseos por cumplir.
Ghost gimió impaciente cuando la vio agarrar las llaves.
—No tardo, campeón —dijo, acariciándolo detrás de las orejas.
El perro la siguió hasta la puerta, como siempre, pero esta vez no ladró. Solo la miró, inmóvil, mientras ella cerraba; parecía comprender cuán importante era para ella hacer aquello que iba a

buscar allá afuera, al otro lado del hogar. Era, en verdad, como si supiera. Como si viera algo que ella no.

Samantha encendió su coche, dejó que el motor luchara contra el hielo unos minutos y salió hacia Harbor Street, donde la cita la esperaba. Donde Vlad la esperaba. Y donde, aunque ella no podía saberlo todavía, el abismo también se mantenía en estado de latencia para ella, esperando su turno.

ONCE

El café de Harbor Street era todo lo que uno podía esperar de Frostheaven Lake en invierno; era una estructura rectangular de madera vieja, olor a pan quemado flotando en la atmósfera, mesas inestables con manteles de plástico resquebrajados y una máquina de *espresso* que parecía más un decorado *vintage* que una herramienta funcional. A pesar de la pinta del lugar, había un par de enamorados dispuestos allí, dándole una atmósfera acogedora.

Samantha llegó puntual.

Eran las 3:55 p. m. El frío se le filtraba por las costuras de la ropa con los gélidos dedos del fantasma helado del congelamiento. Se sentó en una mesa junto a la ventana, esa que daba hacia el mercado, donde unos pocos puestos aún resistían la ventisca de la tarde; donde algunos cuantos vendedores se mantenían impertérritos ante la añoranza de una venta más. Adentro se estaba mucho mejor; el vaho que iba dejando a cada respiración afuera se difuminaba conforme se adentraba a la cafetería.

Sacó su celular. Nada aún. Nerviosa, fingió acomodarse el cabello. Recordó a Ghost, con su habitual mirada acusadora, como si supiera que había algo más allá de la rutina, un plan no compartido.

A las 4:02 p. m., el celular vibró. Un mensaje de él.

VLADIMIR:

«No sabes cuánto lo siento, Samantha. Surgió un tema urgente en la oficina. Una entrega que depende de mi firma. Estoy atrapado aquí. Maldita burocracia. ¿Puedo compensarlo de alguna forma?»

Samantha sintió el golpe seco de la decepción en el estómago. Sin rabia. Sin dolor. Con un vacío breve, muy fugaz; como cuando tocas una puerta y sabes que del otro lado no hay nadie y, sin embargo, mantienes la esperanza de que, contra toda realidad, tú hayas errado.

Tecleó rápido:

SAMANTHA:
«Buenas tardes.»
Mierda, espero no haber sido muy agresiva, pensó.
Vladimir sonrió, con insidia.
VLADIMIR:
«¡Lo siento! Dios, no sé ni dónde tengo la cabeza, Sam. Buenas tardes…»
Sam… Sonrió. Levantó los ojos y no dejó que la mirada nublada precipitara una sola gota de nostalgia anticipada.
SAMANTHA:
«No te preocupes. Entiendo. El trabajo es el trabajo. Linda tarde.»
Dos segundos.
VLADIMIR:
«Eres increíblemente comprensiva. Prometo que valdrá la pena. ¿Mañana?»
Samantha miró a través del vidrio empañado. La calle parecía más vacía que antes. Una lluvia inesperada golpeaba las ventanas y parecía que las lágrimas contenidas en sus ojos se manifestaban allá afuera, amenazándola, esperándola. Una mujer mayor arrastraba una bolsa de plástico contra el viento, la lluvia y el frío. Un niño la seguía, saltando de charco en charco, ajeno al clima.
SAMANTHA:
«Claro. Me dices la hora cuando te sea posible. Hasta luego.»
VLADIMIR:
«Será perfecto, te lo prometo. Y Ghost tendrá su hueso diplomático, lo juro. Y por favor: ¡no pidas un *espresso* allí!»
Samantha sonrió, a pesar de sí misma.
Maldito…
La decepción había sido rápida. Pero el mensaje, la forma en que Vlad manejaba la situación, había llenado el hueco casi de inmediato. No era como otros galanes con los que se hubiera decepcionado, ni novios con los que hubiera tenido pleitos; él encaraba la situación y se hacía cargo; se disculpaba y no se arrastraba; sino que proponía una solución inmediata como compensación. No había desaparecido, tampoco. No había inventado excusas infantiles, como tantos otros que volteaban la situación

victimizándose. No había culpado a terceros; era una cuestión de trabajo y, ni modo, primero era lo primero. Vlad, en cualquier caso, había tratado el asunto con respeto, incluso con un dejo de tristeza genuina. Y con ese tonto humor imposible de pasar inadvertido.

A unas cuadras de ahí, sentado en su coche, Vladimir observaba la escena. Samantha, sola, en la mesa junto a la ventana; con su celular en la mano y sus gestos pequeños como alisarse el cabello, mirar por la ventana, sonreír levemente; dejando detrás el dolor que a leguas se le podía ver.

Todo registrado. Todo archivado.

No era aún el momento, eso estaba más que claro y no debía apresurarlo. La frustración era necesaria; creaba anhelo; la rabia contenida, deudas por saldar. El anhelo debilitaba la lógica; y el debilitamiento abría puertas que de otro modo permanecerían cerradas. La rabia daba impulsividad. Y, claro, la deuda contraída le brindaría la falsa creencia de que él le debía una; y todas quieren cobrar. Él sería, para ella, el que pagaría aquella deuda; así que, por correspondencia, ella desearía verle más que nunca, para cobrarle este sinsabor.

Vladimir ajustó el retrovisor, asegurándose de que nadie estuviera observándolo. En Frostheaven, la vigilancia era mínima. Una bendición de los pueblos pequeños. Apagó el motor y dejó que el frío invadiera el habitáculo.

No sintió nada.

Samantha pidió un café. Lo bebió despacio, mirando los hilos de vapor evanescente contra la ventana. Cada sorbo era una forma de hacer tiempo, de no admitir que había sido plantada. Derrotada. Samantha se prometía futuro, ¡claro que sí!

La máquina de *espresso* escupió otro trago amargo para algún cliente invisible a ella. El reloj de la pared avanzaba con lentitud insultante. Ella revisó su celular cada cinco minutos. Mensajes triviales de amigas lejanas, correos de trabajo, notificaciones automáticas. Nada importante. Nadie más importaba ahora.

Ghost seguía en casa. La casa vacía. La vida en pausa.

A las 4:47 p. m., se levantó. Dejó unos billetes arrugados sobre la mesa, abotonó su abrigo y salió al aire helado que la abrazaría como

si aquel reencuentro se esperase desde el principio.
La lluvia brilló por su ausencia, pero el viento le azotó en el rostro como una bofetada del destino. Luego, la nieve, segundos más tarde, se adheriría a sus pestañas, formando pequeños grumos que enturbiarían su visión. Caminó hasta su coche, encendió el motor tembloroso y se quedó un momento con las manos sobre el volante, mirando la calle desierta. No lloró. No maldijo. Solo se prometió que mañana sería distinto, que mañana Vlad cumpliría; que todo esto tendría sentido entonces.
Esa noche, ya en casa, Ghost se acurrucó a su lado en el sofá. Samantha pasó las manos por su grueso pelaje negro, dejando que el ritmo lento de su respiración la reconectara con algo más tangible que las promesas digitales de su pretendiente. Cuando ambas respiraciones se acompasaron, el celular vibró con un mensaje.
VLADIMIR:
«Odio cómo terminó hoy. No sabes cuánto deseo verte en persona. Estoy contando las horas. ¿Mañana, mismo lugar, 4:00 p. m.?»
Samantha sonrió.
Esa sensación, esa chispa… era la adrenalina de ser esperada a pesar de todo.
SAMANTHA:
«Allí estaré. Pero dímelo de nuevo.»
VLADIMIR:
«¿Qué?»
SAMANTHA:
«Llámame Sam otra vez.»
Tres segundos.
VLADIMIR:
«Te veo mañana, mi Sam.»
Ella sonrió anhelante.
Ghost gimió bajo, moviéndose inquieto. Samantha apagó la luz del salón, dejando solo la pantalla azulada del televisor parpadeando en el rincón. Se permitió cerrar los ojos y soñó. Soñó con cafés calientes, con miradas que cruzan habitaciones llenas de extraños, con sonrisas que se sienten como fuego en medio de la escarcha en un encuentro prometido.

No soñó con cadenas. No soñó con trampillas ocultas. No soñó con la paciencia meticulosa del cazador.
Eso, aún, no. Eso vendría después.

DOCE

La cafetería del *espresso* asesino se veía exactamente igual que el día anterior. Eran las mismas mesas cojeando sobre suelos irregulares, el mismo aroma a café quemado y pan viejo, los mismos murmullos apagados de conversaciones locales de las únicas tres mesitas ocupadas; la rutina desgastada de un pueblo congelado en su propio invierno.

Los enamorados de ayer hoy se besaban como si no hubiera un mañana; ese era el único progreso hasta ahora.

Pero, para Samantha, todo era distinto.

Entró, quitándose los guantes mientras sus ojos barrían el lugar. Y allí estaba Vladimir, sentado en una de las mesas junto a la ventana, la misma donde ella había esperado veinticuatro horas antes.

Sonreía.

Y ella.

Ambos sonreían. Era como si hubieran superado una dura prueba.

Sam tuvo el pensamiento idiota de sentir que, si tuviese que morir, aquel era un buen momento; ese vertiginoso instante entre el deseo consumado y el golpe de la realidad era el momento exacto en que podría irse, sin reproche alguno contra la vida. Solo le angustiaría Ghost, pero de ahí en fuera, la ilusión que Vlad le provocaba era, quizás, solo tal vez, superior al deseo de que todo continuase y conocerle y encantarse con él, como estaba segura de que sucedería. Había algo en su corazón que le hacía presentir que este encuentro le cambiaría la vida. ¿Amor a primera vista? ¿Así es reconocer a la persona de tu vida? La mueca en la carita de Samantha era una sonrisa contenida, sincera, con esa ligera inclinación de cabeza que parecía una reverencia privada. Ella sintió un sobresalto que no era exactamente nerviosismo. Era algo más profundo. Una corriente eléctrica bajo la piel.

Caminó hacia él, luchando contra el impulso infantil de apresurar el paso.
—Hola —dijo ella, cuando estuvo suficientemente cerca, sosteniendo la mirada y el aliento contenido.
—¡Hola, Samantha! —respondió Vlad, encantador; de pie ahora, estirando su brazo ligeramente como para saludarla, pero sin invadir su espacio; dándole la mano y nada más.
Se sentaron.
Sintieron ambos un pequeño titubeo de segundos que, de algún modo, se sintió natural.
Un mesero torpe se acercó, anotó su pedido: dos cafés negros, nada complicado; sin *espressos*, y se alejó.
—¡Oye! —le dijo Vladimir al mesero en un alzamiento de voz, amistoso, para que este volteara desde su posición, deteniendo su camino; el mesero hizo lo propio y con gestos le inquirió qué más deseaba—, ¡y ni se te ocurra acercarte a la máquina de *espressos*, eh! ¡Por favor! Quiero quedar bien…
Samantha soltó una carcajada imposible de contener, lo jaló de la manga para sentarlo, él rió con ella y algunos comensales rieron también, entendiendo perfecto la broma. El mesero, por supuesto, en lugar de sentirse ofendido, le dijo que solo utilizaría la máquina en su café.
—Para tu amiga, mandé pedir un Starbucks —le dijo sonriente.
La dueña del lugar, desde la caja, dijo algo como: «Ja, ja, ja. Muy chistoso, eh…; quizás tu sueldo de hoy se lo dé al repartidor que traiga ese Starbucks.» El mesero se acercó y le dio un beso en la mejilla.
Vladimir sonrió con malicia; la mejor manera de pasar desapercibido era llamar la atención de manera momentánea, para luego ser olvidado por la gente a su alrededor, inmersa en esa inmediatez de tantas cosas en tan poco tiempo que les ausentaba de su realidad.
La conversación no empezó de inmediato. Se miraron, tras aquel divertido episodio. Y, en esa primera mirada, hubo una aceptación tácita; como si reconocerse en medio del mundo roto de Frostheaven fuera más importante que llenar el silencio con palabras. La plática, entonces, comenzó con cosas triviales: el clima,

el café, la agudeza de los comentarios del mesero, los mercados locales. Samantha se encontró riendo más de lo que esperaba. No porque Vlad fuera hilarante, que de alguna forma sí lo era, sino porque su humor era sutil, inteligente, como guiños silenciosos en medio de la conversación.

—¿Sabes? —dijo Vlad en un momento de seriedad total—. Me preguntaba si eras real…

Samantha alzó una ceja, divertida.

—¿Eso es un cumplido o una acusación?

—Ambas cosas —respondió él, sin dejar de sonreír, mientras doblaba una servilleta con la que se enjugaba los labios después de beber café—. Es difícil encontrar gente que no se presente como un perfil de LinkedIn.

Samantha se rió.

—¿Y qué soy entonces? ¿Un error en el sistema?

—Algo mejor —dijo Vlad, bajando ligeramente la voz—. Una afortunada anomalía en mi búsqueda tinderiana.

Por un segundo, Samantha sostuvo su mirada. Sintió esa extraña sensación de vértigo, como si una palabra más, un movimiento en falso, pudiera hacerla caer hacia algo desconocido, pero en definitiva, deseado. Y Vlad no presionó. No extendió la mano. No intentó tocarla. Solo dejó que la electricidad suspendida entre ellos vibrara libremente.

Luego, hablaron de música. De libros. De lugares donde nunca habían estado. Samantha descubrió que Vlad no hablaba mucho de sí mismo, pero no de manera evasiva; más bien, parecía verdaderamente interesado en escucharla.

—¿Siempre fuiste de Frostheaven? —preguntó él en un momento.

Samantha negó.

—Nací en Illinois. Me mudé aquí hace cinco años, cuando conseguí el trabajo en la empacadora. Pensé que sería temporal. Pero, ya ves... —abrió las manos, como mostrando el paisaje congelado más allá de la ventana—. Me atrapó el hielo.

—El hielo y Ghost —añadió Vlad, bebiendo café tras hablar.

Samantha sonrió ampliamente. Él la miró por encima de la taza, en el brillo de sus ojos, en la sonrisa en sus labios, adivinaba la facilidad

de las cosas por venir.
—Sí. Ghost. Mi guardián peludo.
—Tengo que conocerlo. No puedo competir contra un perro sin presentarme primero.
Ella se rió, y esa risa fue diferente. Más profunda. Más libre. No recordaba la última vez que se había sentido tan... *cómoda*. Como si estuviera exactamente donde debía estar.
El café siguió llegando amargo, tibio, perfecto en su mediocridad. Vlad bebió cada sorbo como si se bebiera la vida de Samantha directo de su cuello y fingió una mueca de dolor.
—Confirmado. Es veneno embotellado.
—Ese no es *espresso*, babas —dijo ella, cruzando la mesa para soltarle un golpecito juguetón.
La barrera de lo corporal, entonces, se había roto de manera total. Ya no había sido un jalón de ropa; fue un contacto directo por parte de ella.
La conversación fluyó durante más de una hora después de aquello. Hablaron de películas malas, de trabajos horribles, de teorías absurdas sobre por qué la gente en Frostheaven parecía incapaz de sonreír por sí misma. Y de cosas aún más triviales.
—Entonces —dijo ella—, ¿por qué crees tú que las alitas van acompañadas de apio y *blue cheese*… ¡si a nadie nos gusta!
—Ejem…
—¡Ay no, Vlad! No me digas que te gusta… ¡Espera! ¿Estamos hablando del asqueroso blue cheese o del insípido apio?
—Creo que mejor pido la cuenta y me retiro leeentameeente… —bromeó él.
—¡No! ¡Contesta! —dijo riendo.
—¡Las dos! —dijo él, y ambos soltaron a reír.
En algún momento, sus manos se rozaron sobre la mesa. Un accidente, quizás. O eso aparentaron, sin querer, claro. Pero ninguno de los dos se apresuró a retirar la suya. Un roce de dedos, después. Una corriente de calor en medio del hielo. Samantha quitó la mano con una pequeña sonrisa que Vlad correspondió solo con los ojos. Era un juego de distancias. Un baile lento. Una seducción hecha de silencios, de pausas y de todo lo que no se decía.

Cuando el reloj marcó las 6:00 p. m., el cielo afuera era una masa uniforme de gris oscuro. Samantha miró su celular. Ghost la esperaba. Y la noche en Frostheaven podía ser traicionera para quien no la respetaba.
—Tengo que irme —dijo ella, lamentándolo más de lo que habría admitido.
—Lo entiendo —respondió Vlad—. No quiero enemistarme con Ghost. Sería un rival demasiado peligroso.
—Nah, ese perro es puro amor; si se metieran a robar, seguro les lame las manos a los ladrones.
Vladimir sonrió con un fulgor en su mirar. Samantha también sonrió; ella, ilusionada, poniéndose de pie. Se abotonó el abrigo mientras Vlad hacía lo propio y se adelantaba a la caja para pagar la cuenta y dejar una propina al mesero, por si la señora hubiese pagado el día al entregador de Starbucks.
—Ja, ja, ja… forasteros… —dijo la dueña.
Salieron juntos al frío brutal de la noche. La nieve caía lenta, espesa, como cenizas de un incendio invisible. Caminaron hombro con hombro hacia el lugar donde estacionaron los autos. Sus cuerpos no se tocaban, pero la cercanía era latente.
—¿Te escribo cuando llegue? —preguntó Samantha.
—Por favor —pidió Vlad.
Se detuvieron junto a su coche. Por un momento, se miraron. No hubo beso, obvio; ni tampoco hubo promesas explícitas, solo la tensión vibrante de algo que estaba creciendo, lento, inevitable e irrefrenablemente entre los dos.
—Hasta mañana —dijo Samantha, con la voz apenas en un susurro.
—Hasta mañana —repitió Vlad, cerrándole la puerta tras haberse subido.
Se separaron.
Pero la distancia no apagó el hilo invisible que los conectaba. Mientras conducía hacia casa, Samantha sintió algo que no había sentido en mucho tiempo. Vladimir se quedó en el estacionamiento unos minutos más, observando las luces traseras del coche de ella desvanecerse en la neblina helada.
Sonrió.

La primera fase estaba completa. Ella no lo había besado. No lo había tocado de manera abierta más de lo mínimo esperado, con toda la estrategia echada a andar y con las tácticas empleadas de manera contundente.
Pero eso era perfecto.
La distancia, calculada.
La frustración, medida.
El anhelo, cuidadosamente sembrado. La pesca no se realiza con fuerza bruta; es cuestión de paciencia. Y él era el mejor pescador que Frostheaven Lake había conocido.

Vladimir llegó a casa poco después de las ocho de la noche, y el frío parecía habérsele pegado como los fantasmas de las almas que hubiera arrebatado de sus cuerpos, cubriéndolo de una escarcha invisible. Se quitó los zapatos en la entrada, dejó el celular en la repisa y caminó descalzo hasta su habitación. Se recostó en la cama con un suspiro satisfecho. Sacó su teléfono y escribió el último mensaje del día:
VLADIMIR:
«Buenas noches, Sam. Soñaré contigo y con Ghost.»
Dejó el celular a un lado, sin esperar respuesta inmediata. Sonrió en la oscuridad. Luego se levantó con calma, cruzó la casa silenciosa y entró en la cocina. Sacó un plato hondo, sirvió una porción del estofado que había preparado temprano y llenó una botella con agua fresca. Todo metódico, casi ritualístico. Cargó la bandeja y descendió al sótano.
El aire cambiaba en cuanto cruzaba la trampilla.
Más denso.
Más frío.
Más... real.
Pasó la falsa estantería, abrió la puerta blindada y entró en el búnker. La mujer encadenada levantó la cabeza cuando lo vio entrar. Su cabello estaba pegado a su rostro por el sudor. Su cuerpo temblaba, no solo de frío, sino de hambre; de pánico. Vladimir dejó el plato y la botella en la pequeña mesa metálica.
No dijo nada. No tenía que hacerlo.

La mujer, en cambio, se arrastró hacia la comida con la misma mezcla de desesperación y resignación que él había visto tantas veces. Inclinó la cabeza a sus pies y él le quitó la mordaza.
Cuando ella empezó a comer, Vladimir cerró la puerta tras él y volvió a subir, dejando al monstruo en que se convertía, y a su prisionera, atrás; al menos por unas horas.

TRECE

La mañana siguiente, Vladimir siguió su rutina habitual. Se levantó a las seis. Hizo ejercicio durante cuarenta y cinco minutos: flexiones, abdominales, sentadillas. Nada más complejo de lo necesario. Buscaba fuerza y condición. Movimientos disciplinados, medidos; más que su cuerpo, preparaba su mente. Se duchó con agua helada. Se vistió con ropa sencilla pero pulcra, poniéndose un pantalón oscuro, playera blanca, suéter gris y botas negras. Desayunó avena, café negro y un vaso de jugo de naranja.

Todo contado. Todo bajo control.

Luego, bajó rapidísimo las escaleras y corrió hacia donde su terapia tenía lugar cada sesión. A las ocho en punto, entró a su rincón especial, una especie de espacio para las terapias especiales que habían acordado la doctora y él.

A las 8:01 a. m., el rostro de la Dra. Emily Durell reaccionó al mirarlo a los ojos.

—¿Ya? —preguntó titubeante, distraída casi. Vlad rio, aunque más bien parecía bufar por la nariz con incredulidad. Si bien no es que llevaran años de conocerse, la dinámica estaba tan marcada, tan pautada y las sesiones tan transparentes que no había duda alguna en el nivel de compenetración—. Lo siento, lo siento. Ahora me meto en mi papel de psicóloga —dijo carraspeando—. Es la boca, la garganta seca —Vlad señaló con la vista una botella de agua y la doctora bebió de ella. Traía el pelo recogido en un moño sobrio. Lentes de armazón delgado. Expresión neutra. Quizás cansada, pensó Vlad—. Buenos días, Vladimir —dijo con voz ronca, aclarándose un poco la garganta con un carraspeo.

—Buenos días, doctora.

Se sonrieron con la cordialidad profesional de dos personas que llevan tiempo compartiendo secretos inconfesables. Sin cariño, por

supuesto. Sin correspondencia, en lo absoluto. Más bien una cordialidad sistemática, una mecánica más social que de empatía.
Una tabla de salvación; eso hay que decirlo. Sin la terapia, probablemente ya habría sido su final.
La sesión comenzó.
—¿Cómo te sientes hoy? —preguntó ella, como siempre, con la garganta clara.
—Bien —respondió Vlad, sin vacilar.
—¿Algún evento significativo desde nuestra última sesión?
—Sí. Hice contacto con una nueva candidata.
La doctora asintió, entrecerrando los ojos.
—¿Cómo fue la interacción inicial?
—Fluida. Natural. Se mostró receptiva.
—¿Conexión emocional?
—Alta; ella está más dispuesta y con mayor necesidad emocional de lo que cree. Siente que encontró algo diferente. Algo auténtico.
Emily cruzó una pierna sobre la otra, balanceando ligeramente el pie. Pensó en las tantas veces que hacía esas pausas en su consultorio, en un lugar, digamos, más público, en el que vio a otros pacientes, no tan *especiales* como Vladimir, cuando empezó a dar consultas.
—¿Planificaste un primer acercamiento físico?
Vlad sonrió.
—Ayer lo tuve; ¿no lo dije? Pospuse el primer encuentro para incrementar la expectativa. Y funcionó, ella rompió aquella barrera casi sin darse cuenta.
—¿Y el intento…?
—Exitoso. Conversación fluida. Proximidad emocional. Establecimiento de confianza.
La doctora asintió sin levantar la vista; evitó, entonces sí, a toda costa, mirarlo a los ojos.
—¿Cuál es tu evaluación preliminar?
—Altamente compatible. Cuestión de tiempo, sin dudas. Perfil emocionalmente abierto. Sistema de apoyo limitado.
Emily tragó saliva.
—¿Sientes impulsos prematuros?

—No. Estoy siguiendo el plan.
—¿Control?
—Absoluto. ¡En serio! No tengo prisa —dijo sonriendo.
Hubo una breve pausa.
—Tu amigo… ¿todo bien con él?
Vladimir chasqueó la boca.
—Nah…, digamos que él y yo nos distanciamos. Nunca he sido de amigos; no me gusta la cercanía con otros hombres, demasiado; malas experiencias del pasado. Igual, se intentó. Pero no es algo de lo que quiera hablar más por ahora.
—¿Sobre tu huésped actual? —preguntó entonces Emily.
Vlad asintió, como si hablaran de algo tan cotidiano como una fuga de agua.
—¿Hay algo que me puedas compartir?
Vladimir sonrió.
—Doctora…
—Quisiera saber, Vlad… Es… me parece que entiendes lo importante que me resulta que tú puedas informarme.
—Si esto fuera un juego, doctora, usted estaría haciendo trampa. Pero está bien, dado que tengo la certeza de que no irá con la policía, le daré mis impresiones: desgaste progresivo. Aceptación parcial. Fluctuaciones de esperanza mínima.
La doctora, ahora, lo miró directo a los ojos.
—¿Algún cambio previsto para ella?
—No. Todo bajo protocolo.
Emily asintió como convencida.
—¿Entonces no planeas una transición?
Vlad ladeó la cabeza ligeramente.
—La nueva candidata debe completar el proceso de enganche emocional antes de que pasemos a lo siguiente en mi proyecto actual. No hay lugar para improvisaciones.
—Bien —dijo Emily, con el tono neutro de quien registra parámetros clínicos—. ¿Algo que debamos trabajar hoy?
Vladimir pensó un segundo.
—Quizá... la gestión del tiempo emocional. La anticipación me

resulta estimulante, ahora que lo puso sobre la mesa, doctora. —dijo con alevosía y ventaja.
—¿Te refieres a la ansiedad previa al evento?
—No ansiedad —corrigió él, sereno—. Euforia.
Emily asintió.
—Te dejaré una tarea esta semana. Quiero que registres todas las variaciones emocionales diarias relacionadas con la nueva candidata. Sin análisis. Solo registro. Para valorar avances… semanales, ¿te parece?
Vlad sonrió apenas.
—Como un diario. ¿Semanales, eh? No me estará enganchando con una serie de terapias futuras, ¿verdad?
—Exacto. Sin narrativa. Solo datos.
Él asintió. Emily revisó el reloj de pulsera de su paciente. La sesión estaba terminando.
—¿Algo más que quieras compartir? —preguntó ella, como quien limpia la mesa antes de levantarse.
Hubo un segundo de tensión casi imperceptible.
—Sí —dijo Vlad—. La huésped pidió no ser amordazada más tiempo. Alega dolor mandibular persistente.
La doctora no parpadeó. La doctora apretó los labios. Le sostuvo la mirada, ocultando el terror de sus ojos en la profundidad más oscura de su ser.
—¿Respuesta emocional a la petición?
—Indiferencia objetiva. Compasión mínima, pero presente.
—¿Planeas considerar su solicitud?
—Lo estoy valorando.
—¿Crees que haya riesgo de verbalización si la dejas hablar libremente?
—Total.
—Entonces... —Emily se encogió de hombros, casi maternalmente —... creo que ya sabemos la respuesta.
Vlad sonrió.
—A veces uno necesita que se lo recuerden.
Se miraron unos segundos directamente.
—Buen trabajo esta semana, Vlad. Nos vemos en la próxima sesión.

—Doctora —dijo él—, me gustaría que me ayudara a desfogar mi tensión; tengo muchísimo ánimo sexual y no quisiera que eso perjudicara mi proceso. ¿Qué cree que me pueda beneficiar?
Ambos se miraron.
Pasaron un par de segundos nada más; pero el tiempo, en ese instante, en aquel momento, en donde realizaban aquella terapia, fue una eternidad.
Sin palabras, la doctora apretó los labios y asintió. Vlad se puso en pie y fue directo a donde ella se encontraba. Emily no se inmutó, se acomodó en el lugar en el que estaba sentada, tragó saliva y esperó. Él llegó y se paró frente a ella. Emily tuvo que alzar la vista para encontrar sus ojos, unos ojos que brillaban. Si no supiera qué clase de monstruo era, esa mirada la hubiera hecho suspirar por él; sin embargo, entre sus piernas, de todas formas, una pequeña serie de contracciones le hizo saber lo traicionero que era su cuerpo y lo encantador que resultaba este maldito monstruo.
Vlad la cogió de la cabeza, pasando sus dedos entre sus cabellos, y ella le bajó la bragueta, sacó su miembro y, despegando la mirada de los ojos de Vlad, chupó su pene como si la vida se le fuera en ello.
Quizás eso, precisamente, era lo que sucedía.
Minutos más tarde, él se despidió.
—Hasta entonces, doctora.
Antes de salir por la puerta, se detuvo. Recordó algo. Volteó, desanduvo sus pasos y, cuando estuvo de nuevo frente a Emily, ella musitó algo:
—Por favor... —susurró; su voz era apenas un rasguño en el aire—. Solo... solo un rato más sin ella.
Vlad la observó. Acarició su mejilla con el dorso de los dedos, un gesto tan tierno y obsceno en ese contexto.
—Lo pensaré —dijo con suavidad—. Pero por ahora…, no.
Antes de que ella pudiera suplicar otra vez, le colocó de nuevo la mordaza. Ajustada, segura.
La mujer sollozó en silencio.
Vladimir cerró la puerta con llave. Subió las escaleras, cruzó la estantería falsa y salió al mundo exterior. Donde el invierno seguía

avanzando implacable y Samantha seguía sonriendo al otro lado de una pantalla de celular que esperaba por su comunicación.
La caza, lenta y perfecta, seguía su curso.

CATORCE

Ese día había empezado con una capa de aguanieve cubriéndolo todo, como un manto frío que el sol no lograba arrancar. Úrsula Rühmann y Jonas Klein recorrían Frostheaven Lake en su camioneta sin hablar demasiado; el café tibio, en vasos de cartón, apenas les servía para mantener la mente lúcida, y daba claras muestras de lo que podrían esperar de la jornada.

El peso del hallazgo del primer cadáver aún estaba suspendido en el aire; pero, ahora, una denuncia de desaparición marcaba lo que todos temían que fuera un patrón, ya que se había mencionado un nuevo pretendiente en la vida de la chica que se presumía como desaparecida, y Tinder.

Su primera parada fue en una vivienda de madera carcomida a las afueras del pueblo. Connor Peterson, exnovio de Emily Durell, los recibió en la entrada con la expresión hundida de quien ya intuía malas noticias. Tenía ojeras profundas y las manos marcadas con arañazos en costra.

—¿Connor Peterson? —preguntó Úrsula, mostrando su placa.

El muchacho asintió con la rigidez de quien se sabe perseguido o acusado de antemano. Dentro de la casa, el aire estaba enrarecido. Se sentaron en una sala improvisada, mientras Jonas desplegaba su libreta y Connor acomodaba un poco la ropa y los envases vacíos de comida a domicilio.

—Queremos hablar sobre Emily Durell —empezó Úrsula con su voz tan, pero tan seca que hacía que los demás a su alrededor carraspearan.

Connor tragó saliva.

—¿Qué... qué pasó con ella? —Úrsula no respondió. Solo mantuvo la mirada fija hasta que él bajó los ojos—. Hace dos meses cortamos —murmuró, retorciéndose las manos—. Me acosté con su hermana.

Jonas pestañeó dos veces de manera involuntaria; anotó la confesión, solo por no mirarlo con estupefacción. Úrsula ladeó la cabeza como no creyendo lo que oía, como conteniendo lo que, con muchísimo gusto, podría estar a punto de hacerle.
—¿Cómo reaccionó Emily?
—Se encerró. Se volvió... diferente, volcada a su trabajo; bueno, a lo que deseaba realizar en su profesión. Ese era el problema, ¿saben? Se creía superior a nosotros, a su hermana y a mí; a todos. Decía que abriría un consultorio psiquiátrico; empezó a terapear gente por Zoom. Decía que le iría tan pero tan bien aquí, que podría juntar el dinero para largarse en un año, máximo dos. Para largarse, no largarnos. Supongo que tanto su hermana como yo nos sentíamos heridos, humillados, así que cuando pasó, y nos descubrió, fue como si algo se le hubiera roto adentro.
Úrsula lo miró penetrante; se había inclinado un poco hacia él.
—¿Sabes si conoció a alguien nuevo?
Connor se frotó la nuca.
—Escuché que alguien la estaba sacando otra vez —Úrsula aguzó la mirada—, eso decía su hermana. Que lo había conocido en Tinder, no sé.
Los policías cruzaron miradas.
—¿Tienes algún nombre? —insistió Jonas.
—No. Solo que decía que era alguien distinto. Eso decía. Y claro, parecía ser de fuera.
—¿De fuera de Frostheaven Lake o de fuera del país?
—Exacto.
—¿Fuera de aquí o de otro país?
—Sí, eso decían.
Úrsula miró a Jonas; él dibujó el atisbo de una sonrisa en su cara.
Connor no era una amenaza; solo un reflejo más de las pequeñas miserias que proliferaban en lugares donde no había espacio para escapar de uno mismo, ni intención de profundizar en alguien más, en otro.
Terminaron la entrevista rápido y subieron de nuevo a la camioneta.
—Debes dejar de hacer dos preguntas en el mismo cuestionamiento, Rühmann.

—Ajá —contestó.
La siguiente visita los llevó a la casa de los Durell. Una pequeña casa de dos pisos, más parecida a un adosado tipo chalet, pero encajonada entre dos terrenos vacíos, donde la pintura sobre los ladrillos se descarapelaba y se mezclaba con adornos colgados de Navidades pasadas; el tejado verde tenía remaches por todos lados y las ventanas de marcos blancos parecían, más bien, de color miel.
El padre de Emily abrió la puerta. Un hombre de rostro duro; detrás, se oía a la madre llorar incesantemente.
—Agentes Rühmann y Klein —se presentó Úrsula—. Venimos a preguntar sobre su hija, señor Durell.
El hombre los dejó pasar a una sala fría donde el televisor seguía encendido, aunque nadie lo mirara. El volumen bajo murmuraba noticias que no importaban ya; estaban convencidos de que su hija no aparecería en las noticias, que no aparecería en ningún lado.
—¿Sabe si su hija estaba saliendo con alguien últimamente? —preguntó Jonas.
Durell suspiró, frotándose los muslos.
—Nos hablaba poco. No nos teníamos mucha confianza... pero hace un par de semanas mencionó que había conocido a alguien especial. «Un tipo respetuoso», decía. Nada como el imbécil de Connor; su ex.
Úrsula anotaba sin levantar la vista.
—¿Mencionó algún nombre?
—No. Solo dijo que era muy caballeroso. Que no la presionaba para nada y en ningún sentido.
—¿Dónde se veían?
—No me dijo. Creo que hablaban mucho por teléfono. Iban a salir al cine, eso sí lo recuerdo; porque ella… —al señor Durell se le cortó la voz. Carraspeó. Se obligó a continuar— porque ella me preguntó qué película me gustaría ver, si yo fuera al cine…
Jonas intercambió una mirada fugaz con Úrsula.

De ellos no sacaron más que culpas y lástima. Al despedirse, la madre apenas les lanzó una mirada desde la escalera. Una mujer hecha trizas que ni siquiera sabía a quién se referían cuando

hablaban de un hombre, aún. No quiso hablar con ellos. No, a menos que fuera necesario.

La última visita fue con Carla Morris, la mejor amiga de Emily. Vivía en un departamento diminuto sobre un bar cerrado.
—¿Qué quieren saber? —escupió en cuanto abrió la puerta. Sus ojos rojos y la camiseta de una banda de metal deslavada dejaban claro que había pasado la noche llorando o bebiendo, o ambas cosas.
—Queremos entender qué pasó con Emily —dijo Úrsula con calma.
Carla se cruzó de brazos.
—Sabía que algo malo iba a pasar desde que empezó a salir con ese tipo de Tinder. "Vlad". Demasiado bueno para ser cierto.
—¿Vlad? ¿Qué sabes de él? —preguntó Jonas.
—Casi nada. Emily era muy reservada; y luego de lo que el pendejo de su ex le hizo, nunca nos iba a querer presentar a su nuevo galán. Solo decía que era educado, que la escuchaba, que no presionaba. Que era diferente.
—¿Se vieron muchas veces?
—Que yo sepa, apenas dos. Una en el cine y otra... no sé. No me dijo.
Jonas anotó el nombre: Vlad. Luego, lo subrayó.
—¿Crees que estaba ilusionada? —preguntó Úrsula.
Carla asintió.
—Más que ilusionada. Estaba... renovada. Era una tonta, comenzó a planear su independencia económica para vivir con él: «Me quería ir de aquí, pero creo que más bien lo que necesito es tener dinero suficiente para no ser una carga para Vlad y vivir juntos, donde sea; incluso en Frostheaven». —Arremedó la voz dulce de su amiga, con una tristeza imposible de pasar desapercibida.
La amargura en su actitud era palpable. No sacaron más. Estaba cegada.
—No tiene caso que pregunten, ¿saben? La cosa era antes; ¿para qué después? Mi amiga ya está muerta…
—Para que nadie más muera, Carla —dijo Úrsula—. Para que ninguna amiga más pierda la razón por la tristeza de perder a su mejor amiga.

Subieron de nuevo a la camioneta. Eran las 4:37 p. m. cuando tomaron Harbor Street, camino al pequeño cine del pueblo. No esperaban encontrar mucho —quizá un registro de venta de entradas, cámaras de seguridad viejas, con suerte, funcionando—, pero era parte del proceso.

La radio crepitó antes de que llegaran.

—Unidad 5-4, aquí Central. Prioridad uno. Código 4-80 en el Faro de Frostheaven. Personal de mantenimiento ha encontrado un cadáver. Requiere intervención inmediata.

Úrsula agarró el transmisor.

—Aquí 5-4. Recibido. ¿Detalles de la víctima? —contestó Úrsula a través de la radio de la patrulla.

—Masculino —ambos agentes se voltearon a ver—, edad estimada entre treinta y cuarenta años. Presenta signos de exposición y trauma. Como si…

—¿Como si qué?

—Como si le hubieran escrito algo en dialecto, con una navaja, sobre la piel…

Jonas giró en seco la camioneta hacia el muelle.

—El Faro —murmuró.

Úrsula asintió, tensa.

—No es una coincidencia.

El muelle de Frostheaven Lake parecía aún más desolado con la nieve azotando en ráfagas cortas. Una lancha de guardacostas esperaba, con las luces encendidas.

El oficial Sanders los recibió al pie de la rampa.

—¿Están listos? —preguntó.

—¿Qué sabemos? —inquirió Úrsula mientras se colocaban los chalecos salvavidas.

—No mucho. Un trabajador de mantenimiento estaba haciendo inspección de rutina. Encontró la puerta principal forzada. El cuerpo está adentro, en la sala de mecanismos; pero fue hallado en el agua.

Subieron a la lancha.

El motor rugió mientras cortaban el agua helada. El faro se erguía a lo lejos, solitario, envuelto en una niebla turbia que parecía solidificarse en cuanto el viento helado la tocaba.

Úrsula miraba el horizonte, con la mandíbula tensa y los labios apretados. Jonas, junto a ella, revisaba sus notas mentales, atando cabos en silencio.

QUINCE

La nieve se arremolinaba en torbellinos que arremetían, desacompasadamente, en su contra. Y el faro los esperaba, como un ojo ciego y hambriento. El bote de los guardacostas se balanceaba con violencia controlada, con riesgos medidos, mientras se acercaba a la estructura solitaria. El Faro de Frostheaven Lake emergía de la bruma como un dedo petrificado y sumergido, apuntando a un cielo demasiado gris para ser parte del paraíso. El muelle de madera crujía con cada ola, y el metal oxidado de los anclajes rechinaba, quejándose del peso encima.

Úrsula Rühmann saltó del bote primero, botas firmes, mirada tensa. Jonas Klein la siguió, apretando su abrigo contra el vendaval helado.

Un hombre los esperaba al pie de las escaleras del faro. Alto y enjuto, con el rostro curtido por los vientos y los años. Llevaba un rompevientos con capucha verde militar, raído, un gorro de lana gris y unas botas manchadas de salitre. Sus ojos parecían haber visto más de lo que estaba por venir; tanto que parecía un mal actor en una película hecha desde un principio para la televisión.

—Agentes —saludó, con una voz tan ronca y chillona al mismo tiempo, que parecía fingida; un mal actor.

—Señor... —Úrsula consultó su libreta—. Wallace Kramer, ¿correcto?

El hombre asintió, sin ofrecer la mano.

—Soy el encargado de mantenimiento. Vengo una vez por semana. Reparaciones menores, inspecciones de rutina. Cuando las circunstancias ameritan más, contacto a tierra y programamos un servicio más a fondo.

—¿Encontró usted el cuerpo? —preguntó Jonas.

Kramer se frotó las manos, manchadas de grasa y óxido.

—Sí. Estaba atascado entre los pilotes, semisumergido. Al principio pensé que era un animal grande, un lobo de mar o algo así. Luego vi el cabello, y después su cara.

—¿Qué hizo entonces? —interrogó Úrsula, registrando cada gesto.
—Vomité. Vomité como no lo había hecho desde mi graduación. Luego, lo saqué. Imaginé que ya que mi ADN había contaminado la "escena del crimen", no había necesidad de dejarlo ahí para que las gaviotas lo destrozaran mientras ustedes venían.
Su voz era simple, pero había algo detrás de las palabras; una vieja superstición o un respeto inexplicable por los muertos.
—Vomitó sobre la escena y movió el cuerpo, ¿correcto? —preguntó Jonas, ya anticipando el infierno forense que eso implicaría, para ver cómo reaccionaba Kramer.
El tipo tan solo asintió, jugando con su lengua a desatorar alguna cosa en sus muelas.
—Lo hice con cuidado. Usé una lona. Lo arrastré hasta la sala de mecanismos, lo puse lejos del agua y de los pájaros. Igual el lago ya había hecho de las suyas, y ni se hable de los peces. Putos peces, y putos pájaros.
Los agentes intercambiaron una mirada breve, resignada.
Esto era Frostheaven.
—¿Podemos verlo? —dijo Úrsula.
Kramer asintió de nuevo y los condujo hacia el interior del faro. El aire dentro era más frío que fuera. El aroma del óxido, la sal, la madera podrida y el almizcle eran irrespirables. La sala de mecanismos era un círculo de engranajes enormes y cadenas colgantes. En el centro, sobre una lona verde manchada de agua, yacía el cadáver.
Era un hombre. Treinta y tantos. Piel pálida marcada por largos surcos que recorrían su torso, similares —demasiado similares— a los que habían visto en la primera víctima. Las marcas formaban patrones entrecruzados, casi caligráficos. No eran heridas mortales; eran mensajes escritos en carne.
Úrsula respiró hondo, el aire cortándole la garganta.
—Es la misma firma —murmuró Jonas, activando su cámara y empezando a documentar.
Kramer permanecía de pie en la entrada, como un guardián reacio.
—Cuando vi esas marcas... —dijo—. No pude evitar recordar.
Úrsula levantó la mirada de su libreta.

—¿Recordar qué?
Kramer miró hacia las escaleras, hacia el agua invisible más allá.
—Mi abuela solía contarme historias, cuando era niño. Historias viejas, de leyendas antiguas; de cuando los hombres hacían pactos con cosas que vivían bajo el lago. Historias de sacrificios. —Úrsula se mantuvo en silencio, permitiendo que el hombre siguiera—. Decía que en cada generación, cuando el hielo se quebraba en los primeros deshielos, algo reclamaba sangre; pero no cualquier sangre, sangre joven. Y que, si no se le ofrecía, las aguas mismas vendrían a buscarla de manera indiscriminada y voraz.
Jonas seguía tomando fotos, el sonido del obturador digital al capturar cada imagen retumbaba en un eco que sonaba en los oídos de los presentes. Fsshk-clak. Fsshk-clak. Fsshk-clak. Los disparos de la cámara alteraban la atmósfera. Fsshk-clak. Fsshk-clak. Se asemejaba al sonido de los flashes antiguos, esos bulbos que resplandecen en las películas; pero su oído estaba atento y su mente dirigida a Kramer.
—¿Cree que esto tiene relación con esas leyendas? —preguntó, más curioso que escéptico.
El hombre del faro negó, pero no con convicción.
—No lo sé. No soy un creyente de cuentos para espantar niños. Pero al ver esas marcas... —se estremeció—. Me hizo sentir algo. Algo como lo que sentía cuando mi abuela nos instruía con esas leyendas del lago. ¡Y qué diablos dicen esos glifos, no lo sé! Pero me parecen hablarle a algo de más allá del tiempo, parecen ofrecerle el cuerpo a quien pueda entender lo que esos escritos hablan…
Úrsula anotó en su libreta: "Testimonio supersticioso. Faro". No era evidencia. Pero a veces, en los huecos donde la ciencia aún no llegaba, las viejas historias encontraban maneras de explicar lo inexplicable; los hallazgos se volvían perlas por descubrir.
El cuerpo fue revisado en la medida en que la escena lo permitía. No había documentos, ni teléfono, ni pertenencias personales visibles. Solo las marcas, los pies desnudos, los párpados abiertos. Un ojo había sido devorado por los peces; el otro estaba mirando hacia un techo que no podía salvarlo, que ya no estaba sobre él, pero que él parecía seguir mirando.

Úrsula se agachó junto al cadáver y observó las incisiones.
—No son cortes profundos —murmuró—. Son superficiales. Deliberados.
Jonas, revisando las palmas de las manos, añadió:
—Sin defensas. Como la primera. No luchó. O no pudo.
Se pusieron de pie.
—¿Algo más que deba saber? —preguntó Úrsula a Kramer.
El encargado dudó.
—Solo... —se aclaró la garganta—. Que cuando lo saqué del agua, juro que escuché algo.
Úrsula ladeó la cabeza.
—¿Algo como qué?
Kramer miró hacia la ventana.
—Una risa.
Jonas soltó un suspiro cansado.

Horas más tarde, de vuelta en la lancha, con el cuerpo asegurado por los forenses en una bolsa negra y la evidencia catalogada en cajas plásticas, Úrsula y Jonas se sentaron en silencio mientras el motor rompía la superficie.
—¿Qué opinas? —preguntó Jonas finalmente.
Úrsula, mirando hacia la niebla que engullía el faro, respondió sin emoción:
—Dos víctimas y una mujer desaparecida. Mismos patrones de incisiones. Ambos atrapados en ambientes acuáticos. ¿Habrá conexión previa a apps de citas, como con la chica desaparecida y la primera víctima…?
Jonas asentía mientras hablaba.
—El segundo cuerpo es masculino. Rompe el patrón de género.
—Pero si hay conexión a las apps de citas, el estilo seguiría siendo el mismo.
—O quizás podría ser una víctima colateral —preguntó Jonas, aunque lo dijo como aseveración.
—O parte de un patrón más complejo —sugirió Úrsula—. Algo que aún no alcanzamos a ver…

La lancha llegó al muelle. Los oficiales de perímetro se apresuraron a descargar la bolsa. Antes de subir a la camioneta, Jonas detuvo a Úrsula.
—No creíste todo eso de las leyendas, ¿verdad, Rühmann?
Úrsula se permitió una sonrisa cansada.
—No creo en las leyendas, Klein —Jonas sonrió—. Pero sí creo en los monstruos.

DIECISÉIS

La noche se había cerrado plúmbea sobre Frostheaven Lake. El aire, helado, hacía crujir los cristales de las ventanas, y el asfalto resbalaba bajo la escarcha que se había formado recientemente. Samantha cerró su abrigo contra el viento, afilado, mientras esperaba, moviendo las manos en los bolsillos con nerviosismo inútil. No tardó en verlo acercarse.

Vlad, vestido de negro y gris, con una bufanda oscura enrollada al cuello y una sonrisa que parecía capaz de derretir el hielo sobre el asfalto, le dedicó una mirada cautivadora.

Se saludaron sin efusividad. Solo una mirada, un pequeño cruce de sonrisas. No necesitaban nada más. Caminaron juntos un par de calles hasta su coche. Vlad le abrió la puerta del pasajero con una cortesía que, en otra persona, quizás habría parecido ridícula. En él era más bien hipnótica. En el camino hablaron de nada y de todo; del clima inexorable, de lo pesado de un día de trabajo en un empleo absurdo que solo tiene como bondad brindar los recursos para pagar las cuentas. Hablaron, también, de las películas malas y viejas que el autocinema de Frostheaven Lake proyectaba como si fueran grandes estrenos.

Se reían, como tontos. De forma tan ligera y honesta, se reían.

Pero bajo esa risa, corría otra corriente, una más honda y más peligrosa.

El Plan.

El Proceso.

La cacería.

Llegaron a la casa de Samantha, un pequeño chalet de madera, modesto, muy modesto, pero acogedor, con las luces cálidas parpadeando tras las cortinas.

Ella titubeó un segundo al bajarse, la llave temblando apenas en su mano.

Dios… hacía mucho que no temblaba del nervio y la emoción; solo de recordar sus labios, un pálpito le latía con pequeñas percusiones de placer por entre las piernas. ¿Qué estaba haciendo? Parecía demasiado pronto para esto. Pero qué importaba, este hombre la hacía sentir cosas tan lindas, incluso sin haberla tocado siquiera.
—¿Quieres pasar? —preguntó, girándose hacia él con una expresión entre desafiante y esperanzada.
Vlad fingió pensarlo, con una sonrisa triste que le añadió capas a su misterio.
—Muero de ganas —dijo—. Pero temo estropearlo.
Samantha rió, sacudiendo la cabeza.
No hay manera, pensó.
—No puedes estropearlo —aseguró, su voz rozando el susurro.
Él aceptó, entonces. Subieron los escalones. Y entraron. El interior estaba tibio y olía a galleta de jengibre y madera quemada. Ghost, el enorme alaska negro, apareció en cuanto cerraron la puerta, ladrando grave, enseñando los dientes. Samantha se tensó, a punto de interceder, pero Vlad ya estaba mostrando la palma de la mano, con absoluta seguridad y firmeza:
—*Stop* —dijo, enérgico.
Ghost dejó de ladrar. En automático.
—No sabía que sabías hacer eso —dijo ella.
Vlad sonrió. Y, agachándose con calma, sin verlo directo a los ojos, sacó un pequeño paquete de su abrigo. Lo abrió lentamente, dejando escapar el aroma a carne seca.
—Hola, amigo —murmuró con voz tierna, como si se comunicara con un bebé. Le extendió la mano con la palma abierta y el premio sobre ella, los dedos juntos.
—No sabe comer de la mano, te va a morder…
Ghost olfateó, dudoso, pero al final aceptó el premio; ladeó un poco el hocico sobre la palma de Vlad y, con un cuidado casi cariñoso, engulló.
Dejó de gruñir. Su cuerpo se relajó. Fue hacia la cara de Vlad y chocó su nariz helada contra su cachete, en agradecimiento. Luego, se sentó a un lado, aún vigilante pero sin hostilidad.
Samantha soltó el aire que no sabía que mantenía retenido.

—¿Siempre vienes preparado, eh? —preguntó, divertida.
Vlad sonrió de nuevo y, desde abajo, la miró con ojos fulgurantes.
—Siempre, preciosa.
El corazón se le detuvo a ella por un instante, luego sonrió y se echaron a reír. Vlad se incorporó con total parsimonia, pero con completa seguridad, anduvo hacia ella, cuidando no despertar animosidad en el perro, y, estando frente a frente, la cogió de los hombros y le dijo:
—Muchas gracias por tu confianza; por abrirme las puertas de tu hogar, a tu vida.
Ella se mordió el labio; pero él giró con sutileza y anduvo por el pasillo. Pasaron a la cocina, donde la luz cálida pintaba sombras suaves en las paredes. Samantha sacó dos cervezas del refrigerador, las abrió y le pasó una a él.
Brindaron sin decir palabra; después, bebieron.
Al principio, la charla fue liviana, pero poco a poco, como quien desciende una escalera que apenas ve, la conversación empezó a cambiar.
Ella, apoyada contra la barra, preguntó:
—¿Alguna vez sentiste que... que no pertenecías a ningún sitio?
Vlad apoyó la botella en el mármol con sus ojos claros fijos en ella.
—Cada maldito día —dijo, con una honestidad que la desarmó—. Crecí aprendiendo que las cosas importantes no eran para mí; ni el amor ni la paz, solo… lo que pudiera arrancarle al mundo a mordiscos.
Samantha sintió un nudo en el estómago.
—Yo también —susurró.
Él asintió, como si lo pudiera creer; mimetizando su empatía.
—Con el tiempo —continuó Vlad—, dejas de esperar. Dejas de soñar con que alguien venga; solo quieres... vivir cada segundo como si el mundo fuera a acabar mañana y tuvieras que aprovecharlo todo antes del final; con el miedo a que lo poquito lindo que tuvieras pudiera serte arrebatado en cualquier momento. Y quizás pasa, ¿sabes? Ese es tu miedo siempre; como que no te das el lujo de esperar nada, por el miedo a perderlo todo. No en el sentido apocalíptico ni nada de eso. Por ejemplo, nosotros. Me encanta esto

que nos sucede, me fascina estar perdiendo la cabeza por ti —ella sonrió, mientras su corazón acelerado retumbaba en su interior. Bum bum… bum bum…—; pero, si por algo mañana todo cambia, si hoy se vuelve una velada trascendental y mañana nos convertimos en alguien diferente, en algo nada comparable a lo que esta noche estamos construyendo…, igual valdrá la pena. Y perderte, perdernos, sea como fuera, incluso en el peor y más aterrador de los escenarios… habría valido la pena. Al menos para mí. Por estos momentos contigo, puedo darme el lujo de perderte después para siempre.

—¿En serio…? —dijo ella, sorprendida, abrumada; pero también con un poco de intriga inculcada.

—Piénsalo; si hoy se convirtiera en la mejor velada en mucho tiempo, perderte, al menos para mí, sería un precio justo a pagar por la dicha de conocerte y de tener una noche tan linda como la que estamos teniendo. A veces el dolor es el precio de las cosas. Y la pérdida, la moneda con la que pagamos haber tenido ese privilegio. Entonces, prefiero disfrutar mi aquí y mi ahora. Entender que todo es pasajero. Y que la felicidad que hoy me brinda tu hermosa compañía puede ser a costa del pago de tu ida el día de mañana. Y aunque esto evolucionara de forma…, voy a exagerar, ¿eh?, no te asustes, aunque esto evolucionara y tú y yo nos convirtiéramos en enamorados, en pareja, en algo sólido; perderte siempre sería el riesgo medido con el que podría apostar por tu amor. Y compartir contigo hoy, así, tan linda, paga, sin duda alguna, el alto precio de que te vayas después, rompiendo mi corazón. Nadie debería quedarse por siempre, aunque su recuerdo retumbe en las conciencias de quienes le extrañemos.

Samantha dejó la botella en la barra. Sus ojos brillaban.

—¿Y si alguien... quisiera quedarse a tu lado?

Vlad la miró. Una mirada sostenida de deseo contenido.

—No sé si podría creerlo —dijo, casi en un susurro—. Pero apostaría mi ser por esa posibilidad.

El silencio entre ellos era denso.

Vlad se acercó con lentitud ceremonial. Ella no se apartó.

Se besaron.

Samantha se aferró a su abrigo, tirando de él hacia ella. Vlad respondió, pero con un control casi feroz.
Mientras se besaban dulcemente, para luego hacerlo con desesperación, él, con mucho tacto, fue pasando inadvertidamente de su cintura a los pechos y de estos a la curvatura de sus glúteos, mientras le lamía cada centímetro cúbico de la superficie de su cuello.
Ella gemía.
Él le restregaba la firmeza de su pene en la entrepierna con una facilidad de prestidigitador.
Cuando se separaron, jadeando, Vlad apoyó su frente contra la de ella.
—No quiero arruinar esto —murmuró—. Será mejor que me vaya. Antes de que lo eche todo a perder, me importas mucho.
Samantha lo miró, confundida, vulnerable.
—¿Por qué lo arruinarías?
—Porque las cosas hermosas se rompen en mis manos.
Ella sonrió, amarga.
—Tal vez yo ya estoy rota, y quiera que me sostengas.
El siguiente beso fue aún más arrebatado.
Tropezaron hasta la sala, dejando las cervezas sobre la barra.
Ghost gruñó. Sam lo regañó. Ghost volvió a gruñir con mayor efusividad cuando Vlad la abrazó por atrás y lamió el cuello bajo su nuca al desabotonarle el pantalón. Entonces ella, con los *jeans* desabotonados y la respiración desacompasada, lo amarró. Ghost se quedó anclado en un rincón, tensando su correa al acercarse lo más que podía a ellos. Luego, derrotado, se retiró agazapándose, observando en silencio, como una sombra viviente.
Vladimir la cogió de la melena con un sometimiento tan sutil, que lejos de alarmarla, la encendió como hacía años nadie lo había logrado. La inclinó, como si cabalgara una yegua purasangre, a pelo. Con la mano libre le bajó los pantalones por debajo de las rodillas, luego, le arrancó las pantaletas y, echando un escupitajo en su mano, se lubricó el miembro y la penetró de un tirón.
El dolor que le astillaba la entrepierna la excitó tanto, que empezó a contraer sus genitales de una manera espasmódica que nunca antes

había sentido, y un líquido ardiente, pasados unos cuantos minutos, salió deliciosamente de su interior como nunca imaginó que podría sucederle. Luego tomó el control, lo echó hacia atrás, dominándolo, sacándolo de su interior, y pudo ver la confusión total en su mirar. Inmediatamente, ella se hincó frente a él haciéndole acostarse bocarriba y bajo ella, empuñó su verga, le dedicó una mirada sugestiva y engulló su piel hasta hacerlo venir.
Se abrazaron en el sillón. Samantha apoyó la cabeza sobre su pecho. Ambos respiraban como si volvieran de una guerra que no sabían que estaban librando. Vlad acarició su cabello. Ella dejó caer un beso sobre su clavícula. La lámpara seguía encendida. Ghost, ahora, dormía. Y afuera, la nieve comenzaba a caer lenta, silenciosa; casi cómplice; como si la noche supiera guardar secretos. El sexo fue intenso. Salvaje. Como dos bestias que se hubieran encontrado en mitad de la nada. Pero todo eso, ahora, desnudos y temblando aún en su modorrez, permitió a la brutalidad fundirse en algo más suave. Una réplica de lo que el amor debería de ser. Vlad la abrazó más fuerte, rodeándola con su cuerpo como si intentara protegerla del mundo. Sam apoyó la cabeza en su pecho, escuchando el latido constante, humano, real.
—Te quedarás, ¿verdad? —susurró ella, ya medio dormida.
Vlad cerró los ojos.
—Esta noche sí —dijo con ternura.
Ella sonrió en la penumbra, ya cayendo en el sueño. Vlad la besó en la frente y la sostuvo contra sí mientras la casa se sumía en un silencio profundo, roto solo por el crujido lejano del hielo que avanzaba, inexorable, sobre Frostheaven Lake.
Afuera, la nieve seguía cayendo, cubriendo todas las huellas. Enterrando, poco a poco, la esperanza y la ciudad. El alaska negro estaba en guardia, los ojos como brasas encendidas, fijos en él. El silencio entre ellos era una lumbre contenida que crepitaba de cuando en cuando. Una promesa incumplida que deseaba realización.

En mitad de la madrugada, ella despertó y lo vio mirándola. Quería saber por qué la observaba como la estaba viendo, pero lo deseaba.

Diablos, cómo lo deseaba. Lo deseaba más ahora que lo había probado que los días atrás que fantaseaba con él; pero ahora no era el deseo lo que la arrastraba, era el vértigo. Como si su cuerpo reconociera algo en él que su mente aún no alcanzaba a nombrar.
El chalet estaba en penumbras. Solo había una lámpara encendida en la esquina de la sala que proyectaba sombras largas sobre las paredes. Las cortinas estaban apenas abiertas, dejando ver el cielo negro, sin estrellas, de Frostheaven, cayendo como una sábana sobre el mundo.
Él acercó sus labios a los de ella. Sin urgencia. Samantha lo dejó hacer hasta que el filo de sus dientes arañó su cuello y, cuando ella respingó, él le puso la mano sobre su miembro erecto, bajo sus ropas, y la fue acariciando en la entrepierna, lento pero contundentemente. Hasta dejarla temblando, y con la mano de ella sobre su pene. Podía oler su humor. El perfume tenue y dulce de su piel, y de la adrenalina que manaba por sus poros.
La besó.
Primero con labios apenas rozando los suyos, como si pidiera permiso a cada célula de su cuerpo.
Ella se dejó besar.
Y luego la recorrió desde sus labios hasta su entrepierna; buscó con los labios su vulva, introdujo hondo su lengua y luego recorrió con ella sus labios vaginales y se detuvo unos minutos, que parecieron la eternidad en el paraíso, lamiendo su clítoris.
El segundo beso fue más profundo, más real.
Subiendo desde las profundidades de su cuerpo hasta los labios de Sam. Con una lengua que tanteaba el borde de cada pliegue de su piel. Las manos de Vlad subieron por su espalda, explorando la geografía de su cuerpo con precisión magistral, como si ya lo hubiera memorizado de tanto imaginarla antes.
Samantha soltó un jadeo leve cuando sus dedos se enredaron en su cabello, nuevamente.
Lo acostó sobre la alfombra. Sin palabras. Sin razones. Vlad sonrió, le gustaba permitirse dejarla hacer. Imaginaba la locura de que ella, de pronto, sacara un cuchillo y lo asesinara; y eso le prendía aún más.

Gimió él. Y eso la hizo enloquecer.
Como si el suelo fuera más íntimo que la cama —en la cual ninguno de los dos pensó ni por un instante—, se dejaron reconstruir sobre la aspereza del tejido, de esa textura con la que la alfombra arañaba la piel. Ghost gimió desde su rincón, inquieto. Samantha se subió sobre Vladimir, montándolo a horcajadas con el ritmo de alguien que no ha olvidado bailar. Como si cada movimiento suyo fuera sagrado. Se inclinó sobre su cuerpo hasta poder besarle los labios, al tiempo que empuñaba su pene y jugaba con la punta del glande por sobre la superficie de su clítoris y el resto de la piel entre las piernas. Se besaban como si sus bocas tuvieran miedo de olvidarse. Las lenguas dibujaban palabras que no eran capaces de pronunciar. Samantha sumió su pito dentro suyo, se arqueó sobre él; y Vladimir se sintió desfallecer con la boca entreabierta, boqueando tiernamente como si quisiera besarla a la distancia, comérsela; como si bebiera de su manantial.
Ella gimió bajito, y el sonido hizo vibrar los vellos de la piel de Vlad.
Él bajó por su vientre, como si adorara cada parte de ella con un rito secreto.
Los dedos de Samantha se aferraron a su espalda como garras. Sus piernas comandaban su cintura. Vlad gemía bajo, casi ronroneando en silencio; pero con una intensidad que podía sentírsele en el pecho. Cada movimiento despertaba una embestida desde abajo. El sonido de sus cuerpos chocando era húmedo, rítmico, sin pudor. La sala entera parecía latir con ellos. Ghost se incorporó, inquieto, pero no ladró. Solo los miró. El testigo peludo de la fusión corporal que lo catalizaría todo. Ella se corrió primero con un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo como una ola sagrada. Sus pupilas se dilataron. Su espalda se arqueó. Él la siguió segundos después. Con un gemido ahogado contra su cuello. Con la mandíbula apretada. Con los ojos cerrados, inmersos en un rezo; una oración; quizás la plegaria de su ser por lo que vendría después.
Después…
Al terminar y regular sus respiraciones, no dijeron nada.

DIECISIETE

El amanecer en Frostheaven Lake no era más que una difusa insinuación detrás del manto de nubes que cubría toda la ciudad. Todo seguía siendo gris profundo cuando Vlad abrió los ojos. Samantha dormía a su lado, envuelta en las sábanas. En algún punto de la madrugada, trastabillando por el sueño, ambos se fueron a la cama, aun cuando Vlad sugirió que era tiempo de volver a casa.

—Ay, ¡claro que no! —le dijo ella, empujándolo a su dormitorio.

Con una mano extendida sobre él, como si quisiera asegurarse de que aún estuviera con ella, Sam comenzó a abrir los ojos, para luego volver a caer dormida profundamente.

Ghost roncaba suavemente al pie de la cama, liberado de su anclaje en el rincón y vigilante incluso en sueños; con la correa mordida por la mitad, él mismo se había soltado.

Vlad se quedó inmóvil unos minutos, memorizando el momento: la tibieza de la habitación, el dulce olor con que ella saturaba el aire, el ritmo acompasado de la respiración de Samantha…

Qué fácil sería, pensó Vlad.

Luego divagó un poco en lo tangible del momento. En lo que sí tenía ahora ahí, con ella.

Pero todo aquello era un espejismo. Un suspiro antes del regreso a la realidad que conocía.

Se inclinó y la besó suavemente en la frente. Ghost se incorporó, alerta. Ella murmuró algo ininteligible, sonriendo en sueños. Vlad se levantó con cuidado de no despertarla. Se vistió en silencio. En la cocina, preparó café, dejó un plato con pan tostado y huevos revueltos, con tocino a un lado. Un gesto sencillo, pero, sabía, contundente.

Antes de salir, se agachó junto a Ghost. El perro levantó la cabeza, olfateó el tocino de su mano, aceptó una caricia, y Vlad le rascó

detrás de las orejas; luego le dio un poco de tocino que había apartado como peaje y agradecimiento.
—Cuídala —susurró—. Hasta que vuelva.
Y, a pesar de lo lindo de la frase, se dio cuenta de lo perturbadora que sonaba en sus labios y sonrió, lascivo, mientras salía al amanecer.
La escarcha cubría el parabrisas de la camioneta. Encendió el motor, dejó que la calefacción deshiciera el hielo y luego condujo hacia el borde del pueblo.
La carretera se extendía frente a él, desierta. A su derecha, el lago se perdía en una niebla helada. A su izquierda, el océano invernal rompía contra las piedras con un furor contenido. El puente que unía ambas masas de agua era un trazo delgado, resbaloso, casi invisible bajo la nevada constante. Vlad cruzó sin apresurarse, sintiendo cómo el vehículo temblaba ligeramente bajo el viento.
Del otro lado, la carretera se adentraba en el bosque de las montañas. Árboles ennegrecidos por la humedad, ramas quebradas por el peso de la nieve. El mundo ahí parecía haberse vaciado de seres humanos; solo quedaba el rumor del viento y el crujir del hielo bajo los neumáticos.
Finalmente, llegó.
La cabaña estaba oculta entre abetos altos, lejos de cualquier sendero marcado. Una construcción vieja, de madera agrietada, que parecía abandonada a simple vista.
Justo como debía ser.
Estacionó la camioneta junto a la entrada trasera, apagó el motor y bajó.
El silencio era absoluto.
Entró en la cabaña. El interior estaba tal como lo había dejado el día anterior, cuando dejó todos los preparativos para su tarea: frío, oscuro, impregnado de olor a madera húmeda. Encendió la chimenea. El fuego creció lentamente, esparciendo sombras temblorosas por las paredes. Arregló algunas cosas, colocó un tablón suelto en el piso, cerró mejor una ventana que se había hinchado con la humedad. Luego, caminó hacia el centro de la sala. Allí, bajo

la gran alfombra de piel de oso, levantó una trampilla. El chirrido de las bisagras oxidó el aire.
Debajo, una escalera de madera descendía hacia un sótano. No había electricidad allí abajo. Solo el reflejo pálido de una linterna que Vlad colgó de un clavo. El aire era más denso. Más cargado.
Ella seguía viva. La chica, la joven psiquiatra que había desaparecido y que todos empezaban a dar por muerta, yacía encadenada, débil, consumida. La mordaza le había dejado marcas en la cara. Su cuerpo temblaba de frío. Tenía poquito más de veinticuatro horas sin contacto alguno, desde que Vladimir la alimentó por última vez; pero esas horas parecían haberle hecho estragos seculares; era ya más hueso que carne. Cuando vio a Vlad, sus ojos se agrandaron, brillantes, de terror y súplica. Intentó hablar, pero la voz se ahogó en un gemido húmedo. Vlad cerró la trampilla tras de sí, aislándolos del resto del mundo. Se acercó con calma, sin apuro, como quien se prepara para un acto largo, inevitable.
Se agachó frente a ella.
—Hoy es el día —murmuró.
La joven gimió, sacudiendo la cabeza. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas sucias.
Vlad sacó de su abrigo una pequeña bolsa de terciopelo. De su interior, extrajo una navaja curva, manchada por rituales pasados.
La primera incisión fue precisa, casi quirúrgica; a lo largo del antebrazo derecho. La sangre brotó en hilos finos, oscuros en la penumbra. La chica se retorció; sus gritos, amortiguados por la mordaza, eran un dulce susurro para los oídos de Vladimir.
El proceso había comenzado de nuevo.
Vlad no se apresuró; cada corte era un símbolo; cada símbolo, una oración. Mientras trabajaba, el fuego de la chimenea crepitaba arriba, disfrazando los gemidos de dolor. La nieve comenzó a caer más intensamente, amortiguando la atmósfera en confabulación con el asesino. Y, en algún lugar del bosque, los lobos empezaron a aullar, como si respondieran al llamado ulterior que solo ellos podían oír. El llamado de la sangre.

DIECIOCHO

Cuando terminó, la joven apenas respiraba. Vlad se sentó en el suelo junto a ella, observando cómo el candor de su vida se extinguía lentamente. No había odio en sus ojos; era la mera aceptación de lo que estaba por sucederle; eso, y un miedo tan puro que resultaba hermoso en su crudeza.
El miedo al abismo eterno.
Le cerró los ojos con dos dedos, aunque aún respiraba, y se quedó allí un momento, a la espera de lo que fuera que encontrara ella desde el otro lado de la existencia.
La respiración de la chica, silenciada, se fue apagando con un frenesí desproporcionado, como en cámara lenta, pero en realidad a velocidad rápida. Casi hipando.
Así se fue. Febril.
Luego, él se puso en pie; subió las escaleras, cerró la trampilla y volvió a poner la alfombra en su lugar. La cabaña regresó a ser lo que siempre parecía, una estructura olvidada por el tiempo. El fuego de la chimenea seguía chisporroteando alegremente, como si no supiera la atrocidad que hubiera mancillado la paz del hogar; como si no le importara. Vlad se sentó frente a la lumbre, limpiando muy superficialmente la navaja con un paño oscuro.
Afuera, la tormenta de nieve crecía. La noche extendía su manto sobre Frostheaven Lake.
Qué rápido pasa el tiempo, pensó.

Samantha, al otro lado del pueblo, sostuvo la botella de cerveza entre las manos, riéndose con una carcajada abierta, limpia. Su amiga, Marcy, la miraba desde el otro lado de la pequeña mesa del bar, los codos apoyados sobre el mantel, el rostro encendido de curiosidad.
—No, no entiendes —insistía Samantha, inclinándose hacia adelante,

bajando la voz como si confesara un crimen delicioso—. Vlad es un caballero en la mesa... pero en la cama... —se detuvo, saboreando las palabras—, ¡es un dios! ¡El dios del sexo!
Marcy soltó una carcajada ahogada, casi escandalizada.
—¿En serio?
Samantha asintió.
Los ojos le brillaban de una felicidad que parecía demasiado frágil y, al mismo tiempo, totalmente suya. Incluso se dio el lujo de levantar, ligeramente y con algo de arrogancia, una de sus cejas.
—Puede ser salvaje, ¿sabes? De esos que te muerden el cuello, que te hacen moretones que te encuentras a la mañana siguiente —señaló las marcas rojas que apenas se asomaban sobre el escote de su blusa—; pero luego puede despertarte acariciándote como si fueras de cristal. —Suspiró, mirando la espuma de su cerveza—. Me dejó el desayuno preparado esta mañana.
Marcy rió de nuevo, pero luego se puso seria.
—Samantha... escucha —bajó la voz, lanzando una mirada alrededor del lugar—. Hay un loco matando chicas. ¿Lo has oído? ¿Viste las noticias?
Samantha bufó, restándole importancia. Luego, empujó un poco más de cerveza entre pecho y espalda.
—¿Aquí? ¿En Frostheaven Lake? Por favor. —Se llevó la botella a los labios, de nuevo—. Además, tengo a Vlad. Si alguien quisiera hacerme daño, él lo partiría en dos.
Marcy no sonrió. Siguió mirándola, preocupada.
—Es un tipo que parece que tiene cierta conexión con las apps de citas —dijo, mostrando su celular, mientras buscaba en Google algo al respecto.
—No dudo que tengas razón, amiga. Pero no necesito ver eso. Vlad es… Vlad. Él se cuece aparte.
Samantha desvió la mirada, incómoda, y cambió de tema.

Mientras tanto, Vlad conducía su camioneta por el sendero desierto que bordeaba el lago. La nieve crujía bajo los neumáticos, y cada tanto el reflejo pálido de la luna rompía entre las nubes, iluminando la planicie congelada. En la parte trasera de la camioneta, envuelto

en una sábana gruesa, el cuerpo de la joven cautiva permanecía inmóvil.
El ritual había terminado, pero el último acto aún estaba pendiente.
Vlad detuvo el vehículo cerca de un pequeño embarcadero abandonado. Bajó sin prisa, asegurándose de no dejar huellas más allá de las necesarias.
El peso de la figura envuelta hacia el lago era superior a lo que le pareció en vida; siempre era así.
Se arrodilló en el punto que creyó era el mejor lugar para terminarlo todo. Sacó una herramienta de metal pesado y comenzó a golpear el suelo, debilitado del hielo, creando una grieta. El agua negra apareció, manando del agujero como herida sanguinolenta en la piel lacustre; respirando el vapor de aquella noche helada.
Con cuidado, Vlad desenrolló la sábana.
El cuerpo se sumergió poco a poco; una joven hermosa, con la piel marcada por cortes rituales aún sangrantes, iba penetrando la profundidad de la inexistencia.
Él contuvo el aliento.
El agua lamió su piel, mientras la sorbía de la superficie, arrastrando hilos de sangre en filamentos rojos que se perdían en la corriente.
Vlad sostuvo el cuerpo un momento más, observándola en esa suspensión previa a dejarla irse para siempre. Había algo, casi sagrado, en aquel instante.
El sacrificio.
El silencio.
La aceptación.
La dejó deslizarse en el agua, y el cadáver se hundió en su totalidad.
Con el cabello ondeando como algas, pareció una sombra que la perseguía en su último trayecto. Los brazos se extendieron hacia arriba, como si quisieran acariciar el hielo desde abajo, mientras huía de Vlad, salvada por la corriente, que la arrastró despacio, llevándola hacia la ciudad.
Vlad observó hasta que la figura se desdibujó, atrapada bajo la capa congelada, apenas visible, como una mancha en la transparencia inmóvil del Frostheaven Lake.
Luego, regresó a su camioneta, limpiando cuidadosamente sus

huellas, arrastrando una pala por sobre la nieve que hubiese pisado. Nevó de nuevo, cubriendo todo de nuevo: el crimen, la memoria, el tiempo.

—¿Y sabes qué es lo mejor? —decía Samantha mientras jugueteaba con la etiqueta de su botella—. No tiene prisa. No es como esos tipos que apenas te besan y ya quieren llevarte a su cama. Él... él quiere conocerme.
Marcy sonrió forzada.
—Me alegro por ti, de verdad. Pero prométeme que irás con calma.
Samantha ladeó la cabeza, burlona.
—Marcy, si voy más despacio, se me va a congelar el corazón.
Se rieron y, por un momento, la pesadez de la advertencia pareció disiparse en la atmósfera.

Horas más tarde, Vlad se encontró de nuevo con Samantha. Era ya bien entrada la noche, pero habían acordado cenar en un pequeño restaurante cerca del muelle, uno de esos lugares donde las luces cálidas y las maderas crujientes daban la ilusión de refugio.
Samantha ya estaba sentada en una mesa junto a la ventana cuando él llegó. Se levantó para abrazarlo, y él la sostuvo un segundo más de lo necesario.
Se sentaron.
Pidieron vino.
Conversaron.
Todo parecía normal, pero en la televisión de la terraza del restaurante, montada en una esquina, las noticias locales interrumpieron la programación habitual.
—Última hora —anunció la reportera, la voz temblando ligeramente —. Esta tarde, apenas unos minutos atrás, un grupo de niños que patinaba sobre el lago Frostheaven descubrió un cadáver atrapado bajo el hielo.
La imagen cambió a un video tembloroso: niños llorando, padres rodeándolos, oficiales cubriendo el área con cintas amarillas; con manos estiradas tapando las filmaciones de los testigos.
Samantha dejó caer su copa de vino, que rodó sobre la mesa antes

de caer al suelo con un estrépito sordo.
—¡Dios! —susurró.
Vlad, en cambio, puso una expresión de perfecta incredulidad, de horror contenido. Como si el hallazgo lo sorprendiera tanto como a cualquiera.
—¿Estás bien? —preguntó, rodeándola con un brazo, pero sin dejar de ver la pantalla, fingiendo una aterrada estupefacción—. Mike, un amigo del trabajo, recién me contó que habían estado pasando cosas raras.
Samantha asintió, temblando.
—Sí... no sé; mi amiga también lo mencionó. Yo fui una boba, no le di importancia. Es tan horrible. ¿Crees que sea por el asesino del que están hablando?
Él le pasó un brazo por los hombros, protegiéndola.
—No sé. Pero sea lo que sea, quiero que sepas que estaré cerca —murmuró—. Estoy aquí contigo.
Samantha cerró los ojos, apoyando la cabeza en su pecho.
En la televisión, el reportaje continuaba:
—Un cuerpo femenino, una chica joven, encontrado bajo el hielo, con señales "inexplicables" en su piel. Los niños hablaban atropelladamente de "ver un ángel atrapado" y "una princesa congelada que no podía gritar".
Vlad cerró los ojos un segundo, apretando fuerte los párpados. Samantha se acurrucó aún más contra él; sintió sus pechos trabajados, fuertes, contra su cuerpo; tuvo que ocultar una sonrisa.
Se vería muy mal que ella sonriera en ese momento.

DIECINUEVE

La luz blanca de la oficina de Homicidios era superinvasiva, revelando cada mancha de café en los escritorios, develando cada ojera en los rostros de los detectives. Úrsula Rühmann pasó una mano por su cabello, recogiéndolo en una coleta apretada, y lanzó otra tanda de impresiones sobre la mesa.

—Ellas —dijo, señalando con el bolígrafo—. Estas mujeres estuvieron chateando con un nuevo galán antes de su desaparición.

—Del hombre no sabemos nada. Puede ser el factor diferencial —contestó Jonas.

—Puede ser. Sin embargo, lo de las mujeres es; y, por ser, debemos atacar ese frente.

Jonas Klein se inclinó hacia las carpetas. Las fotos de las víctimas parecían observarlos desde la mesa con rostros jóvenes e ilusionados, congelados en una eternidad que no habían elegido y que, sin embargo, de manera injusta, ayudaron a obtener.

—El mismo patrón, ¿eh? —preguntó al aire.

—El mismo. —Úrsula golpeó la mesa con el dedo índice—. Conexión por Tinder, mensajes constantes, citas aplazadas. Seducción lenta de inicio, pero desaparición abrupta. Creación de dependencia emocional; casi casi de adicción emocional instantánea. ¡Es una puta fórmula!

Jonas resopló, cruzándose de brazos.

—No es un asesino impulsivo; es un maldito escultor. Da forma a sus víctimas antes de tomarlas. Las canaliza. Las va guiando a una suerte de elección arbitraria de decisiones para darles una falsa ilusión de seguridad y control. Es un flujo.

—¿Un jodido flujo, Klein? ¡¿De qué carajos estás hablando?!

—Es como un árbol de decisiones, un flujo. Mira —dijo, al tiempo que se acercaba al pizarrón, destapaba uno de los plumones y escribía—: "¿Me gusta este tipo?" —Luego sacaba de ahí dos líneas

que terminaban en flecha—: "Sí" / "No". Luego de la palabra "Sí", ramificaba: "Lo quiero conocer" / "No lo quiero conocer".
—Carajo, Klein, ¡siéntate! Claro que sé qué es un puto flujo; lo que no entiendo es eso qué carajos tiene que ver con todo esto.
—Mira, Rühmann; tengo una corazonada: Tinder es un flujo de posibles elecciones. Te gusta o no te gusta, le escribes o esperas a que te escriba, y así. La misma plataforma, el sistema de ligue, va condicionando una doble alternativa a cada paso en su relación. Esto da una falsa creencia de poder y seguridad.
—¿Así te pasa cuando ligas por Tinder, niño listo?
Klein le regaló una sonrisa traviesa.
—Jefa, si uno está en constante decisión, se genera la idea de ser uno quien elige, ¿no? Luego él cancela el *date*, y es entonces cuando las víctimas hacen corto circuito; si antes deseaban verle, ahora no entenderán por qué se canceló y querrán verle con más ganas.
—O mandarlo al carajo de una buena vez, si me lo preguntas a mí.
—También. En ambos casos, gana. Es, seguramente, un filtro. Mi padre tenía un dicho: "Lo que se ha de pelar, que se ponga a remojar". Quizás se organiza de tal forma que solo avanzan hasta la etapa de conocerle las que están por ser asesinadas.
—O los que están por ser asesinados.
—Tienes razón, Rühmann. Las y los que están por ser asesinados; tras una serie de "decisiones" elegidas que les dan la falsa creencia de que ellos escogen, y esto les proporciona, quizá, la idea de tener el control en todo momento, lo que les pone, en realidad, bajo cierta vulnerabilidad.
El aire de la oficina era denso. Afuera, la nieve golpeaba contra las ventanas con un ritmo irregular, como si también quisiera entrar, colarse entre las rendijas, congelarlo todo.
—Necesitamos acceso a los registros de las *apps* —dijo Úrsula.
—Sí, así sabremos cuál es, a ciencia cierta, su *modus operandi* para romper el patrón y hacer que caigan a sus pies.
—Sí, eso y todo lo demás. Los registros nos darán un panorama amplio de cómo opera y de cómo atraparlo. ¿Qué probabilidad hay de que cooperen las compañías sin una orden federal?

Jonas arqueó una ceja.
—Nula.
Úrsula ya lo había previsto.
—Pero podemos presionar. Klein, haz que suceda. Trata de organizar una reunión virtual con los chicos de Tinder; es imprescindible que podamos explicarles la importancia de su colaboración en este caso, para evitar más muertes de sus usuarios.

Tres horas más tarde, abrieron sus computadoras portátiles y accedieron a una videollamada. Del otro lado de la pantalla, cuando finalmente se conectaron, los esperaba un panel de rostros tensos. Eran abogados corporativos de la compañía tecnológica de citas y la representante del departamento de seguridad digital de cara a los usuarios. La conexión era buena, pero, igual, estaban a la defensiva.
—Agentes Rühmann y Klein —saludó una mujer de cabello rubio atado en un moño perfecto—. Mi nombre es Susan Fields. Dirijo el departamento legal de Match Group para la región norte.
Úrsula fue al grano.
—Hemos identificado un patrón claro de captación de víctimas a través de su aplicación. Necesitamos los historiales de conversación, registros de IP y metadatos de las víctimas y de sus *matches* recientes.
Susan ladeó la cabeza, casi con condescendencia.
—Entendemos la gravedad del asunto, agentes. Pero la política de privacidad y la ley federal nos impiden entregar datos de usuarios sin una orden judicial formal.
Jonas apoyó los codos sobre la mesa, acercándose a la cámara.
—Tres víctimas —dijo—, y dos cuerpos encontrados. ¿Necesitan que la cifra suba para mover un puto dedo?
Un murmullo cruzó el panel de la videollamada, pero Susan mantuvo la compostura.
—No es cuestión de voluntad, agente. Es cuestión de ley.
Úrsula se inclinó aún más hacia adelante.
—No estamos aquí para pedir favores, sino para evitar que mañana su empresa sea la responsable de otra muerte.

La mujer cerró los labios en una línea delgada. Luego habló con total calma, y mucha seguridad. Parecía envejecer a lo largo de la llamada:
—Solicitaremos una revisión interna urgente al comité —concedió—. Les responderemos en un plazo de 72 horas.
Jonas soltó una carcajada seca.
—¡Setenta y dos horas! En este caso, eso son dos víctimas más. Al menos un nuevo cuerpo.
Susan no se inmutó.
—Así funcionan los procedimientos.
Úrsula la observó un momento. Calculó. Midió. Entonces lanzó los dados:
—Si no cooperan de inmediato, haremos una rueda de prensa. Anunciaremos públicamente que un asesino está usando su plataforma para cazar víctimas en Frostheaven Lake.
—Eso es un riesgo calculado en cualquier plataforma de citas.
—Ustedes son la única *app* asociada.
—La prensa ya nos está mencionando, agente.
—Sí, abogada; pero no ha habido ninguna postura oficial sobre Tinder. Aún no, al menos. No por parte del Departamento de Policía de Frostheaven Lake. Ayudan, o ratificaremos.
El silencio que siguió fue más frío que el hielo afuera de la ventana. La amenaza no era implícita; era barriobajera, pero eran tiempos de necesidad, para medidas urgentes: pánico público, caída de acciones, demandas en cascada.
Susan inhaló lentamente.
—Déjennos consultar con nuestro consejo directivo. Les daremos una respuesta más concreta en... —hizo una pausa—. Veinticuatro horas.
—Tienen ocho —cortó Úrsula, cerrando su computadora sin esperar despedidas.
La ausencia del fulgor de la pantalla dejó la oficina sumida en un brillo fantasmagórico con un zumbido eléctrico.
Jonas soltó un largo suspiro.
—Tiempo —murmuró—. Siempre quieren más tiempo.
Úrsula se frotó la frente, cansada.

—Y es lo único que no tenemos.
Se quedaron en silencio unos instantes. El tic-tac de un reloj de pared marcaba cada segundo.
Tic.
Tac.
Tic.
Tac…

VEINTE

Horas más tarde, en la sala de reuniones, extendieron los informes preliminares sobre la mesa.

—Tinder registra interacciones, IPs y hasta versiones de *software* de los usuarios —explicaba Jonas, revisando su *laptop*—. Pero, para obtener chats eliminados o mensajes antiguos, necesitamos acceso administrativo completo.

Úrsula tamborileaba los dedos en la mesa.

—El asesino es meticuloso. Dudo que deje mucho rastro en su propio perfil.

—Quizá no en su perfil —concedió Jonas—. Pero sí en los patrones de conexión. IPs de acceso, geolocalizaciones de dispositivos.

Se miraron.

—¡Una VPN! —dijeron casi al mismo tiempo.

Pero luego Jonas negó con la cabeza, frustrado.

—Si usa una VPN sólida, vamos a estar jodidos. Nos va a costar semanas rastrearlo.

—A menos que haya cometido un error —añadió Úrsula—. Solicita, mejor, una visita presencial a la oficina central de Tinder. No sé qué podamos lograr; pero meter presión, haremos.

—De inmediato. Pero… ¿la solicitud la hago con Tinder o es para los jefes?

—Exacto, Klein.

—No, o sea, ¿a quiénes hago la solicitud, Rühmann?

Úrsula se detuvo en su andar, encaró a su compañero y, con una sonrisa de oreja a oreja, le dijo:

—Si no lo sabes manejar, querido Klein, no hagas preguntas dobles en un mismo cuestionamiento.

Jonas soltó el aire contenido en una especie de sonrisa.

—A ambos, a los jefes. Solicítales con cualidad de urgencia vital el desplazamiento hacia allá, como si ya tuviéramos la invitación por

parte de Match Group. A ellos, solicítales acceso a sus instalaciones para una junta presencial, con carácter de urgente y confidencial.
Cuando salieron de la oficina esa noche, la ciudad estaba sepultada bajo una nueva nevada.
—Puta madre —dijo Úrsula, ya descompuesta—. Es como vivir en una heladera.
Las farolas lanzaban halos de luz pálida sobre las aceras cubiertas. Cada paso que daban dejaba una marca efímera, borrada por el viento segundos después.
—¿Sabes qué es lo peor? —dijo Jonas, abrochándose mejor la chamarra.
—¿Además de ir ahora mismo a la morgue? No. ¿Qué?
—Que mientras nosotros hablamos con abogados y directivos, él sigue cazando o ejecutando.
—No lo hagas más difícil, Klein. Esta noche planeaba dormir… —respondió Úrsula.
Luego ella miró hacia el lago, Jonas le siguió la mirada; veían donde apenas podía adivinarse la superficie congelada. Se preguntó, ella, cuántos cuerpos más estarían allá abajo, atrapados en el hielo, flotando en la oscuridad, con sus últimos suspiros congelados en burbujas que nunca llegarían a romper la superficie. Él, en cambio, fantaseó con la posibilidad de lograr algo, un cambio, y evitar las siguientes muertes, ponerle un alto; se preguntó, Jonas, si tendrían tiempo. Ella sufrió en silencio por la duda de qué pasaría si no lograban nunca dar con él. El frío de la morgue era diferente al del exterior. Afuera, el invierno intentaba congelarte el espíritu; adentro, era como si el aire mismo se coagulara con el propósito de helarte la piel.
Ese era su propósito.
Úrsula Rühmann y Jonas Klein bajaron la rampa metálica con sus pasos resonando en el eco estéril de los pasillos hasta llegar a la sala de autopsias.
Neil Hadley los esperaba, enfundado en su bata blanca manchada de restos de talco y formol; los guantes, medio puestos, le colgaban de las manos con dedos que parecían ser mucho más largos y guangos de lo que en realidad eran. Se los enfundó correctamente mientras

les dedicaba una mirada con suspicacia. Su rostro era pétreo, como si la muerte diaria lo hubiera cincelado hasta convertirlo en una estatua cansada.
Pero luego, sonrió.
—Tres cuerpos —dijo sin preámbulos, con su voz ronca y cortante—. Y los que faltan…
Los llevó hasta las mesas metálicas, donde los cadáveres, cubiertos con sábanas, parecían flotar en la nada.
—¿Qué tienes para nosotros, Hadley? —preguntó Jonas, sacando su libreta.
El forense se pasó un dedo por las gafas empañadas.
—En los tres casos, los órganos sexuales fueron... —buscó la palabra — mutilados de forma ritual.
Úrsula frunció el ceño.
—¿Qué quieres decir exactamente con "ritual"? —preguntó.
—A mí, más bien, me intriga lo de la mutilación —declaró Jonas, alzando la sábana de la víctima masculina y mirando su pene, marcado por cortes muy finitos.
De inmediato, Hadley le quitó la mano de la sábana, poniéndole la misma cara que pondría un profesor de instituto ante la irreverencia del estudiante más obtuso de la clase frente a una obra de arte en un museo. Sin embargo, con ese gesto bastó, y continuó la plática como si el hecho no hubiese sido importante, aunque el tono de voz cambió ligeramente a una molestia sutil. Un reproche, casi.
—No son mutilaciones de amputación; tampoco son cortes caóticos ni impulsivos —aclaró Hadley, emocionándose poco a poco con la explicación que les brindaba—. Son precisos, deliberados, simétricos y sistemáticos. Hay un patrón geométrico en las incisiones; casi como una escritura. No es sadismo puro; es una representación simbólica de algo que quiere decirle a quienes quieran, o puedan, entender esta forma de lenguaje escrito.
Jonas murmuró una maldición por lo bajo. Úrsula se cruzó de brazos.
—¿Alguna señal de violación?
El forense negó con la cabeza.
—Ninguna. —Pausó—. De hecho, encontramos restos de actividad

sexual vaginal, y anal en las tres víctimas... pero sin signos de violencia. No hay desgarros, no hay microhematomas típicos de agresión forzada. Todo indica que las relaciones fueron... consensuadas. No son muy recientes, pero los tres cuerpos las tuvieron.

—¿Consensuadas…? —repitió Jonas, incrédulo.

—Hasta donde la medicina forense puede determinarlo, sí —confirmó Hadley a esa pregunta formulada, más bien, como aseveración.

Úrsula tamborileó los dedos en la cubierta metálica de la camilla. Luego pensó mejor qué solía haber en esas superficies y replegó los dedos, luego las manos y, de forma sistemática, los brazos, cruzándolos de nueva cuenta.

—¿Algo más?

Hadley asintió, pasándole una botellita de gel antibacterial que tenía dentro de su bata, con una sonrisa traviesa. Úrsula la tomó de inmediato.

—Debajo de los glifos —dijo, levantando ligeramente la sábana para mostrar el torso de una de las víctimas—. Hay marcas de hematomas antiguos y mordidas humanas.

Se inclinó y señaló una zona en el hombro izquierdo de una de las víctimas.

—Aquí —dijo—. Mordida parcial. Profunda.

Sacó una fotografía impresa de cerca; la imagen mostraba la curvatura de los dientes, una línea de presión desigual.

—¿Puede sacar algo de eso? —preguntó Úrsula.

—Ya lo hice —respondió Hadley, casi con orgullo contenido—. Logré obtener una huella dental preliminar.

Sacó una segunda fotografía, más nítida; la impresión de los dientes era lo suficientemente clara como para construir un molde comparativo.

—¿Qué nos dice esa huella? —preguntó Jonas, inclinándose.

Hadley cruzó los brazos.

—Primero: que no es una mordida defensiva. No hay rasgado, no hay lucha. Segundo: la presión es alta, pero distribuida. No fue una mordida de ataque... fue una mordida de arrebato sexual.

—¿Una marca de pasión? —aventuró Jonas, incrédulo.
—Exactamente —suspiró Hadley—. Cuando hay un momento de clímax o éxtasis extremo, algunas personas muerden con fuerza sin ser conscientes. Es típico en relaciones intensas, de alto voltaje emocional y físico.
Úrsula cerró los ojos un segundo. Las piezas encajaban. Embonaban demasiado bien.
—Así que —dijo despacio—, ¿tenemos a un asesino que no viola, sino que seduce? ¿Que consigue sexo consensuado... y después mutila y asesina de forma ritualista?
—Eso parece —confirmó Hadley.
El zumbido del sistema de refrigeración llenó la sala, ante un cuasisilencio total; tan pesado como un lamento, tan invasivo como el temor de recordar que aquel asesino estaba afuera, atacando.
—¿Puede esa huella dental ayudarnos a identificarlo? —preguntó Jonas.
Hadley se encogió de hombros.
—Si tenemos un sospechoso y logramos una muestra, sí. Pero, con millones de bocas en el país... no es una bala de plata.
Úrsula respiró hondo.
—No obvies nada, Hadley —dijo, firme—. Cada marca, cada corte, cada microdetalle puede acercarnos al asesino. Este hijo de puta está enamorándolas antes de desecharlas.
El forense asintió, bajando de nuevo la sábana sobre el cadáver.
—¿Alguna otra coincidencia entre las víctimas? —preguntó Jonas.
Hadley consultó su libreta.
—Todas presentaban niveles altos de oxitocina en sangre.
Úrsula frunció el ceño.
—¿La hormona del amor?
—Exacto —afirmó Hadley—. O del apego emocional. Esto sugiere que, en los últimos momentos de su vida, estaban... felices. O, de menos, con la emoción a tope.
—Confiadas —sumó Jonas.
El silencio se adensó aún más en la sala. Jonas guardó su libreta.
—Es peor de lo que pensábamos.
Úrsula asintió.

—Es un encantador de serpientes.
—Un lobo —terció el forense— en la piel de un cordero.

Cruzaron la morgue de vuelta hacia el pasillo, sus botas resonando como tambores de guerra sobre el linóleo. El celular de Jonas vibró. Él miró la pantalla y le sonrió a Úrsula.
—Mira —dijo, señalando la pantalla de su móvil.
Ella observó un correo de autorización para hacer uso de recursos logísticos y de transportación ilimitados a partir de mañana.

La nieve golpeaba los ventanales, los edificios, los vehículos y todas las superficies naturales o artificiales en aquel lugar impasible, incansable. Y, en algún sitio de Frostheaven, mientras ellos hablaban en salas frías sobre recursos y autorizaciones, Vladimir tejía su red más estrecha.

VEINTIUNO

El avión de la Unidad Especial del Estado aterrizó en la pista de *tarmac* en Palo Alto con un temblor seco. Desde el ventanal, Úrsula Rühmann y Jonas Klein divisaron los edificios de silicio y vidrio que surgían como templos modernos entre la bruma del amanecer. Era el corazón del imperio tecnológico; cálido, pulcro, con jardines diseñados. La sede de Tinder —o, mejor dicho, de su matriz, Match Group, como rezaba el logo futurista sobre la fachada de cristal— era un cubo perfecto de acero y transparencias. Abierto. Expuesto. Aunque la verdadera fortaleza estaba en unos servidores enterrados bajo tierra.

Al llegar, no necesitaron siquiera avisar que estaban ahí; fueron recibidos por una mujer de traje oscuro que se identificó como asesora de relaciones legales. Pasaron un control de seguridad exhaustivo, su identificación biométrica, escaneo facial, detector de metales; el protocolo básico de los resguardos tecnológicos, a veces, pensaban muchos visitantes, más que un resguardo, era un mensaje protocolario de lo difícil que es llegar a ellos… y lo aún más complicado que era entrar. Subieron a la cuarta planta, donde las oficinas se desplegaban en espacios abiertos, sin cubículos, con estaciones de trabajo minimalistas de madera clara, con sus máquinas de café de diseño, sus *pufs* coloridos, las paredes tapizadas de pizarras blancas; y los cientos de jóvenes con auriculares gigantes y suéteres de *casimir* que paseaban de un escritorio a otro.

En una sala de juntas acristalada los esperaba una pequeña comitiva: el CEO interino, el director de producto, el jefe de comunicación y la *Chief Security Officer*, una mujer de rasgos duros y cabello corto llamada Dana Weller.

Úrsula y Jonas entraron.

Colocaron sobre la mesa un portafolios de pruebas.

—Gracias por recibirnos —empezó Úrsula, su voz firme, sin cortesía fingida.
—Entendemos la gravedad —dijo el CEO, un hombre de camisa remangada, sin corbata, que parecía no haber dormido en días. A pesar de su seriedad, sus ojos brillaban con felicidad: la felicidad del logro consumado. Quizás esta reunión era lo único con mal sabor de boca en su vida en los últimos meses.
Jonas abrió el portafolios.
Mostró de inmediato las imágenes impresas, sin presentaciones sofisticadas en las pantallas de la sala; eran fotos de los cadáveres. Impactaron la mesa como los yunques contundentes de las caricaturas. Los rostros congelados en expresiones de terror anunciaban, o bien, la comprensión de la magnitud de la situación actual en la ciudad, o bien, la problemática corporativa de la asociación indirecta con el asesino. Un murmullo incómodo recorrió la mesa.
—Bueno… este… —farfulló el CEO.
—Todas ellas —dijo Úrsula, arrojando más y más fotos sobre la mesa frente a ellos como latigazos— fueron seducidas a través de su *app*. Por diferentes perfiles, aunque con ciertas similitudes y correspondencias: un guion formulado. Diferentes identidades, pero las conversaciones… —hizo una pausa, conectando, ahora sí, la *laptop* al proyector de la sala— las conversaciones son virtualmente idénticas.
En la pantalla desfilaron *chats* en los que los mismos cumplidos, los mismos chistes internos, las mismas frases de confianza se repetían con milimétrica precisión hasta culminar en una disculpa por la cancelación de la primera cita y la promesa de una siguiente ocasión insuperable.
—Podría ser *copy-paste* —dijo Jonas—. O podría ser un patrón de manipulación aprendido hasta la perfección; facilitado por las bondades de su app.
Dana Weller rompió la barrera.
—¿Qué necesitan de nosotros?
Úrsula no vaciló.

—Acceso total a los *chats* de las víctimas. A sus *matches*. A sus conexiones IP. Y a cualquier dato residual de los perfiles eliminados.
El director de producto frunció el ceño.
—Incluso si quisiéramos ayudar… la privacidad del usuario es sagrada. Nos regimos por el CCPA de California. No podemos rastrear *chats* sin una orden judicial.
—¿Privacidad? —Úrsula alzó la voz—. Un hombre y tres mujeres han sido cazados y sacrificados como ganado porque alguien usó su hermosa *app* de ligue como mercado de carne. ¿Van a escudarse en la privacidad mientras alguien más muere? ¡El tiempo corre, señores! —añadió, arrojando un acercamiento de la mutilación genital frente al director de producto.
Dana Weller se mantuvo fría.
—No lo subestimen, agentes. Lo que piden viola leyes estatales y federales.
Jonas se inclinó hacia adelante.
—No pedimos nada. Exigimos su colaboración como un deber ser, un bien hacer de su compañía. La privacidad de estas víctimas ya fue vulnerada a través del facilitador tecnológico que ustedes brindan. Están muertos. No hay más. Y creemos que el asesino sigue activo. Lo que se exponga de estas tres muertes ya no puede dañarlas… pero sí puede salvar a las siguientes víctimas. Porque este Asesino de Tinder tiene pinta de ser muy prolífico, y, lo peor, no tardaría en ganar adeptos e imitadores en otras ciudades. En generar una moda, quizás. Los Asesinos de Tinder…
La tensión en la sala era tan densa que parecía solidificarse. El CEO interino, visiblemente alterado, intercambió una mirada con Dana. La jefa de seguridad asintió casi imperceptiblemente.
—Deben entender —añadió Dana, con tono de pragmatismo crudo— que sí tenemos ciertos respaldos automáticos. No los *chats* en sí, pero sí los metadatos: horarios de conexión, patrones de uso, correlaciones de perfiles; pero…
—¿Y las fotos? —preguntó Úrsula.
Dana asintió.
—Cuando un usuario sube una foto y luego la elimina, los sistemas de respaldo automático las almacenan en *caché* durante un tiempo

determinado, para análisis de seguridad interna. No son fotos legales. Son reconstrucciones generadas por IA, basadas en esas imágenes.
Jonas frunció el ceño.
—¿Reconstrucciones?
—Sí. —Dana abrió su *laptop*, tecleó un código rápido y proyectó dos imágenes en la pantalla.
No eran fotografías convencionales. Eran *renders* hiperrealistas: un rostro masculino, joven; atractivo, pero no demasiado. De esos que pasan desapercibidos en cualquier parte, pero que te roban un suspiro si se dirigen a ti. Pelo oscuro. Ojos penetrantes. Mandíbula marcada.
Era Vlad.
O alguien demasiado parecido.
—¿Qué tan precisos son esos retratos? —preguntó Úrsula, con la garganta seca.
—Un 92 % de similitud morfológica con la foto original —respondió Dana—. En muchos casos, más precisos que un retrato robot de la policía, claro está.
Úrsula y Jonas se miraron.
—¿Qué hay sobre correr un algoritmo que detecte las mismas frases, los mismos patrones de conversación en usuarios activos? —preguntó Jonas, lanzando el anzuelo—. ¿Tienen algo así, no sé, para detectar violencia o alguna cosa sofisticada de Silicon Valley?
Dana negó de inmediato.
—Eso sería una violación directa a la privacidad de los usuarios activos. Espionaje corporativo. Sería ilegal. Nos enfrentaría a demandas multimillonarias.
Úrsula no pestañeó.
—¿Y cuántas vidas vale su protocolo de privacidad? Porque entiendo que en esta zona del mundo, lo que se puede imaginar, ya se ha realizado.
Dana apretó la mandíbula.
—Estamos trabajando en campañas de concientización, en fortalecer los protocolos de verificación de identidad, en reportes de comportamiento inusual...

—Eso no salvará a las chicas que están chateando esta noche con él —interrumpió Úrsula.
La Chief of Security guardó silencio unos segundos.
Finalmente, suspiró.
—Haré correr un algoritmo interno, de forma encubierta. Será riesgoso. No garantizo resultados. Y, claro, parte de la conversación jamás existió.
—Con eso nos basta —dijo Jonas—. Y lo agradecemos infinito.
Se firmaron acuerdos de colaboración temporal bajo cláusulas de confidencialidad absolutas y estrictas. La jefa de seguridad prometió entregarles cualquier nueva coincidencia que detectaran. Les imprimieron copias de las imágenes generadas por IA y respaldos cifrados de los *chats* y conexiones de las víctimas. Asimismo, se las entregaron en memorias portátiles, para evitar cualquier registro por correo electrónico. Cuando salieron del edificio, la luz del atardecer incendiaba el cristal de las torres, como si todo el valle de la tecnología ardiera desde adentro.
En la pista de aterrizaje, ya los estaban esperando. Úrsula subió primero. Jonas la siguió, con las copias de los rostros de Vlad aseguradas en un portafolios reforzado. Mientras ascendían sobre la bahía, dejando atrás el corazón frío de la tecnología moderna, ambos sonreían por los avances alcanzados.

EL NIÑO INVISIBLE

Segunda parte

VLADIMIR

Vlad no se iba a llamar Vlad.
Su nombre se lo debe a una enfermera, y no a su madre; ni siquiera a su padre.
Nació en una clínica improvisada en algún punto olvidado entre Texas y Nuevo México, donde los mapas omitían su existencia, pero los pueblitos proliferaban un día a la vez, y sin mayor expectativa que llegar a la noche; por allí, los nombres de los pueblos se desvanecían de los letreros por la acción del viento, por la negligencia, porque la gente no sabía leer o no les importaba siquiera dónde estaban. En ese lugar, allí donde nació y creció sus primeros años, las tormentas de polvo devoraban los caminos. La nieve, en cambio, no era común, pero cuando caía, lamía sin tregua los baldíos, los caminos, las casas y toda la existencia por igual. A excepción de la autopista, la carretera, quién sabe por qué, dividía el desierto de la nieve; cuando nevaba. Las muy pocas veces que lo hacía. La nieve, entonces, se volvía hielo y se pegaba a las ventanas, se colaba por las grietas y congelaba, enlodaba y estropeaba todo a su paso.
La clínica donde su madre le dio a luz, no era más que un almacén reconvertido, con muros tambaleantes, olor a yodo y herramientas de veterinario. Había una lamparilla colgando del techo que temblaba al compás del viento, como si dudara de su existencia. En un rincón, el radiador de gas parpadeaba como un corazón viejo, incapaz de decidir si seguir latiendo o rendirse a la inexistencia. A veces calentaba, otras tantas sólo gruñía.
Allí llegó Martha Astorga, jadeando, gritando, con las manos aferradas al marco de la puerta como una araña emergente de la coladera.
—¡AHHHHHGRR! —gritaba; luego parecía doblarse del dolor y se incorporaba de nuevo—. ¡AYUDA!

El hombre que la acompañaba no era su esposo. Tenía los nudillos agrietados, las botas cubiertas de sal y arena, y la mirada de alguien que ha pasado demasiado tiempo dejando pasar demasiado tiempo. No habló. No ayudó. Sólo se quedó en la puerta mientras Martha era conducida al interior como un animal que sabe que no saldrá entero.
—¿No vienes? —preguntó jadeando.
—No. No soy doctor —dijo, sacando unos billetes y echándolos en una mesita con un revistero—. Pero acá te espero, guapa. Yo pago.
El parto fue rápido; pero el dolor, brutal. No hubo ni compasión ni alivio ni esa alegría instintiva que a veces brota cuando un cuerpo se desgarra para dar paso a otro. Había leído… no, no; había visto en la televisión que, en un estudio, las mujeres puntuaban demasiado alto el dolor que sentían, casi como algo insoportable; pero que luego, al ser entrevistadas y cuestionadas al respecto, las nuevas madres parecían recalificar aquello como menos doloroso y más una exageración del momento. Martha, no. Ella odió cada maldito segundo de dolor y, sólo porque sabía que se moriría si lo intentaba dejar dentro, es que lo decidió sacar de sí. El dolor era inmenso; pero luego, cuando el pulsar agudo daba tregua, reconocía que las molestias serían para siempre.
Pagó en efectivo; con los billetes doblados, cochinos y mal contados de aquel tipo que esperaba una mamada, al menos, como gesto de reciprocidad.
Empapados de sudor y barro, con el bebé llorando en el asiento trasero de una camioneta vieja, en un acotamiento, Martha se la dio con la esperanza de que la llevaran hasta su casa y no a la estación de autobuses; segunda parte del pago tácito.
Los documentos del nacimiento eran formatos llenados a mano y malhablados, que guardó sin mucho interés ni cuidado en una bolsa imitación que a nadie engañaba. Los dejó sobre la mesa metálica sin mirarlos. No hubo, después de haberse recompuesto del parto y antes de salir de la clínica, preguntas, ni formularios, ni firmas. Nadie apuntó el nombre de la madre. Nadie registró la hora del nacimiento. El niño salió al mundo y fue registrado de forma simple, y eso sólo por misericordia.

No lloró, el niño, al nacer; pero sí que respiró de inmediato. Y cuando el doctor le quitaba los fluidos de los orificios nasales y bucales, puso la mano sobre uno de sus dedos y abrió los ojos. Eso fue todo. Un gesto que pareció demasiado consciente para ser de un recién nacido. Los ojos de aquel bebé eran grandes y oscuros, como dos pozos sin fondo cavados en la carne. La enfermera, una mujer enjuta, con dedos amarillentos y mirada esquiva, se persignó en silencio y le pasó un trapo sucio por la frente, al tiempo que reprimía una náusea. Dijo luego, sin convicción, que se llamaba Vlad.

—Tome a su bebé —le dijo ella a la madre, mientras recuperaba el aliento.

—Ahora lo hago —dijo Martha—. Deme un puto minuto, carajo…

La enfermera la miró y le preguntó cómo lo llamaría.

—Ay, no sé. ¿Le debo decir ahora mismo?

—Vlad —dijo la enfermera, extendiéndoselo a su madre. El bebito intentó sostener la cabeza, pero era demasiado pesada para él y la colgó de inmediato, cayendo justo en el pecho de Martha—. Tiene cara de Vlad.

El doctor, que las miraba con desgano mientras se enjugaba el sudor y se iba quitando los guantes, la bata y, sacando una anforita del pantalón, bebía un bourbon de mala muerte, bufó algo parecido a una risa al escuchar todo aquello.

—Pues te llamarás Vlad —dijo Martha, acercándole una teta a la boca, haciendo un gesto de dolor mientras el bebé prensaba su pezón con los labios.

—Vladimir, mujer —dijo el doctor—; los que son llamados Vlads, son Vladimir.

Martha no miró al niño. Se desmayó observando al médico. La enfermera cachó al crío mientras rodaba de los brazos de su madre a la camilla.

A Martha la dejaron sangrar un rato antes de intentar limpiarla. El hombre que la trajo entró después, horas más tarde, cuando el sol había desaparecido y el viento había cubierto la única ventana con una lámina espesa de polvo. Tenía la piel reseca y los labios partidos. Caminaba con la torpeza de quien carga un peso que no es suyo. No preguntó por el bebé. No preguntó por Martha. La miró un

momento, medio desnuda, rota sobre la camilla, y se le acercó como si no la conociera. Lo que pasó a continuación fue algo que podría describirse como una transacción. El primer pago, de los dos que recibiera, por un nacimiento sin registro.
Nadie intervino.
La enfermera se encerró en el cuartito del fondo, tapándose los oídos.
Una corriente de aire frío, que no se explicaba por ninguna grieta visible, entró y Vlad fue envuelto en una manta que olía a moho y cerveza agria.
—Está usted dada de alta. Felicidades —le dijo a Martha, mientras veía cómo despertaba el tipo a medio vestir en la camilla al lado suyo.
Se escuchó el motor de un auto arrancar, el del médico, y esto terminó por despertar al acompañante.
—Mierda —balbucía—, ya vámonos, pues.
Con muecas de dolor, y un hilillo de sangre escurriéndole por entre las piernas, Martha salió tambaleante, como si la hubieran vaciado para siempre.
El hombre cargó al bebé con torpeza, sin mirarlo, como quien transporta un paquete que no debería abrirse.
Se fueron sin despedirse.
La puerta quedó entreabierta, y el viento entró con rudeza, levantando papelería y tirando cajitas de medicamentos; se introdujo allí como espíritu chocarrero que hubiera estado esperando afuera todo ese tiempo.

◆ ◆ ◆

Creció en un pueblo donde las banquetas terminaban y la tierra empezaba a agrietarse, siendo el suelo que pisaban. Ahí, los perros morían boqueando en las calles como peces sacados del océano.
Su hogar era un remolque oxidado, medio hundido en un terreno baldío, con las llantas ponchadas. El sistema de ventilación era una ventana que nunca se hubo reparado y permanecía siempre abierta; única referencia de la palabra constancia para Vlad. La antena

doblada, que casi siempre solo captaba estática, era la infraestructura de telecomunicaciones disponible para el televisor blanco y negro de antena de conejo. Y un chirrido en la puerta, que sonaba distinto según quién la abriera, eran las notificaciones de seguridad en el umbral entre el mundo de afuera y la realidad de adentro.

Por las noches, se escuchaban cosas alrededor. Voces que no eran de nadie, pasos que no dejaban huella, risas entrecortadas como si vinieran de un radio abandonado. Nadie salía a ver. Ni siquiera Vlad.

Cuando se quedaba solo, las más de las veces, imaginaba que era su madre con algún hombre; pero cuando Martha y él estaban dentro y se oían esos ruidos fantasmagóricos, sus miradas se encontraban y, sin palabras, compartían el pavor.

Dentro del vehículo que los albergaba, las paredes eran delgadas: todo se escuchaba, todo se olía. El humo de los cigarrillos se impregnaba en la ropa, en las cortinas, en la comida.

Siempre había una cerveza abierta sobre la mesa, incluso antes del desayuno; estuviera papá o no.

Él tenía una voz que no subía de tono, pero que podía atravesarte; y sus silencios eran aún peores. Una vez rompió una lámpara con la cabeza de un martillo, arrojándoselo a su madre. Otra vez, con una carcajada, le enseñó a Vlad cómo se dobla una cuchara contra una rodilla sin dejar moretón visible. Su madre le arrojó un café soluble caliente, recién preparado, a la cara.

No eran lecciones. Eran advertencias disfrazadas de juegos.

Martha regresaba del restaurante con las manos rojas del detergente y la espalda encorvada. Caminaba como si llevara piedras en los bolsillos. No hablaba mucho. Sus ojos siempre parecían estar viendo otra escena, como si el presente le resultara tan insoportable que prefiriera quedarse atrapada en un recuerdo mal iluminado, en una frase mal conjugada, un momento mal vivido; cualquier cosa era mejor que aquello y, sin embargo, Vladimir, al no conocer nada más, si bien no era feliz, era contento.

En la cocina, Martha lavaba los platos sin mirarlos; con las uñas mordidas, la piel de los dedos agrietada, la mirada perdida. A veces cantaba en voz muy baja, como si intentara recordar quién era antes

de todo eso; sus cantos eran deprimentes. A veces se detenía a mitad de un verso, y no volvía a hablar en horas.
El primer golpe que Vlad recibió fue accidental; un portazo cuando lo quisieron detener mientras él se escapaba de un regaño, el segundo ya no, vino con palabras en inglés y español, mezcladas en una verborrea hirviente de rabia.
Después vinieron otros. No eran siempre con las manos. A veces era el cinturón, la chancla, una bota. Pero los peores eran los que venían sin sonido: los golpes con las miradas, con desprecios, con silencios prolongados, el no voltearlo a ver.
Una noche, Vlad vio algo en el baldío; era algo doblado, como si le hubieran quebrado las rodillas al revés. Caminaba con torpeza, arrastrando una sombra más larga de lo posible. Papá dormía con un cuchillo bajo la almohada. Vlad no lo despertó.
A la mañana siguiente, el remolque tenía marcas de dedos embarradas en la ventana rota. Pequeñas. Demasiado pequeñas para un adulto. Demasiado altas para un niño.
Martha no dijo nada. Solo limpió con un trapo húmedo. Luego preparó pan con manteca y se lo dio a Vlad sin mirarlo a los ojos. Él se lo comió sin decir ni pío, ya había aprendido que había dos tipos de golpes: los que dolían, y los que dolerían más tarde. Y por eso, mejor no indagaba cosas que no le concernían. Pocos segundos después, su madre le puso una poco de azúcar a su pan.

En una Navidad, papá les trajo una televisión robada. Se veían tres canales.

El remolque nunca tuvo nombre; pero el baldío lo conocía.
Los rodeaban árboles que nunca daban sombra, perros que nunca ladraban, pero que si te acercabas de más, te morderían aunque los mataras a golpes; y vecinos que siempre cerraban las cortinas, pasara lo que pasara, y siempre pasaban cosas. Algunos decían que a veces, desde afuera, se escuchaba a un niño cantando. Otros, que lloraba sin detenimientos.
Y Vlad, siempre callado, siempre mirando, seguía creciendo en

medio de ese aire enrarecido, entre gritos que no iban dirigidos a nadie y golpes que no necesitaban motivo.

No hablaba mucho. Pero una vez, a los seis años, le dijo a un vecino:
—Mi casa duerme con los ojos abiertos.
El vecino no volvió a saludarlo. Porque la gente del desierto, la que sabe, la que ha visto cosas sin explicación y ha aprendido a no nombrarlas, comprende el tipo de verdad que hay en frases como esa; porque hay niños que no están destinados a crecer.

◆ ◆ ◆

A los seis años, Vlad entendió lo que muchos tardan toda una vida en aceptar: él no era visto. No era del interés de nadie y, por ende, nadie le dedicaba su atención; era casi, casi invisible, un espacio entre los objetos, un parpadeo en el campo visual de los adultos. Podía gritar, llorar, revolcarse en la tierra con la boca llena de sangre y no acudía nadie. Podía salir por la puerta trasera, perderse horas en los campos secos detrás del baldío, y nadie pronunciaba su nombre. Así que salía cuando quería y volvía cuando lo deseaba. Nunca oyó un reclamo.
Una tarde se sentó junto a un nopal muerto y esperó. Vio cómo el sol cruzaba el cielo sin mirar hacia abajo. Vio una culebra comerse un ratón. Vio el polvo acumularse sobre sus zapatos, sobre su pantalón y sobre sí mismo; como si lo enterrara el mundo a puños de tierra. Y cuando regresó, con los labios cuarteados y las manos rojas del frío, el remolque seguía igual; con la televisión encendida, bailando entre la interferencia y uno de los tres canales; papá dormido en su silla; Martha lavando un trapo sucio como si fuera lo único que merecía su atención, con la mirada fija en el ayer.
Esa noche no cenó. Y ninguno de ellos lo notó.
Así aprendió el arte de la invisibilidad.
Robaba dulces de las tiendas de paso con manos pequeñas y temblorosas. Tomaba billeteras abiertas en los baños de las gasolineras y sacaba solo lo suficiente de sus conocidos en la

escuela, cuando iba, para no ser notado. Dormía acurrucado bajo las mesas de las cafeterías, envuelto en olores de sopa, café recalentado y grasa reusada; y descansaba como un bebé.
A veces, cuando el frío cortaba, se metía entre los asientos desvalijados de los autos abandonados y se imaginaba que estaba en otra ciudad, donde los niños tenían nombres como Mike o John, y no se arrastraban entre las sombras siempre con un mal presentimiento.
Veía a los otros niños en el parque comunitario; ellos jugaban, se empujaban, se reían con la garganta entera; pero no pasaba mucho tiempo cuando se les veía tristes, con los ojos morados, con las dentaduras chimuelas o los bracitos enyesados. Entonces Vlad agradecía que no lo pelaran en su casa. Él los miraba de lejos, a los niños, sin atreverse a cruzar palabras con ellos. Ellos ni cuenta se daban de su existencia.
Y, sin embargo, en medio de todo aquello, hubo una luz.
Pequeña, temblorosa, pero real en su vida.
La abuela Rosa.
Vivía dos remolques más allá. Era diminuta, encorvada, con el pelo recogido en un paliacate ora blanco, ora negro, que contenía un cabello viejo que parecía hecho de ceniza. Usaba vestidos largos aunque hiciera calor, y siempre olía a romero seco y cebolla frita. Tenía la voz quebrada por el tiempo, como si estuviera llorando, pero, aun así, en sus buenos días, cocinaba arroz con leche y le cantaba canciones en un español limpio, lleno de palabras dulces que él no entendía, pero que le hacían querer quedarse a vivir en su regazo.
Rosa le hablaba de lugares lejanos. Le contaba de quioscos en los parques, de mariachis enamorados, de vendedores de nieves y churritos azucarados en las tardes soleadas, por calles con un agradable *smog* en medio del bullicio de ciudades latentes. Le hablaba de hombres que regalaban flores sin motivo y de mujeres que bailaban sin miedo a ser vistas. Le hablaba de un mundo con colores que él no conocía. Un mundo que no olía a sudor seco ni a plástico quemado, sino a canela, a maíz, a risas compartidas.
Fue ella quien le enseñó a leer. Con su dedo torcido, le mostraba las

letras como si fueran criaturas sagradas. Vlad aprendía en silencio, con la devoción de quien encuentra una salida secreta del laberinto. Se aferraba a cada palabra como si fueran clavos en una pared resbalosa.
El primer libro, o algo así, que Rosa le dio fue un volumen gastado de *Fantomas*. Tenía las esquinas mordidas por las ratas, la portada despegada y un olor a papel antiguo que le hacía pensar en ataúdes abiertos bajo la lluvia. Pero dentro había magia. Había un hombre que usaba disfraces, que cambiaba de rostro, que engañaba a los poderosos. Vlad no entendía todo, pero sí entendía el mensaje: los invisibles podían ser otras cosas. Podían convertirse en sombra a plena luz, en truco, en relato.
Una tarde, mientras Rosa dormía en su mecedora, Vlad se acercó a ella y le preguntó:
—¿Cree que yo pueda irme de aquí?
Rosa abrió los ojos y sonrió, con esa sonrisa cansada que tienen los que saben la respuesta, pero también el precio.
—Cuento con ello —dijo. Luego miró de soslayo las caravanas—. No deseo nada más que desaparezcas de aquí.
Y Vlad, por primera vez, sintió que eso era una promesa.
Desde entonces, cuando yacía sentado solo, con el cómic abierto sobre las rodillas, decían que hablaba solo, que era claro que había enloquecido, que aquel chiquillo no era uno de los suyos.

◆ ◆ ◆

Cuando Vlad tenía ocho años, Rosa enfermó.
Durante semanas la vio encogerse, como si cada día le quitaran una semana más de vida.
Dormía envuelta en mantas que no detenían los temblores de su piel.
Tosía en pañuelos que se iban tiñendo de sangre.
Lo hacía sola, sobrevivir; a pesar de que Vlad la quisiera cerca.
Él la acompañaba en silencio. Se sentaba en la entrada del remolque con las piernas cruzadas, viendo cómo la muerte iba arrebatándole a Rosa a dentelladas voraces.

En una noche de enero, de esas en las que el aire parece irrespirable, simplemente cerró sus ojos y no los volvió a abrir nunca más.

Vlad despertó antes del alba. Entró al remolque sin hacer ruido. Rosa tenía los ojos cerrados, los labios morados y entreabiertos, y las manos arqueadas hacia dentro como patas de pájaro degollado.
No estaba dormida.
Y él comenzaba a estar completamente solo.
Nadie llamó a una ambulancia.
Nadie lloró, ni siquiera Vlad.
Ninguno más supo o quiso saber qué había pasado con Rosa.
Su cuerpo fue envuelto en una sábana bordada con flores despintadas, y Vlad la arrastró como pudo, dejando un surco en la tierra suelta detrás del estacionamiento de tráileres. Había una parcela de terracería donde otros habían enterrado perros, gatos, restos de cosas que alguna vez quisieron; y ahí cavó él la tumba de su abuela. Con las manos y luego con una reja con clavos a manera de pala. Se tardó tanto como tuvo que tardarse, y eso fue suficiente; sin prisa, pero sin calma. No hizo oración alguna. No cerró los ojos. No envió su gratitud a donde fuera que ella estuviera. Solo colocó sobre la tumba una cruz improvisada hecha con la misma tabla con la que hizo el hoyo en la tierra. Las ató con un cordón de zapato.
Esa fue Rosa. Y ese fue su adiós.
Esa fue la primera muerte real de Vlad. La primera que dolió en el cuerpo y se quedó como una sombra pegada al pecho. Aprendió, entonces, dos cosas: La primera fue que amar duele, y duele mucho, como un cuchillo que no entra del todo pero nunca se retira, sino que gira y gira dentro hasta adormecer la herida punzante; la segunda, no importa lo mucho que seas en la vida de alguien, lo profundo que te hayan tocado o el calor que hayan traído a tus inviernos; un día estás y, al siguiente, eres un montón de carne en putrefacción bajo polvo de tierra que nadie mira, que nadie ubica; del que ninguno más quiere saber.
Después de eso, Vlad dejó de leer en voz alta. Dejó de asomarse al parque. Dejó de dormir del todo. Comenzó a escribir su nombre con

glifos indescifrables en piedras. A esconder mensajes en los troncos. A enterrarse en sí mismo. Y, en las noches siguientes, algunos vecinos decían escuchar una voz fantasmagórica cantando en español muy bajito, cerca de donde el baldío se juntaba con la zona de tráileres. Una voz tenue, pero aterradora, repitiendo la misma estrofa una y otra vez:
«*Cucurrucucú… paloma…*»

◆ ◆ ◆

Después de la muerte de Rosa, el mundo se volvió más opaco, más triste, mucho más gris. El tiempo dejó de avanzar con lógica y Vlad crecía sin un referente sólido en su existir. Las estaciones se confundían, los días se parecían entre sí como botellas rotas en el fondo de un basurero.
A veces estaba papá, a veces mamá; a veces ninguno.
De cualquier forma, nadie estaba con él si no era para golpearlo o amedrentarlo.
Martha, cuando papá no estaba, empezó a salir con hombres que olían a nafta, hablaban en susurros bruscos y vestían ropas engrasadas. Las camionetas llegaban despacio. Nadie las oía venir, pero ahí estaban, estacionadas junto al remolque como bestias dormidas; los motores calientes manaban calor que se veía como vaho expirado de los cofres, respiraciones de los armatostes exhalando vapor en las madrugadas donde su madre gemía a escondidas. No tenían placas. Algunas llevaban calcomanías arrancadas, luces rotas, defensas que colgaban como dientes flojos después de una pelea. Pero lo que más quedaba eran las marcas de las llantas dejadas en el suelo. Parecían buscar algo en el polvo. Parecían marcar un territorio. Pero, en realidad, lo encontraban a él. Era como si Vlad leyera en los dibujos de la tierra las ofensas contra su madre, contra la carne de su carne. Los miraba desde adentro, desde la oscuridad del cuarto donde dormía; y los oía con la oreja pegada al suelo, cubierto por una cobija y un interés febril.
Poco a poco, los veía aparecer.
Siempre de noche.

Cuando Martha ponía agua a hervir y se pintaba los labios, y se peinaba con los dedos, y se ponía la blusa con lentejuelas.
Y luego los esperaba de pie, mirando hacia la carretera. Como una araña paciente en el extremo de la telaraña.
Ellos entraban sin pedir permiso, a veces; pero casi siempre, valiéndose del manto nocturno, se mantenían afuera, sobre la tierra, entre los automóviles.
Vlad se quedaba quieto. Los escuchaba inmóvil. Él se invisibilizaba.

Una noche, uno de ellos se sentó en su colchón, mientras Vlad se mantenía inmóvil y con los ojos cerrados. Vlad no dormía, no. Y sintió el peso del hombre, el crujido de los resortes; su nariz se saturó con el olor a gasolina y llanta quemada. El hombre no lo tocó. Solo estuvo ahí, respirando jadeante. Pero Vlad lloraba, incontenible; con los ojos aferrados al interior de su ser. Al rato, el hombre se levantó. Y, al salir, escupió sobre el suelo, justo encima del dibujo que Vlad había trazado esa tarde. El gargajo cayó sobre una espiral dentro de otra espiral, dentro de otra espiral en la arena a la entrada. Un glifo de protección que, claramente, había fallado.
A la mañana siguiente, desdibujó el estúpido símbolo y buscó algo más potente en su interior.

Otro de ellos se metió una vez con Martha hasta la habitación trasera. Se oyeron cosas. Golpes contra la pared. Risas. Llantos que se confundían con el chirrido de la cama. Vlad salió al baldío. Caminó entre los cacharros oxidados, pateando botes vacíos de cervezas y refrescos, hasta que la noche le fue insoportable.
Regresó cuando todo estaba en silencio.
Ella dormía despatarrada sobre las sábanas desarregladas. La puerta del cuarto estaba entreabierta. El hombre no estaba. Pero en la mesa quedaba una caja de cerillos abierta, con todos los cerillos quemados. En el suelo, botellas que goteaban sobre charcos de alcohol.
Empezó a marcarlos con símbolos en su mente. En el reverso de los dibujos que hacía, trazaba un pequeño triángulo por cada uno que llegaba. Un círculo tachado por cada uno que volvía. Al final, se dio

cuenta de que, si los signos no lo protegían, él debía usarlos para marcar a ellos con la idea de protegerse él mismo. Un pequeño triángulo por cada uno que llegaba, un círculo tachado por cada uno que volvía, una espiral por cada uno que desaparecía sin volver.
Eran solo juegos, al principio.
Luego fueron registro.
Luego fueron conjuro.
Luego serían objetivos; sabía que él debía hacer algo al respecto para que todos fueran una espiral.

Una noche llovió. Cosa rara. El agua golpeaba desde el techo.
Esa noche, Martha no esperó. Salió antes de que la llamaran. Se subió a una de las camionetas y se fue.
Vlad no preguntó. Solo dibujó un cuadrado con una línea en diagonal dentro de una espiral. Este dibujo lo hizo en una hoja de papel y la enterró bajo el polvo mojado. Volvió al remolque y se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, estaba completamente solo.
Por la madrugada, tocaron la puerta. Tres golpes muy lentos, muy suaves. No abrió. Se sentó frente a la puerta con un cuchillo oxidado en la mano y la espalda contra la pared. Esperó. Temblaba de pánico.
No se volvió a oír nada esa noche, pero por la rendija de la puerta entró una ráfaga que olía a gasolina y llanta quemada.
El suelo frente a la puerta estaba limpio al amanecer. Pero junto a la entrada, como una firma invisible, el polvo se había hundido, como si alguien —o algo— hubiera estado allí, hincado, esperándolo. Espiándolo.
Desde entonces, Vlad comenzó a dejar marcas en las entradas: cuerdas de alambre retorcido, botellas rotas puestas boca abajo, pequeñas pirámides de tierra.
A veces funcionaban.
A veces no; y Vlad se ponía, cuchillo en mano, hincado también del lado interior de la puerta, a esperar lo que tuviera el valor de entrar por él.
Pero nadie volvió.

Y Martha, cuando regresaba, regresaba distinta. Con los ojos rojos, con las manos frías, con la voz más lenta y temblorosa. Llegaba por las noches en camionetas que frenaban a nada de chocar contra su hogar. Vlad los espiaba desde la ventana, con el aliento contenido. Había algo en sus sombras, algo en sus formas de moverse que le parecía mal construido. Como si los cuerpos que traía Martha estuvieran mal puestos, desacomodados por dentro.
No hablaban con él.
No lo miraban.
Pero él los sentía invadir su vivienda, el cuerpo de su madre, la poca seguridad que les quedaba. Sentía cómo lo percibían, y percibía el peligro de estar siempre a punto de ser atacado. Cuando ellos estaban cerca, los perros del baldío se alejaban. Y Martha se quedaba callada, como si estuviera esperando que pasara algo que ya sabía que pasaría.
Pero no pasaba nada que Vlad no supiera hacía mucho que les pasaba.

Papá regresaba de vez en cuando. Otro espectro sucio y ruidoso que llegaba solo para destrozar. Lanzaba portazos, rompía los vasos, gritaba nombres que no existían y exigía dinero que nadie tenía. Luego se iba. Se largaba dejando detrás una estela de olor a cerveza y pólvora.
Su infancia rota, su infancia rota…
Fue entonces cuando Vlad dejó de hablar en voz alta y cuando aprendió que la única forma de no sufrir era no esperar nada de nadie.

Pasaba las tardes sentado en el suelo, trazando figuras en el polvo con un palo. Círculos, espirales, formas que parecían flores deformes o relojes derretidos. A veces repetía los mismos patrones una y otra vez, hasta que el sol desaparecía y ya no podía ver más.
Nadie le preguntaba qué hacía.
Martha pasaba por su lado sin verlo. Él dibujaba sin mirarla, deseando otra de sus desapariciones. Pensaba que esos dibujos eran puertas. Que si lograba completarlos exactamente como se debía,

algo se abriría. Algo fuera de este mundo, donde Rosa cantara otra vez y él pudiera dormir tranquilo en su cercanía. Y cuando el viento pasaba por entre los remolques y levantaba el polvo, los dibujos parecían moverse, como si respiraran, y él sonreía enajenado, poseso, sintiendo que, quizás, los había realizado con el misterio revelado y se comenzaban a activar. Entonces cerraba los ojos y se decía a sí mismo:
—Uno de estos días, voy a cruzar.

◆ ◆ ◆

Fue una mañana nublada, sin sol ni sombras; de las en que todo parece suspendido e inmerso dentro de una capa de polvo tibio sin viento, que permanece estática, envolviéndolo todo. El remolque olía enrarecido, con algo agrio y aceite requemado. Vlad se encontraba en el terreno detrás, donde el pasto no crecía, o crecía amarillo, seco, deforme; y las botellas rotas brillaban como derrelictos de lo que pudieran parecer fiestas pasadas, pero que muy probablemente fueran borracheras intensas con desenlaces violentos y desagradables.
Había algo que removía la tierra cerca de la tumba de Rosa.
Un perro.
Flaco, huesudo, con una oreja mordida y las costillas marcadas bajo el ralo pelaje.
Escarbaba con ansias torpes, empujando con el hocico los montículos de tierra reseca; buscando la supervivencia debajo de la vida. Las patas traseras temblaban febriles. Había encontrado el aroma, y no soltaría la oportunidad.
Vlad corrió hacia él, sin gritar.
Levantó piedras, las más cercanas, y las arrojó con fuerza.
No apuntaba bien, pero el impulso era violento.
Una de las piedras le dio en una pata al animal, que soltó un chillido corto y rodó sobre sí mismo. Otra piedra rebotó en la cruz de madera, astillando una de sus puntas. El perro se quedó tendido, sin levantarse, mirando a Vlad con los ojos entornados; era como si ya cualquier cosa fuese el pretexto perfecto para dejarse morir.

Fue entonces que Vlad escuchó un sonido; justo al momento en que se detuvo frente al animal. Era el chasquido de una lata al abrirse. Tan reconocible que empezó a temblar, ahora, él.
Vlad se giró.
En la barda del terreno baldío, la figura de su padre se acomodaba allí.
Un papito viendo a su hijo jugar, desde la cerca.
El sol no lo tocaba, había un cielo extrañamente encapotado. Pero no había viento; aún no. Tenía, su padre, una pierna apoyada, como escalón, en un madero transversal a la cerca, el de apoyo, la lata en una mano y un cigarro en la boca.
La voz, áspera, que salió entre el humo cambió su vida para siempre.
—Enséñale una lección, hijo.
Hijo.
Su padre había vuelto.
Como una plaga.
Como una deuda.
—Hazlo bien —añadió, sorbiendo cerveza y apretando los labios con un leve asentimiento—, hijito. Que aprenda.
El perro trató de levantarse, oliendo, tal vez, el cúmulo de sentimientos dentro de Vlad; pero solo logró arrastrarse unos centímetros.
Vlad, paralizado, lo miraba. Luego miró al hombre. Y luego a un palo. Era una rama gruesa, vieja, con un extremo astillado. La levantó. Las manos le temblaban.
El primer golpe fue torpe, un roce que apenas hizo gemir al animal; luego gruñir entre estertores de rabia, como si la bestia en su interior estuviera decidida a encontrarse con la muerte en una batalla digna de dejar este mundo. Pero el segundo fue más fuerte. El tercero… el tercero ya fue otra cosa. Fue como abrir una compuerta; tanto para Vlad, como para el chucho. Sintió el sonido antes que el impacto. El crujido. El jadeo. La vibración en sus muñecas. Sintió su cuerpo vibrar con la violencia. Sintió cómo algo dentro suyo se encendía. No había rabia. No había venganza. Había solamente una especie de poder interior, catalizado por su padre,

desencadenado por el perro, esperado por él mismo durante toda su existencia.
Siguió golpeando.
Más.
Y más.
Y más.
Hasta que el perro dejó de temblar. Hasta que sus restos pararon de burbujear. Hasta que su alma, la de Vlad, dejó de clamar el sacrificio esperado, descubierto, necesario. Así que cuando por fin se detuvo, el palo era solo una astilla larga cubierta de sangre y polvo. Vlad estaba sudando. Respiraba por la boca, rápido, rapidísimo. Sentía las piernas temblorosas, el alma en vilo, las sienes palpitantes. Bum bum. Bum bum. Bum bum. Bum bum. Bum bum. Bum bum. Bum bum. Su corazón percutía por todo su cuerpo. Tiró el arma. Más bien, la dejó caer.
El hombre en la barda soltó una risa breve. Luego escupió al suelo y se marchó. No dijo nada más. Solo desapareció por el otro lado del muro, como si se disolviera entre la maleza.
Vlad se sentó junto al cuerpo.
El animal estaba inmóvil, con lo que quedaba de los ojos abiertos.

Esa noche, mientras el remolque crujía con el viento y los árboles lanzaban sombras largas sobre la tierra, Vlad no durmió. Se quedó despierto, mirando sus propias manos, intentando pescar el férreo olor a muerte que aún despedían; a tierra y a muerte.
Igual pasó la noche siguiente.
Y la siguiente.
Y las que vinieron después, con el eco de la muerte arrullando sus noches.

◆ ◆ ◆

La escuela quedaba al otro lado del canal seco; justo donde las casas se hacían más densas y las ventanas, siempre cerradas, tenían rejas de metal. Era una construcción de concreto agrietado, con puertas metálicas que rechinaban al abrirse.

A Vlad no le gustaba ir, pero a veces lo obligaban. Y cuando no, iba solo, por costumbre o por castigo o por hartazgo o por aburrimiento.
Lo ignoraban.
O lo golpeaban.
Era uno u otro. A veces ambas cosas en el mismo día. Se sentaba al fondo del aula, con la espalda contra la pared, como si eso bastara para protegerse. Los maestros pasaban lista, dudaban al pronunciar su nombre, lo miraban y dudaban qué hacer; al final, pasaban de él, era solo un expediente más, una sombra con mochila que probablemente moriría en un par de años.

Ese día no fue distinto a muchos otros. Pero en sí, algo cambió en él. En él sí que había algo distinto.
Fue en el baño.
Un grupo de niños mayores lo esperó. No decían nada. Solo lo rodearon. Uno de ellos, un chico con los dientes rotos y las manos grandes, lo empujó hacia el retrete. Otro le sujetó los brazos. Vlad forcejeó, pero no gritó. Había aprendido que gritar solo hacía más ruido, y el ruido atraía peores cosas. Le metieron la cabeza al excusado. El agua estaba tibia, sucia, con mierda flotando. Intentó zafarse. Pataleó. El eco de sus bufidos, de sus gemidos, de sus gárgaras dentro de la taza lo ensordecía.
Los otros reían.
Afuera de la taza, se oían risas.
Cuando lo soltaron, se quedó en el suelo unos segundos. Respiraba como si el aire fuera algo que doliera.
Nadie lo ayudó.
Nadie lo miró.
Se incorporó lentamente, con el cabello empapado y las gotas marrones cayendo por su barbilla.
Caminó de regreso al remolque con las costras de porquería y humillación secándosele en la piel.
El sol caía de lado, proyectando su sombra sobre el canal seco. Y ahí, viéndola avanzar delante de él, se dio cuenta de algo: su sombra caminaba firme. Más firme que él. E iba como que creciendo.

Esa noche, Martha no estaba. El remolque vibraba por los ronquidos de su padre.
Vlad se sentó en la oscuridad.
No encendió luz. Solo se quedó allí, con las manos sobre las rodillas, respirando muy lento. Y pensó: *Nunca más*.
Un día… no sabía cuándo, pero sabía que sucedería… Todos lo verían.
Todos.
Un día…

◆ ◆ ◆

Tenía doce años cuando su padre lo vendió.
No hubo conversación, ni explicación alguna; ni siquiera una despedida o amenaza. Fue algo así como un chasquido de dedos, un cruce de miradas y un silencio que duró demasiado; ni siquiera sus nuevos dueños creían la facilidad con la que se hacían de él. Fue cosa de una deuda vieja. Después, mirándolo a los ojos, su padre, tambaleante, con la camisa empapada, decía «Llévenselo», como quien entrega un perro violento. Y luego, el otro, un tipo delgado con un traje espantoso que olía a humedad, lo cogió por detrás del cuello, apretándoselo innecesariamente, y se lo llevó sin más.
Vlad fue conducido a una camioneta blanca con dejos de óxido en los huecos que la pintura descarapelada dejaba a la intemperie; una troca sin placas. En el asiento trasero había una manta con manchas. El motor rugía como un animal enfermo. El tipo, con una sonrisa que asomaba un par de dientes podridos, solo fumaba. Cada bocanada parecía un lenguaje. Uno que Vlad entendía sin querer: ahora eres cosa. «Mi cosa».
Durante el viaje, los árboles pasaban como cuchillos invertidos. Vlad se concentraba en las ramas. En contar postes. En numerar edificaciones al lado de la carretera. En recordar los nombres de los restaurantes de paso. En no preguntar. En no sentir.
No recordaba el momento exacto en que dejó de llorar en silencio.
La puta venta de su ser lo había quebrado, lo había vuelto a quebrar.

Pensó en los chicos de la escuela de quienes no podría vengarse nunca más.
Temió por su vida.

El lugar al que lo llevaron era una casa vieja, grande, en las afueras de un pueblo de pesadilla. Las ventanas estaban tapadas con madera. La luz salía intermitente como en una iglesia abandonada, filtrándose por rendijas, iluminando solo el polvo del exterior; era luz de llamas, de velas u hogueras interiores.
Dentro del lugar al que lo llevaron, no había muebles. Solo colchonetas. Plástico en el piso. Botellas en las esquinas. Y un olor fétido que le hizo arquearse más de una vez, para disgusto inmediato de su dueño.
Los días no se contaban.
Las noches no se vivían.
A veces había otros niños y niñas.
A veces estaba solo.
El suelo de concreto le quemaba la espalda, se la raspaba en las ocasiones en que tocaba hacer su parte. El frío lo mordía, como si el espectro del perro asesinado cobrara una venganza sobrenatural. El calor, e cambio, durante los días, lo ahogaba. No recordaba comidas; pero engullía todo lo que le daban cuando se acordaban de él. No recordaba dormir, pero se iba con la mente fundida a negros cada vez que no lo ponían a hacer cosas. No había sueños, solo fragmentos esporádicos de su vida. Las manos que le tocaban eran muchas. Ninguna amable. Sin golpes. Sin caricias. Eran otra cosa que lo alienaba más y más y más.
Una noche, creyó que se moriría; pero al despertar, seguía ahí. Y eso fue peor. Porque empezaba a aprender que había un tipo de dolor que lo mataba de a poquito en poquito, pero que lo dejaba recobrarse para seguir arrancándole la vida. Se quedaba, el dolor, en pausa, pero presente; y luego apretaba más fuerte, mordía más profundo, laceraba con mayor ahínco. Y se detenía; se pausaba, más bien. Recordaba, en espasmos de pensamientos, el suelo de concreto raspándole la espalda mientras era conmocionado,

elevando sus piernitas apresadas contra su pecho. El concreto frío. Las marcas de sus uñas descarnadas en la superficie.
Los dibujos que hacía con un dedo en las paredes o en el piso, lo miraban; como si buscara una salida debajo de la superficie, y estos fueran puertas hacia otro lado.
Recordaba las mordidas en el pene, sí; en la espalda, casi todas; en los hombros mientras la carita se le tallaba en el concreto y, con los brazos en cruz, mientras su pecho se helaba en el suelo, estiraba los dedos y, con el sudor frío de las yemas, dibujaba allí su propio lenguaje; mientras los otros hacían de él lo que querían.
Una cosa.
No sabía cuánto tiempo pasó. Semanas. Meses. No sabía cuántos hombres. Cuántos cuartos. Solo sabía que ya no era él; ¿cómo podría? Algo interno se comió la ira contra el perro, el repudio contra su madre, el miedo aterrador hacia papá. Algo importante había cambiado, si es que quedaba algo allí, adentro.
No se escuchó el crujido. Pero supo que ya no volvería a estar completo.

Cuando escapó, sin saber siquiera cómo, no era Vlad. Algunas imágenes de su dueño ajusticiado en otra habitación le venían a la mente. Luego, la película que se le aparecía en la memoria era la de un tipo extremadamente feo que aparecía en el cuarto donde le tenían aparecía en el umbral y, en vez de hacerle cosas, le dejaba la puerta abierta, viéndolo a los ojos, dándolo, quizás, por muerto. Qué importaba, de cualquier forma.
No era un niño.
Ni un jovencito.
No era nadie.
Era nada.
Un vacío con ojos anegados.
Se miró en un espejo de gasolinera y no se reconoció. La piel estaba ahí, con ronchas y ampollas. Las pestañas estaban casi desaparecidas. El cabello, ralo, con huecos por aquí y por allá; parecía sarnoso. Pero la mirada… era otra cosa. Y más abajo, en el

interior de unos labios rotos y amoratados, una sonrisa insidiosa despertaba.

Dormía en terminales de autobuses, en bancas de parque, en trenes de carga. Comía lo que robaba o lo que le daban. Hablaba poco, y cuando hablaba, usaba nombres distintos. Empezó a inventar pasados; historias donde tenía padres buenos, donde lo habían abandonado en una iglesia, donde era un enfermo mental que olvidaba.
Mentiras.
Tantas que llegó un momento en que creyó una. Una donde era solo un testigo. Nunca una víctima. No lloraba. Ya no recordaba cómo hacerlo. Tampoco se reía. Pero aprendió, sí, a sonreír por comida o monedas. A mirar a los ojos sin parecer estar a punto de atacar. A decir "por favor" con el tono exacto. A usar la empatía como disfraz, como herramienta, como medio.

Una noche, en un vagón abandonado, encontró a otro como él. Un chico de ojos verdes que hablaba con un acento distinto. Compartieron pan. Compartieron frío. Compartieron cuerpo.
Después, el chico se fue.
Vlad no preguntó su nombre. Tampoco el otro preguntó el suyo. Pero antes de irse, el chico le dijo:
—No hay forma de volver, carajo. Es que lo cruzas y ya no hay forma de volver.
Y Vlad sonrió. Era algo parecido a estar vivo.

En los meses siguientes, perfeccionó el arte de parecer. No de ser, sino de parecer. Parecer hambriento. Parecer vulnerable. Parecer humano. Dormía en estaciones donde las luces nunca se apagaban del todo. Descansaba con un ojo medio abierto, la espalda contra la pared y las manos dentro del abrigo que se había robado. Soñaba a veces, por fin; pero no recordaba nada de lo que sucedía en sus sueños.
Una mujer le ofreció comida en un mercado. Él sonrió con la boca y los ojos, como había visto hacer a los actores en las novelas.

Mientras comía, escuchaba a la gente, sus tonos de voz enmarcados por sus expresiones faciales; aprendía cómo se construía la confianza a través de los gestos, por el ritmo de los movimientos corporales, por el volumen de la voz, por la espera de las pausas que invitan a los otros a dialogar.
No importaba lo que dijeras. Importaba cómo y cuándo.

Robaba sin apuro. Pequeñas cosas. Un teléfono en un baño. Un billete en una panadería. Un anillo que un anciano dejaba sobre el lavamanos público de una zona de comida rápida en una plaza mientras se lavaba las manos. Nunca lo vieron. Nunca lo buscaron. Porque él sabía ya cómo caminar por el mundo sin agitarlo.

Adoptó nombres como quien cambia de sombra. Cada vez que alguien preguntaba, inventaba una historia. Huérfano. Recién escapado de un internado. Nieto de una señora enferma. Ninguna historia era buena. Todas eran creíbles. Porque las contaba con los ojos y con el tiempo pausado de un habla reflexiva. Aprendió a llorar sin lágrimas. A mirar al piso con la inclinación justa. A entonar frases como «Nunca conocí a mamá», con una pausa en el lugar preciso para que el interlocutor completara el resto.
Nunca pidió ayuda. Solo dejó que los demás ofrecieran su apoyo.
Cada vez era más limpio. Más controlado. Más normal.
Una noche, se hizo pasar por el sobrino perdido de un hombre con demencia. Entró a su casa. Se bañó. Comió. Robó ropa limpia. Durmió en un colchón real. Al día siguiente, se fue sin decir nada.

Tenía catorce cuando aprendió que el miedo podía ser útil.
Una noche, un hombre trató de tocarlo. Vlad no se resistió. Sonrió. Esperó. Y cuando el hombre se distrajo, Vladimir mordió su cuerpo hasta que la piel del tipo crujió.
No dijo nada. Solo lo miró.
El hombre lo soltó y se cogió la entrepierna sollozando.
Vlad, después, activado por un instinto de supervivencia que no reconoció sino hasta entonces, corrió.
No volvió a sentir miedo. Al menos, no de ese tipo de gente.

Pasó por muchas ciudades. Algunas tenían mar. Otras, polvo. Ninguna lo retuvo. A veces pensaba en Rosa. En su voz. En su arroz con leche. Pero eran recuerdos deslavados, borrosos, pardos. Sabía que aquellas cosas habían pasado, pero ya no podía tocarlas con la voz de sus recuerdos.

Una vez lo adoptaron por unas semanas.
Una familia con una hija pequeña que lo miraba como si fuera un héroe caído del cielo.
Vlad jugó el papel.
Sonrió.
Ayudó en la cocina.
Hacía tareas.
Leía cuentos en voz baja.
Hasta que una noche la madre lo encontró llorando en el baño, con la camiseta metida en la boca; corrió al cuarto de la nena, con el alma encogida. La niñita dormía tranquila, con las sábanas en el piso, el camisón extrañamente levantado.
No lo cuestionó.
Al día siguiente, lo llevaron a la estación de autobuses con una mochila, dinero en los bolsillos y una caja de comida.
Él entendió el gesto y se fue.

Una madrugada, cerca de un río contaminado, escribió con carbón sobre una piedra: "Yo no existo". Por encima de su hombro, un vagabundo empezó a reírse a carcajadas mientras balbucía: «Yo no existo, yo no existo».
Y la piedra se quedó ahí. Vladimir cogió una piedra más pequeña y se levantó hacia donde estaba el vagabundo.
La piedra con la inscripción sería ahí hasta que Vladimir volvió, con las manos ensangrentadas y, con esa misma sangre, por encima de su frase, escribió con signos que solo él reconocería y entendería:
«YO YA NO EXISTO».
La lluvia borró las inscripciones esa misma noche.
Vlad tenía quince cuando se miró al espejo de una tienda y se dijo en voz baja:

—Ya nadie podrá tocarme; yo ya no existo.

◆ ◆ ◆

La noche era de esas en que el cielo no tiene estrellas; solo una luna enferma, sin nubes que la taparan, a medias, medio oculta tras una sombra que languidecía poco a poco.
Vlad tenía unos 17 años y los zapatos empapados.
Llevaba tres días sin encontrar un sitio seguro donde refugiarse. Dormía en paradas de camión, simulando estar esperando; en baños públicos, a escondidas; en andenes vacíos. Había llovido unas horas antes y fue tan fuerte la tormenta que encharcó cada una de las calles a su alrededor, y tenía lodo lamiéndole hasta por encima de sus tobillos.
El hombre que lo encontró dormitando afuera de un restaurante cerrado tenía una bolsa de plástico con sobras de comida y una mano enterrada en el bolsillo del pantalón. Era viejo. Con cara de calle; no de mundo, de calle. De esos hombres que parecen conocer los subterráneos de cada ciudad de cada parte del globo. Llevaba una chamarra negra con manchas de cloro y un sombrero demasiado limpio para su atuendo.
Le ofreció un café caliente.
Vlad dudó, pero aceptó.
Lo llevó a su casa. Una habitación de azotea, en un edificio que parecía estar a punto de venirse abajo. Subieron escaleras en espiral que olían a orina y a ajo frito. Al llegar, el hombre le ofreció sopa instantánea. Vlad comió. Luego el hombre cerró la puerta con seguro para, inmediatamente después, apagar la luz.
No era la primera vez.
Vlad lo supo desde antes. Lo supo en la forma en que el aire cambió, se volvió pesado, denso. Como si el cuarto tuviera memoria. Pero esta vez, era distinto, él también había cambiado. Cuando el hombre lo tocó, Vlad se quedó quieto, como un animal al acecho. Bajo la manga, tenía un cuchillo de cocina robado de un albergue. Nadie se dio cuenta entonces. Era ligero. Frágil. Y afilado.
El primer tajo fue rápido.

Sin grito.
Solo un gemido seco.
La sangre brotó espesa y caliente sobre la camisa de Vlad. La luna, ahora sin sombra, iluminó la escena como un reflector que atravesaba las cortinas sucias de la ventana que daba justo hacia el cielo. El tipo cayó de rodillas. El hombre, poco a poco pero vertiginosamente, se fue encorvando como cochinilla hasta plegarse sobre sí y caer, con una parsimonia ritualística, poniendo la frente sobre el suelo. Así se quedó, y así lo dejó Vlad; como un insecto retraído en sí mismo.
Vlad lo miró.
Un charco crecía debajo.
Respiró hondo, Vlad.
Su cuerpo temblaba con una electricidad densa y un zumbido bajo la piel.
Tomó una manta del sillón y cubrió el cadáver.
Pasó tres días allí, comiendo las sopas instantáneas del tipo. Se fue justo cuando estas terminaron y el cuerpo empezó a matizar la atmósfera con un almizcle pestilente.
Caminó hasta el arroyo. El agua estaba helada, pero igual se metió hasta las rodillas. Se lavó las manos, los brazos, el cuello. Frotó la camisa con tierra húmeda. Luego la enjuagó. Luego la exprimió. Los dedos le dolían. Tenía cortes. No los sintió. Se quedó ahí un rato, era de madrugada; si se esforzaba, podría creer que todo aquello pasó una misma noche; se recompuso con el agua corriéndole por entre las piernas, mientras el cielo comenzaba a clarear.
Los pájaros aún no cantaban.
No había coches.
El mundo entero parecía contener la respiración.
Y Vlad pensó en Rosa. En su voz. En sus canciones. En el arroz con leche. Se imaginó su voz diciéndole su nombre.
El sol salió sin entusiasmo.
Vlad salió del agua. Caminó hasta una gasolinera. Compró un café con unas monedas que llevaba en la bota. Se sentó en la banqueta y lo bebió lento.
Luego, siguió caminando.

Como si nada hubiera pasado. Como si el mundo no acabara de inclinarse un poco más hacia el lado equivocado. Como si el silencio que ahora llevaba consigo fuera su verdadero nombre.

◆ ◆ ◆

El primer trabajo lo consiguió en una granja. Le pagaban con sopa y techo. El patrón no preguntó su edad. Le bastó verlo cargar un costal sin quejarse y mirarlo con esos ojos que no pedían nada, pero que decían estar dispuestos a darlo todo. Lo pusieron a limpiar gallineros, a enterrar perros muertos, a quemar los desperdicios detrás del silo.

Los demás jornaleros apenas le hablaban. Uno de ellos, un tipo lento con manos de estatequieto, lo llamaba "el callado". Vlad lo ignoraba.

A veces, cuando todos dormían, salía al campo con una linterna. No la encendía. Caminaba entre los surcos de maíz como un animal nocturno, sintiendo la tierra húmeda bajo los pies. Pensaba. O no pensaba. A veces solo dejaba que el aire lo atravesara de las narices a los pulmones y de regreso por la boca y así, quizás solo así, sentirse más vivo.

El patrón tenía una hija. Diecisiete, tal vez dieciocho. No era bonita, pero tenía algo en la forma en que se movía que llamaba mucho la atención; no era algo actuado, sino una cadencia natural para desplazar sus piernas, sus brazos, sus gestos por el espacio a su alrededor. Se llamaba Gaby. Le gustaba tararear canciones viejas mientras hacía los quehaceres que le correspondían.

Vlad la observaba desde lejos.

Una noche la vio llorar, sentada en el granero, y algo dentro de él se tensó como una cuerda húmeda.

No hizo nada, pero se acercó entre las sombras.

Hasta que ella lo notó.

—¿Qué miras? —dijo, sin voltear.

Él no respondió. Tampoco se fue.

Esa noche, soñó con su rostro; pero en el sueño, ella tenía los ojos vacíos y el cuello torcido.

No volvió a mirarla.

Al día siguiente, dejó la granja.

En el siguiente pueblo consiguió trabajo en un almacén. Latas, cajas, camiones. Horarios eternos, trabajo mecánico, cansancio corporal extremo; y café tibio. Ahí aprendió a pasar desapercibido entre cientos. Era fácil sonreír, era simple cumplir, era muy sencillo desaparecer. Pero uno de los supervisores, un hombre bajo con voz aguda, empezó a fijarse demasiado en él. Le hacía preguntas. Se acercaba demasiado. Una noche le puso una mano en la espalda y le dijo que tenía algo "especial". Vlad sonrió. Dijo gracias. Le ofreció ayuda para cerrar. Se quedaron solos.
En el depósito trasero, entre los costales de harina, el supervisor intentó besarlo. Vlad no se movió. Solo lo miró.
—¿No te molesta? —preguntó el hombre, nervioso.
—No —respondió Vlad.
Y lo besó. Lento. Frío. El hombre se relajó. Bajó la guardia.
Y entonces Vlad lo empujó contra la pared. No con fuerza. Solo lo justo. Lo sujetó del cuello, lo miró fijo. La expresión del supervisor cambió. Pasó de deseo a algo más parecido al pánico. Vlad acercó su boca al oído del hombre y le susurró:
—Estás muerto.
—...
—Quiero que sepas que cada día que pases, a partir de hoy, es un día que un muerto camina entre nosotros. Un día que me debes. A partir de hoy, cada día me lo debes a mí.
Lo soltó. Caminó hacia la puerta. Se fue sin mirar atrás.
Al día siguiente, el supervisor no se presentó a trabajar.
Vlad tampoco.

En el tercer pueblo donde intentó en verdad arraigarse, trabajó descargando pescado en un muelle. El olor lo impregnaba todo: la ropa, la piel, la lengua. Ahí hablaban menos. Se gritaban órdenes y se respondía con gestos. Vlad encajó excelente.
Un compañero, joven, nervioso, con una risa floja, lo empezó a seguir en los descansos. Le ofrecía cigarrillos. Le contaba cosas sin

que él le preguntara. Pero Vlad le escuchaba. Una tarde, el chico trajo una navaja.
—Para defenderte —dijo, sonriendo.
Vlad la aceptó. Y una vibración en sus tripas le anunció que algo sucedería.

Días después, en un embarcadero apartado, el chico lo invitó a beber. Trajo una botella robada y un par de cobijas. Hablaron de nada. Del mar. De las luces. Vlad lo dejó hablar. Y cuando el chico se acercó demasiado, puso una mano sobre su muslo, y rió con torpeza.
Vlad le devolvió la caricia.
—¿Te gusto? —preguntó el chico.
—Sí —respondió Vlad.
Y entonces lo miró. Lo miró de verdad. Se tensó.
La risa se detuvo.
Vlad acercó la cara, como si fuera a besarlo. Pero en vez de eso, le dijo:
—¿Sabes lo que hacen los peces antes de morir?
—¿Qué?
—Abren la boca, aunque ya no respiren.
El chico intentó levantarse. Tropezó. Cayó al agua. No supo si fue Vlad quien lo empujó. O el miedo. Vlad no lo ayudó. Lo vio chapotear. Lo vio tragar agua. Lo vio salir. Tosió. Lloró. Se arrastró hasta el muelle.
Vlad le tendió la mano. El chico dudó. Luego la tomó y cuando estuvo de pie, Vlad lo abrazó.
—No digas nada —susurró.
Y, luego, se fue.

Tres pueblos. Tres trabajos.
Vlad comenzaba a entender que no siempre había que matar para dejar una marca. A veces, el terror era suficiente. Por un tiempo.

La siguiente ciudad era más grande. Tenía un mercado nocturno, un

cine viejo y una estación de tren por donde pasaban más cuerpos que historias.
Vlad encontró trabajo en una empacadora de carne. Le dieron un delantal, botas de hule y una navaja curva. Nadie preguntó por sus papeles. Nadie preguntó por su nombre. Ahí, los rostros eran siempre los mismos; unos tras otros, siempre iguales: ojos bajos, espaldas hundidas, manos veloces.
El frío era constante.
En las cámaras de refrigeración, el aire se sentía macizo, corpóreo, afilado. La carne colgaba como cuerpos sin historia, y Vlad pensaba en lo fácil que era separar músculo de hueso, cortar lo blando, desechar lo inútil.
Le gustaba el silencio de allí, el golpe seco del cuchillo hundiéndose profundo, la sangre deslizándose hacia el suelo.
Le recordaba algo, una sensación.
Fue ahí donde conoció al señor Kaufman. Era vigilante del turno nocturno. Tenía la voz cascada por el cigarro, una barba que nunca terminaba de crecer, y un modo de caminar como si escuchara algo que los demás no podían. Lo miraba de más. Le hablaba como si supiera algo de él que Vlad no hubiese siquiera pronunciado.
Una noche, le ofreció un termo con café caliente.
—Te ves como si no hubieras dormido en años.
Vlad lo aceptó. Lo bebió. Y no respondió.
Días después, Kaufman lo llevó a la oficina trasera. Había cámaras, controles, una radio encendida con estática.
Vlad pensó en Rosa. En cómo el arroz con leche era caliente como ese cuarto.
Luego Kaufman le puso una mano en el hombro y le preguntó si estaba bien. Fue suave. Casi tierno.
Y eso fue lo que desató algo. El hambre.
Vlad asintió. Y luego le dijo que sí. Que estaba bien. Que necesitaba el trabajo. Que no tenía a nadie.
Kaufman le creyó. Le dijo que podía hablar con él cuando quisiera. Que no todos los hombres eran malos.
Esa noche, Vlad se quedó más allá del turno. Entró a la cámara frigorífica cuando nadie lo vio. Apagó la luz. Se quedó ahí, envuelto

en carne, escuchando cómo el frío intentaba colarse por su piel.
Esperó a sentir miedo, pero el miedo no llegó.

Una semana después, Kaufman desapareció.
Dijeron que había pedido su liquidación. Que se había ido al sur, a cuidar a un hermano enfermo. Pero en la cámara 3, durante las madrugadas, comenzó a sentirse un olor nuevo. No fuerte. Pero distinto. Como carne ajena; no de res. Como algo que no debía estar allí.

Vlad pidió un cambio de puesto. Dijo que prefería estar en el muelle de carga.
Lo enviaron.
Ahí conoció a Nataly. Era joven. Fuerte. Tenía tatuajes en los nudillos y una risa espantosa, tan pero tan fea, que te daba risa a ti también. Al principio no le hablaba. Luego sí. Tras unos cuantos días, demasiado.
Era buena con el cuchillo. Vlad la observaba. Estudiaba su forma de afilar la hoja, de sostener la pieza antes de partirla.
Una madrugada, mientras esperaban la descarga de un camión, ella le ofreció un cigarro. Fumaron en silencio. Nataly le contó que tenía una hija, que la dejó con su mamá, que cada tanto mandaba dinero.
Vlad asintió. No preguntó más.
—¿Tú tienes a alguien? —preguntó ella.
Él negó con la cabeza.
—Yo creo que sí —dijo Nataly, con una sonrisa torcida—. Tienes cara de haber querido mucho a alguien.
Vlad la miró. Luego sonrió. Fue una sonrisa real. Pero solo por fuera.
Esa noche, en su cuarto alquilado, clavó el cuchillo en el colchón varias veces.

Pasaron muchos días, semanas, meses incluso. Nataly seguía hablándole. Cada vez más. Una tarde, Vlad la encontró llorando detrás del camión. Se le había roto el teléfono. No podría mandar dinero. La niña se quedaría sin pañales o sin comida, o sin agua caliente. Vlad la abrazó. Y supo que era ella.

El hambre regresaba.
Esta vez el temblor ya no bastaba.
Por la noche la esperó y la siguió cuando se fue, a pie, manteniendo la distancia. Nataly entró a su cuarto sin cerrar bien la puerta. Vlad no llevaba arma. No la necesitaba.
Entró. La puerta se cerró detrás.
Nadie oyó. Nadie preguntó.
Pero al día siguiente, ella no fue a trabajar. Dijeron que se había ido. Que dejó todo. Vlad, con una herida oculta en el hombro, solo dijo que no sabía nada.
—¿Se te fue viva, eh? —dijo uno de sus compañeros de trabajo; todos sabían que ella era la única que le hacía caso e imaginaban que tenían algo entre ellos.
Vladimir rió, a carcajadas; todos rieron, hasta que dejó de ser chistoso, pero Vlad continuaba riendo sin parar.
—JAJAJA JAJAJA JAJAJA JAJAJA —La gente se alejó—. JAJAJA JAJAJA JAJAJA JAJAJA
No se fue de inmediato, claro que no. Pero se llegó a ir.

La ciudad siguiente tenía mar. O algo que se parecía al mar. Un borde de agua sucia, espuma con aceite, sargazo de alguna especie, algo asquerosamente parecido; y redes oxidadas colgando de las barandas, apiladas en las orillas, arrumbadas en cualquier esquina.
Vlad llegó como siempre, y consiguió trabajo descargando cajas en el mercado de abasto costero.
Ahí, el mundo comenzaba horas antes del amanecer y moría al mediodía, entre olor a camarón podrido y fruta magullada.
Dormía en una pensión a dos cuadras del puerto. Habitación pequeña, sin ventana, con un ventilador que vibraba como si respirara. Pagaba por semana. Comía lo justo. Se duchaba con agua helada.
Nadie le preguntaba nada.
Y el calor no era normal. Era pegajoso. Y las voces de la gente eran distintas; los pescadores no hablaban, gruñían; las mujeres no reían, bufaban.
Todo parecía al borde.

Una noche, después de su turno, caminaba por un callejón oscuro cuando lo reconoció. No el rostro, sino el cuerpo, y el modo de moverse.
Era uno de los hombres. De los de antes. No sabía cuál; pero sabía que el tipo había estado dentro suyo. No importaba quién hubiera sido. Lo reconoció, lo supo en el pecho. Como un animal que huele a su depredador de manera anticipada al ataque.
Lo siguió.
El hombre no lo vio, iba borracho, arrastraba una bolsa de plástico y tarareaba una canción ininteligible.
Entró a un bar que olía a pescado y cloro. Entraron. Se sentó en la esquina y pidió un trago. Vlad se sentó dos mesas atrás y pidió algo.
Lo observó una hora.
Dos horas.
Tres.
Otra.
Luego lo siguió de regreso.
El hombre vivía en un cuarto encima de una tienda cerrada. Subió la escalera de metal con dificultad. Vlad esperó. Escuchó la puerta. Contó hasta sesenta. Subió. No tocó ni llamó a la puerta, forzó la cerradura con la navaja que siempre cargaba. Entró. El hombre dormía boca arriba, despatarrado. Roncaba como un mandril. Vlad lo miró largo rato. Luego se sentó a su lado; sin tocarlo. No lo despertó. Solo se quedó ahí, sintiendo cómo el odio se evaporaba y dejaba otra cosa en el lugar en el que estaba. Algo más denso. Más silencioso. Sacó la navaja y la sostuvo. La apretó fuerte. Pero no la usó.
Probablemente la emoción de estar ahí era todo lo que recibiría; una euforia manaba por sus poros, una excitación profunda le invadió.
Su pene se erectó.
Le dieron incluso ganas de cagar.
Estaba tan pero tan nervioso que se dio cuenta de que las piernas le temblaban. Dios, cómo estaba disfrutando esa emoción. Su respiración agitada, la entrepierna abultada, las ganas de vaciar la barriga, todo, todo era éxtasis.

Nomás un rato más y se iría.
El hombre despertó. Lo miró. Tardó en entender lo que pasaba. Abrió la boca.
—¿Tú…? ¿Qué haces…?
Vlad lo tapó con la mano. No dijo nada. Apoyó la navaja contra su piel y le hizo un corte limpio en la axila. Luego la puso en la mano del otro. Y se fue.
Al día siguiente, la policía encontró al hombre con la axila cortada. Dijeron que fue suicidio; aunque nadie lo pensaba. Valía que el tipo era un miserable en todos lados y causaba más bien desagrado en todos sus círculos. La policía creía tener mejores cosas que hacer.
Vlad observó cómo lo sacaban de su habitación y lo bajaban a la camioneta del forense; desde la banqueta de enfrente.
Comía mango con sal. No sonreía.
Ese mismo día, en el mercado, ayudó a una anciana a cargar unas bolsas. Ella le dio un pan. Él le dijo que gracias.

Luego, aquel mismo día, conoció a Julia. Julia tenía los brazos llenos de moretones y trabajaba descalza en el área de frutas de la central de abasto del lugar. Tenía una voz gastada y un lunar cerca del labio. Vlad la oyó reír y se preguntó qué la hacía reír.
Se acercó. Le ofreció cargarle sus cosas. Ella aceptó.
Durante semanas, hablaron poco. Compartían banquitos, sombra, silencios.
Julia lo miraba a veces con una mezcla de temor y ternura.
Vlad no entendía por qué seguía acercándose.
Una tarde, un hombre se le acercó a Julia. Le gritó. La empujó. Vlad lo vio todo desde lejos. No intervino. Solo lo siguió. Hasta un callejón. Hasta un muro húmedo.
Lo enfrentó.
—¿Quién eres tú? —dijo el tipo.
Vlad no respondió. Lo miró. Dio un paso más. El hombre levantó una mano. Vlad le rompió los dientes contra la pared. Fue rápido. Eficiente. Frío. Sin gritos. Solo el sonido de su cuerpo quebrándose y cayendo.
No lo mató. Lo dejó ahí.

Las piernas no le temblaron, ni hubo ganas de cagar ni erecciones; pero, por las noches, comenzaba a dibujar otra vez. En la tierra, en los empaques, en los cartones. Círculos. Espirales. Formas que no recordaba haber aprendido, pero que siempre le salían iguales. Y le decían algo:
«Tienes hambre».
O
«Son nada, ellos son *nada*».
O
«¡Mátalos!».
El hambre no se iba; siempre, siempre estaba ahí.

◆ ◆ ◆

Se enlistó en un centro de reclutamiento junto a la interestatal. Todo en aquel puesto de atracción de talento enfocado a las artes militares era arcaico, aburrido, desprolijo; menos una bandera que ondeaba como una flagrante insignia, en medio de todo el pardo, casi monofónico, entorno suyo, una insignia latente y ondeante que marcaba, casi con total certeza, el rumbo que su vida debería tomar. No había más banderas, solo esa; ni discursos patrióticos, nada más el saludo de apertura, casi casi un *pitch* comercial a las claras repetido hasta el cansancio, entonado con la melódica voz de quien recite algo de memoria más a fuerzas que por convicción; ni deslumbramientos cinematográficos que enaltecieran el cuerpo de la rama militar a la que buscaban incorporar a los incautos que mordieran el anzuelo, salvo unos cuantos relucientes *booklets* que empoderaban al máximo las capacidades, avances, futuros logros y estabilidad y crecimiento económico de quienes cursaban tal o cual carreras militares. Lingüista criptológico. Especialista en guerra química, biológica, radiológica y nuclear. Especialista en Operaciones Cibernéticas. Operador de sistemas aéreos no tripulados. Adiestrador de perros de trabajo militar. Analista de imágenes de inteligencia geoespacial. Aquellos trabajos, y cientos más, eran una pasada, eran una salida, eran, tal vez, incluso, una respuesta.

El puesto sí que era horrible, sin embargo; con solo un escritorio con un ventilador desvencijado, un reclutador malcarado de una mirada entrenada para detectar desesperación y una sonrisa incongruente con el resto de su cara, una temible sonrisa de vendedor de ilusiones. Vlad no habló demasiado. Dio su nombre verdadero, su número de seguro social, un pasado creíble de descolocación social, omitiendo homicidios y robos, claro. Mostró unos papeles maltrechos con seguridad total y precisión quirúrgica. Y esperó que todo saliera bien.
Y lo aceptaron.
Lo raparon.
Le cambiaron la ropa por un uniforme genérico.
Lo encerraron con otros reclutas como él, en cuanto a circunstancias, no cuanto a quiénes eran y qué era él.
El entrenamiento básico lo superó sin dificultades, reconstruyéndose física y mentalmente. Vlad no temía el grito, la orden, el golpe; los adoraba, eran una ansiada atención a su persona.
—¿Por qué carajos está usted aquí, recluta Astorga?
—Señor, para servir a mi país, sargento de instrucción, señor.
—¿Qué estás dispuesto a dar por techo, comida y la mejor educación que el país te puede brindar, recluta Astorga?
—Señor, hasta el alma, sargento de instrucción, señor.
El sargento sonreía, se acercaba a un centímetro, cara a cara, de Vlad y le gritaba con todo el entusiasmo y con la saliva salpicándole directo a la cara:
—Tú no tienes alma, recluta Astorga; la cediste al ARMY cuando firmaste tu ingreso, ¿lo recuerdas, recluta Astorga?
—Señor, lo había olvidado, pero ahora lo recuerdo, señor. Daría mi vida, si fuera necesario, señor.
Había vivido versiones peores en lugares insufribles; aquello era el paraíso. El *bootcamp* fue una danza de obediencia y castigo. Aprendió rápido. No destacaba, pero no fallaba. Lo que llamaban "excelencia" en los entrenamientos era, para él, simplemente no dejar que nadie viera lo que estaba dentro suyo. Corría más, gritaba menos, golpeaba lo justo; se “consternaba” lo necesario para parecer uno de ellos. Sabía cuándo quedarse quieto. Sabía cuándo

mirar a los ojos y cuándo no.
Y, aun así, lo miraban. Algunos instructores lo observaban con una fijación incómoda. Otros reclutas, también. Como si algo en Vlad fuera ligeramente desviado del patrón. No sabían qué era. Él sí.

Fue durante el tercer mes que ocurrió el primer incidente. Lo emparejaron con un compañero de litera, un muchacho sureño, bromista, bruto, que siempre tenía calor. Le gustaba joder. Vlad no soportaba sus estupideces, pero fingía bien. Una noche, el tipo cruzó una línea. Hizo un comentario de acoso homosexual y le tocó el cuello dormido, sugerente, para diversión de los otros.
Vlad no se movió.
Esperó a que repitiera el gesto.
Cuando lo hizo, Vlad lo sujetó de la muñeca con una lentitud quirúrgica. Le susurró algo en un idioma que no era inglés, ni español, y lo jaló tan pero tan fuerte que, dado que él estaba sobre la cama, sentía que Vladimir le arrancaría el brazo; pero lo más perturbador fue la mirada dentro de sus ojos.
El muchacho orinó el colchón.
Nunca más lo volvió a mirar.
A partir de ahí, algunos comenzaron a temerle. Otros, a acercarse. Como si ese mismo terror atrajera.

Uno de los instructores, un sargento con cicatriz en la mandíbula, empezó a invitarlo a quedarse después de los ejercicios. A revisar equipo. A limpiar armas. A conversar, sin levantar la voz.
Una noche, el sargento se sentó muy cerca.
—¿Alguna vez has probado el silencio absoluto? —preguntó, con los ojos clavados en su nuca.
Vlad no respondió. Cerró la caja de municiones. Se quedó inmóvil.
El silencio fue más claro que cualquier palabra.
Al día siguiente, lo cambiaron de pelotón. El rumor nunca se dijo en voz alta, pero todos lo sabían; al menos imaginaban de qué, más o menos, iba la cosa.
En ese nuevo grupo, Vlad encontró un joven filipino que no podía dormir. Se quedaban despiertos por las noches.

El filipino le contaba sus pesadillas. Vlad las escuchaba sin interrumpir.
Una madrugada, sin decir nada, Vlad se acercó, tomó su rostro entre las manos, y lo besó. Fue un beso de dominio. No de afecto. El otro se dejó hacer. Luego lloró. Vlad lo abrazó, lo acarició como se acaricia a un animal herido. Después se alejó y no volvió a hablarle. Pero el muchacho dormía mejor y lo seguía con los ojos bajos, como si hubiese entregado algo que no sabía que tenía por un poco de esa paz que, al principio, brindan los malignos.
Vlad, por su parte, descubrió que había un tipo de deseo que brotaba del miedo. Y que era hermoso. No buscaba cuerpos, sino grietas en sus espíritus, lugares por donde podía entrar sin ensuciarse, apenas deslizarse, como humo; y eso, en ese entorno de hombres rotos buscando pertenecer, era irresistible.

Fue así como lo recomendaron para un grupo especial. Un equipo donde no importaban los laureles, sino la obediencia, la resistencia al dolor y la capacidad de desaparecer.
Lo trasladaron a la costa este; a un centro de entrenamiento clandestino, sin logotipos. Solo pantanos, alambradas, simulacros nocturnos y cuartos donde se proyectaban videos que no deberían existir.
Allí, Vlad aprendió cosas nuevas.
Cómo extraer información sin hablar.
Cómo fingir nacionalidades.
Cómo pasar por civil, por muerto, por rehén.
Cómo usar el cuerpo como carnada y el rostro como escudo.
Y, también, cómo utilizar la tecnología como arma.

Fue en ese sitio donde conoció a Ludmila, una teniente con acento argentino y cicatrices en las costillas. Ella lo eligió. Lo tomó. Lo enseñó a ceder para dominar. A fingir sumisión como acto de poder. En noches sin palabras, se mordían como animales, se penetraban como salvajes en celo, se tocaban las heridas del pasado que dolían sin detenimientos; sin compenetrarse, se usaban, se compartían soledad a cambio de disminución de dolor y un poco de placer.

Vlad comenzó a escribir frases sueltas, palabras que no entendía del todo.
Códigos para sí que poco a poco fueron cobrando importancia, coherencia y lógica. Codificaba mensajes para sí mismo, maldiciones para otros, poemas rotos que nadie leería. Grababa en los muros del baño con un clavo suelto. Siempre en círculos. Siempre en espiral. Luego, esta codificación se volvió su propio lenguaje.

El comandante lo convocó una noche.
—Tienes algo —le dijo—. No sé si me gusta. Pero sé que es útil y lo vamos a aprovechar para un bien superior.
Lo mandó a la academia. Allí comenzaría otro proceso más que lo puliría. Otro disfraz de sí mismo en otro disfraz de sí mismo en otros disfraces. La academia no tenía nombre oficial; omitía escudos y los registros públicos; era, más que una institución dentro de otra institución, un estadio o, mejor dicho, un modo colaborativo de absoluto sigilo.
«¿Y el soldado raso Astorga?» podría preguntar alguien.
«¿Raso? Actualízate, amigo; ahora es un *Ghost Troop*.
«Noooo… ¿Un Tropa Fantasma? ¿Astorga? Sí, bueno… hace sentido, siempre tuvo esa mirada, ¿sabes?».

La base estaba situada en una grieta entre dos colinas, cercada por bosque húmedo y garzas que volaban como espectros.
Al ingresar, les retiraban todo: ropa, pertenencias, nombres. Se convertían en un número, en una cifra más, en una variable calculable en una máxima apuesta dentro de una oficina.
Vlad se volvió 480-770.
La rutina era una coreografía brutal, un baile.
Las órdenes se daban con luces, sonidos, silencios.
Aprendió a moverse cuando una campana sonaba una vez. A quedarse quieto si era doble campanada. A correr si no sonaba nada. Luego a silbatazos; después solo con carraspeos y sonidos aún más sutiles.
El aprendizaje no se impartía en aulas, sino en simulaciones. Casas falsas con ventanas de vidrio artificial.

«Vidrios de azúcar», decían.
Pero nadie quería comprobarlo.
En esas simulaciones plásticas, había familias de utilería gritando en idiomas que cambiaban cada día. Vlad aprendió acentos. Aprendió a berrear en francés, a suplicar en ruso, a seducir en árabe. Su rostro era una máscara. Una pantalla donde los instructores proyectaban lo que necesitaban ver.
La mayoría de los reclutas fallaba.
Algunos enloquecían.
Uno, una noche, se arrancó un ojo con una cuchara. Decía que no soportaba "ver doble". Vlad no dijo nada. Solo anotó esa frase en su propio lenguaje en la tierra durante un entrenamiento nocturno.

Los instructores sabían quién sobreviviría por el modo en que dormía.
Posición de lado, con las piernas semiflexionadas, una mano bajo la almohada, la otra sobre el pecho o el arma. Perfil hipervigilante, cerebral, pero agotado. El soldado que nunca se desconecta del todo. Sobrevivirá en la guerra, pero morirá joven si no aprende a dormir sin el peso del mundo al acecho. Dicho entre instructores: "Duerme como un centinela, pero sangrará como mártir."
Posición fetal, con brazos protegiendo el abdomen o entre las piernas. Perfil instintivo, leal, pero marcado por traumas. Se mueve en manada, pero la desconfianza lo hace protegerse en la vulnerabilidad del cuerpo; se protege. Sobrevive en operaciones largas; muere si lo separan del grupo. Superstición: si alguien enroscado tiembla al dormir, el grupo tendrá una baja en las siguientes tres operaciones.
Posición boca abajo, con las manos aferradas a la cama o a algo invisible. A veces con una pierna que pareciera colgar hacia el vacío de la cama, pero que en realidad se aferra a la estructura como si la escalara. Perfil agresivo, visceral, indomable. No respeta mandos, pero resuelve lo que nadie quiere enfrentar. Sobrevivirá si se le suelta con dirección; pero morirá por errores en batalla o "errores en batalla" si se le intenta domar. Síntoma de presagio: si mueve los dedos como si apretara el gatillo mientras duerme, pronto

desobedecerá una orden clave.
Posición boca arriba, manos sobre el pecho o cruzadas, como en un ataúd. A veces con los ojos entreabiertos. Perfil ético hasta el exceso, idealista. Cree en causas. Cree que puede cambiar algo. Significado realista, comprobado en centenares de reclutas: no sobrevive a la traición. Si no muere, se convierte en leyenda amarga. Superstición marcial: nadie debe despertarlo de golpe porque "quien sacude al Santo, desata la guerra santa.”
Posición cambiante. Se duerme de lado, despierta boca arriba. Cambia brazos, piernas, ritmo. Perfil intelectual, táctico; pero obsesivo. El que ve mapas en sus sueños. Es el que usualmente da la solución… pero siempre tarde, si no lo escuchas a tiempo. Frase de los veteranos que le sobrevivieron: "El inquieto vive, pero hace que mueran otros si no lo interpretan en el momento justo.”
Posición de lado, apenas respirando, sin moverse en toda la noche. Como muerto. Perfil letal. Su mente ya entendió que el cuerpo es un medio, no una prisión. Es el que regresa. Es el que puede vivir en paz después de desatar una puta carnicería. Mito marcial: "Sólo tres hombres en la compañía durmieron así. Los tres murieron en casa, con las botas puestas, muchísimos años después de su servicio. Son los únicos nombres que no están en la placa de la entrada. Los eternos anónimos.”
No me digas que sabes disparar; enséñanos cómo duermes, pensaban los sargentos capacitados, los entrenadores de las Fuerzas Especiales de las Tropas Fantasma.
Vlad no dormía.
Se entrenó para soñar con los ojos abiertos. Para respirar sin hacer ruido. Para esperar recostado sobre la cama, impávido, ojos entrecerrados, un brazo sobre la almohada y bajo la nuca; el otro a un costado de su pierna, con el dedo índice apuntando hacia donde estuvieran los pies.
«Mi tía lee el tarot.» Decía alguien «Es como la carta de El Mago, pero casi como si ni quisiera apuntar al cielo.»
El Mago.

Ludmila reapareció una madrugada como su superiora. Entró al módulo con el cabello recogido y una mirada sin deseo.
Se le acercó sin hablar. Vlad se puso de pie. Ambos sabían que, en ese entorno, ya no eran carne, sino herramientas.
Ella lo arrastró a una sala sin cámaras, se desnudaron sin deseo, cogieron mecánicos, sistemáticos, pero con un ardor de búsqueda de consumación en cada pálpito, en cada embestida, en cada acogida.
Solo hubo jadeos breves, y al final una frase extraña:
—Quería probar al Mago, quién lo hubiera dicho, Astorga.
Él sonrió por primera vez en semanas.

Una noche, durante un ejercicio de infiltración *in situ*, en Luvianos, un narcopueblo mexicano, ni urbano ni campestre, olvidado, Vlad se desvió del protocolo. Cruzó un pasillo sellado. Encontró una puerta sin marca. La abrió. Dentro, una niña amarrada lloraba. Alguien la usaba como parte del simulacro, quizás.
Vlad la soltó.
No dijo una sola palabra. No la miró dos veces.
Al regresar, nadie dijo nada. Un informe anónimo lo felicitó por su "criterio autónomo en entorno moral ambiguo".
Fue ascendido.

A la par del entrenamiento físico y táctico, Vlad recibió instrucción digital. Códigos, algoritmos, *firewalls*. Comenzó a entender cómo un virus podía ser más letal que una bomba. Cómo una fotografía robada podía tumbar gobiernos. Era una guerra silenciosa, perfecta para alguien que sabía cómo volverse invisible.

Su superior directo, un capitán de rostro inexpresivo, lo invitó una noche a compartir vino. Fue la primera bebida alcohólica en meses. Hablaron de poesía. De Lautréamont. De símbolos dentro de símbolos. Al despedirse, el capitán le dijo:
—Tú no eres una anomalía. Eres una consecuencia.
Vlad anotó esa frase en su memoria, mascullándola día a día, noche tras noche.

Durante el último mes en la academia de la compañía, Vlad fue asignado a un programa de inserción emocional. Debía seducir, quebrar, reclutar. Le entregaron un expediente: un agente extranjero con vínculos dobles.
Vlad lo conoció en un teatro vacío, durante una función privada. Hablaron una hora. Al final, el otro lloró. Firmó los papeles.
Se retiró con una sonrisa rota.
—¿Cómo lo hiciste? —preguntó su examinador.
Vlad solo contestó:
—Lo escuché.
Fue la primera vez que mintió con dulzura.

Se graduó con distinción. Rango sellado. Expediente clasificado.
Ya no era Vlad. Tampoco 480-770. Igual, lo asignaron al trabajo en campo activo.
Y lo soltaron sobre el mundo.

◆ ◆ ◆

El avión aterrizó en una pista de tierra que parecía desplegarse sobre la maleza. La humedad lo devoraba todo. Un jeep lo recogió. El conductor no hablaba. Solo conducía mientras el paisaje se iba transformando en una sucesión de verdes que apretaban los pulmones. El destacamento era un rectángulo de concreto con alambres oxidados.
Vlad no preguntó nada.
Bajó del jeep y caminó hacia la choza donde lo esperaba un sargento. Un hombre de piel curtida por batallas, una pierna ortopédica y un machete al cinto, había dejado de saludar a la gente hacía años.
Señaló hacia el claro:
—Allá están. No tienen armas, tienen hambre; y fe, y a veces eso basta.
El calor era tan denso que parecía una lama viscosa pegada a la piel.
Vlad no respondió. Solo asintió.

Esa noche salió sin pedir permiso. Cruzó la aldea en sombras. Los techos de palma suspiraban al viento. Los niños dormían sobre mantas raídas. Un perro lo siguió por unos metros hasta que alcanzaron la cabaña del fondo; entonces se detuvo y gimió, sin atreverse a dar un paso más. La puerta estaba abierta. Vlad entró. La linterna en su mano temblaba levemente.
Dentro, tres hombres rezaban frente a una televisión rota cuya pantalla convexa reflejaba sus rostros.
El menor levantó la vista. Sus ojos no vieron a un militar, sino a la muerte.
—Hablas el idioma del norte —dijo uno.
Vlad sonrió.
Dejó que su acento se infectara con la melodía local.
Conversaron por minutos. Compartieron un cigarro. Le ofrecieron té. Él lo aceptó. Mientras bebía, sus ojos ya habían memorizado los elementos circundantes del cuarto: la radio sin antena, un mapa garabateado con rutas costeras, una caja metálica con documentos manchados con sangre seca.
—¿Y tú? —preguntó el tercero, un anciano—. ¿Por qué viniste?
—A escuchar —dijo Vlad.
Esa fue la última palabra que oyeron. El susurro de una cuerda metálica que se tensaba, fue la melodía en el ambiente.
Cuando terminó, cubrió los cuerpos con mantas y salió sin mirar atrás.
Esa noche, llovió por primera vez en semanas. Lavó los rastros.

Al día siguiente, la cabaña permaneció cerrada.

Días después, encontró a un niño dibujando en la tierra con un palo. Círculos, espirales. Parecían figuras estúpidas de una mentirilla trastornada. Vlad se quedó observando. El niño lo notó, pero no huyó. Siguió dibujando. Vlad se arrodilló. Tomó el palo. Continuó el patrón.
—¿Qué es esto? —preguntó.
—Es una puerta.
Vlad sonrió.

La noche siguiente, otro hombre llegó al destacamento. Un agente con insignias falsas y preguntas verdaderas. Lo querían fuera del archipiélago. Misión cumplida. Célula desmantelada.

En el avión de regreso, Vlad no durmió. Escribió mentalmente los nombres de los tres hombres que había matado, luego pensó en Rosa; y, luego, en el niño del dibujo.

Aterrizó en Alemania. Nueva misión. Nueva fachada. Pero el calor seguía allí, adherido a su espalda como un fantasma que lo perseguía lo suficiente para atormentarle con sus cálidas caricias, con sus lamidas viscosas; pero lo bastante ligero, para no colapsarlo por el tormento.

Esa noche, en la oscuridad de su nuevo dormitorio, encendió la pantalla y buscó una señal vacía, estática. La nieve de la televisión le respondió con los patrones escondidos, como esos cuadros de los noventas de tercera dimensión donde, dice la gente rara, hay escondidas imágenes que aparecen cuando te les quedas viendo largo rato; cuando decodificas el patrón.
La ciudad no aparecía nombrada en los papeles oficiales. Era un sitio donde la neblina era crónica y el concreto, viejo; parecía que se cuarteaba cuando nadie lo miraba.
Vlad llegó con un maletín negro, una identidad recién impresa, y una orden escrita a mano que decía: "Intercambio. Riesgo nivel 7. Vigile a Dimas."
El hotel se levantaba sobre una colina y sus alfombras olían a vino viejo, a orina seca, a secretos cerrados por dentro.
En el vestíbulo, la recepcionista no lo miró. Le dio la llave, con los dedos artríticos, y regresó a su novela de capítulos cortos.
Nadie hablaba en ese lugar. Ni los huéspedes, ni los pasillos.
Solo el silencio, profundo y frío, parecía estar al tanto de todo.
La habitación tenía una lámpara sin foco, una cama con un solo cobertor, y una ventana que daba a un cementerio bautizado de nieve.
Vlad deshizo el maletín con la lentitud de quien prepara un altar.

En la mesita de noche colocó su reloj, un bisturí, una navaja de afeitar sin mango, y un billete doblado con un nombre escrito en el margen.

Dimas llegó en la madrugada. Abrió la puerta y se desnudó sin pronunciar palabra. Tenía el cabello rojo, como hierro oxidado, y una mandíbula que parecía esculpida para morder. El cuerpo lleno de cicatrices.
Se acostaron.
No se besaron. Fue sexo y ya. Un lenguaje sin gramática.
Cuando amaneció, Vlad se hizo el dormido. Sintió el crujido de la cremallera de su maleta. Dimas lo había abierto con la sutileza de alguien que no teme ser descubierta. Ella ya sabía quién era él. Como él sabía quién era ella desde antes de verla.
En su teléfono, los mensajes estaban cifrados, pero Vlad había leído entre líneas. Todos los espías lo hacen. Lo que no todos hacen es quedarse.
Durante tres días, caminaron juntos por la ciudad sin tocarse. Comieron en la misma cafetería a horas distintas. Se siguieron mutuamente, cambiando los roles con una fluidez que rozaba lo erótico. Era un juego. Era un duelo. Era una danza donde las armas eran miradas sostenidas y silencios calculados.
La tercera noche, en un edificio abandonado detrás del hospital, se enfrentaron. Dimas lo esperaba sentada sobre una caja de municiones vacía. Llevaba un vestido negro que no era suyo y una pistola apuntada al suelo, como si le pesara más el recuerdo de usarla que el arma misma.
—¿Vas a matarme? —preguntó.
—¿Y tú? —respondió Vlad.
Ella sonrió. Se levantó y caminó hacia él. El pasillo era largo, los pasos resonaban. Cuando estuvieron demasiado cerca como para que pasara cualquier cosa, Dimas, irremediablemente, pensó en Romeo y Julieta; Vladimir, en que no deseaba que ese último instante pasara.
Se besaron.
Luego se golpearon.

Con el puño cerrado y a patadas; los jadeos que antes eran resonancias previas a un clímax, aquí, ahora, aventuraban el desasosiego que el aire expulsado de los pulmones colapsados de alguno les brindaba. Qué difícil era agarrarse a trompadas sin aire en los pulmones; con la certeza dislocada de no saber si volverían a respirar otra vez. Rodaron por el suelo. Él sangraba del labio, ella de la ceja. A borbotones, ambos. No se detuvieron.
En algún momento, él le puso el cuchillo en el cuello; ella, la pistola en el estómago.
—Ahora —dijo Vlad.
—Sí —respondió Dimas.
Pero no apretó. Y ella tampoco disparó y la pelea se detuvo.
Esa noche, compartieron la cama. Con el cuerpo magullado y el corazón encallado. Vlad se quedó mirando el techo, donde la humedad dibujaba mapas secretos. Dimas respiraba a su lado como una criatura que había aprendido a descansar entre las ruinas de su paz; con la respiración desarmada, pasada, un ojo entreabierto y espasmos oníricos que relataban dolores de quién sabe cuántos años atrás.

Al amanecer, ya no estaba. Solo dejó un papel con una palabra escrita con lápiz labial: "Tú. Me reviviste."
Vlad quemó la nota sin leerla por segunda vez.
En la ducha, el agua tibia le lavó la sangre y el olor de Dimas.

El informe de lo que sucedió fue sellado. Entregado a un hombre con el rostro lleno de marcas de acné que no preguntó nada. Ni lo miró. Solo firmó la recepción y desapareció.
Treinta minutos después, un equipo militar de élite rodeó el hotel en el más sepulcral de los silencios. Vladimir bajó con total parsimonia las escaleras, salió de la estructura, puso las manos arriba y luego, plegándolas sobre la nuca, se fue hincando y flexionando hasta quedar así y con la frente en el suelo.

Estuvo en una celda de aislamiento 40 días. Luego lo sacaron, lo bañaron, lo peluquearon y lo liberaron a su gobierno.

De vuelta en el aeropuerto, Vlad notó un detalle nuevo abajo de su cabello, en su cuello, bajo la piel, algo que palpitaba; un temblor inefable, un frío pulsante que le erizaba la piel de la nuca y que no se le iba por nada del mundo.
«¿Por qué te llamas Dimas?» Recordó que le había preguntado.
«No sé. Algo de la Biblia.»

Bogotá tuvo un olor peculiar al caer la noche, meses después de toda aquella historia de las misiones no cumplidas y las ciudades de neblina insuperable. Algo entre fruta madura y gasolina. Vlad llegó con una tarjeta de presentación impresa y una historia que no merecía ser verificada.
Consultor en ciberseguridad, experto en blindaje de redes familiares, para efectos ejecutivos empresariales.
Sonreía mucho; como gringo idiota. Escuchaba más. Vestía como alguien que no necesitaba atención, pero al que todos, tarde o temprano, terminaban observando.
El político se llamaba Camilo Prado. Senador en ascenso, rostro limpio, discurso patriótico. Una esposa sonriente. Dos hijos: Johanna, de dieciséis, y Yesid, de ocho.
Vlad llegó a su casa en una zona boscosa al norte de la ciudad, donde las ventanas daban a colinas nubladas y el eco de los helicópteros policiales era más frecuente que el canto de los pájaros. Lo recibieron con cortesía y una ligera sospecha, como se recibe a todos los que vienen del gobierno central.

Durante las primeras semanas, Vlad instaló *firewalls*, monitoreó redes, revisó dispositivos. Se ganaba a la familia sin esfuerzo, sin invadir. Jugaba ajedrez con Johanna en el comedor; siempre perdía, apenas, esforzándose en esforzarse. Le enseñaba a Yesid a hacer trucos con cartas. La señora Prado le dejaba dulces en la repisa del estudio y le decía "gracias" con una voz que sonaba como si tuviera una grieta antigua. Lo llamaban por su nombre falso. Le deseaban buenas noches. Le abrían la puerta.
Una noche lluviosa, el senador lo invitó a una cena privada en el

salón de trofeos. Era una habitación con cabezas de ciervo, fotos en blanco y negro, botellas de whisky importado.
Hablaron de amenazas, de alianzas políticas, de enemigos invisibles. Camilo quería blindarse, decía, porque "algo viene". Vlad lo miró y pensó en la cabaña africana, en los rezos frente a una televisión rota, en las manos que tiemblan antes de matar.

Tres días después, el infierno llegó.
Fue de noche.
Siempre de noche.
Las cámaras internas mostraron primero una interferencia, luego una sombra que cruzó la cocina, luego el comedor; luego nada. Nadie supo quién disparó primero. Nadie sabría jamás si fue traición, sabotaje o castigo. Solo que, cuando el humo se disipó, la sala estaba bañada en sangre y silencio. El senador, su esposa, los guardias. Todos caídos. Johanna, con un disparo en el hombro, hipaba tratando de jalar oxígeno hacia un pulmón agujerado. Yesid, en los brazos de Vlad. Colgaba muerto.
Vlad sostuvo el cuerpo con una firmeza casi ceremonial, mientras el helicóptero de extracción descendía en el jardín como un dios ciego en una tragedia ante un público desolado.
En la base, nadie le preguntó nada. Le dieron una manta. Lo encerraron en una sala sin ventanas.
Vlad no habló durante setenta y dos horas.
Miró la pared.
Escuchó su propia respiración, el *bum bum bum bum* de los ecos de los latidos de su corazón en la sien.
Y pensó en Rosa. Pensó en Dimas.

La tercera noche, pidió papel y lápiz. Escribió un solo nombre. Lo tachó. Y volvió a quedarse en silencio.

Después de Bogotá, Vlad no volvió a ser asignado a una misión convencional.
Lo transfirieron a otro escuadrón donde su unidad era la suma de los renegados de las fuerzas especiales de todas las ramas militares de

los Estados Unidos; su rango no era reconocible, y su nombre real estaba enterrado bajo capas de alias y lenguajes cifrados.
Operaban desde túneles, cuartos sin luz, hangares abandonados bajo aeropuertos fantasmas. Entrenaban con imágenes que solo existían un segundo antes de ser borradas. Le enseñaron a mirar sin ser visto bajo todas las circunstancias, a escuchar el eco de una conversación antes de que sucediera. Lo llamaban solo por números. A veces ni eso. En las transmisiones, su existencia era un margen en blanco. Su rostro no aparecía en ningún sitio, era un antifaz bajo un pasamontañas.
Si moría, su muerte sería una estrella anónima en una pared de héroes.
Si mataba, el cadáver sería reclamado por la tierra, y nadie haría preguntas.
Las operaciones eran breves, quirúrgicas, sin gloria.
A veces se infiltraba en centros de datos para extraer líneas de código que, en manos equivocadas, significaban el colapso de una nación, la muerte de un mandatario, la fusión de dos corporaciones que monopolizarían el mercado global. A veces se deslizaba en conferencias médicas para reemplazar un frasco. En ocasiones, se estrellaba a toda velocidad contra un auto diplomático. Otras, simplemente, esperaba en una banca, con un café frío en la mano, hasta que una señal invisible lo empujaba a actuar.
Nunca dejaba nada.
Ni ADN.
Ni rastros térmicos.
Ni sonido.
Era el susurro antes del disparo.
El último parpadeo de un obturador, antes de que la cámara tomase la fotografía final.

Con el tiempo, comenzó a notar cosas, pequeñas alteraciones; un reflejo que no se movía como él, una silueta en una cámara térmica que no estaba allí en la grabación posterior, fotografías que, al ser reveladas, mostraban figuras ausentes en el momento de la captura. Su respiración comenzó a sentirse regalada, una deuda de sangre.

Sus sueños eran cada vez más húmedos y oscuros en lugares sin tiempo, con rostros febriles que luego se derretían, y una voz femenina que lo llamaba por un nombre que nunca había dicho en voz alta.

Un día, en una base subterránea cerca del mar Caspio, recibió una carta. Escrita a mano, con una caligrafía temblorosa y elegante. En el sobre no había remitente. Solo su nombre verdadero:

Vlad.

Adentro, una frase:

No olvides que los espejos mienten, pero los fantasmas no.

No había más. Ningún rastro. Ninguna huella. Solo esa escritura que parecía antigua, como si hubiera sido trazada en otra época. Vlad la leyó una vez y otra y otra más. Luego la quemó sobre una rejilla metálica, observando cómo las palabras se deshacían en humo. Pensó en Rosa. Pensó en el niño muerto. Pensó en Dimas. Y por primera vez en años, sintió miedo; aunque no sabía si por lo que le harían, o por lo que le obligaría el destino a hacer él.

Desde esa noche, los reflejos comenzaron a comportarse distinto. En el espejo del baño, se veía a sí mismo cerrar los ojos. En la pantalla negra de su *laptop*, una figura detrás de él aparecía y se difuminaba al tiempo en que, instintivamente, volteaba. En los vidrios del transporte militar, su silueta parecía más joven, o más vieja, o herida.

Lo peor no era eso.

Lo peor era que, cada vez que pestañeaba, se sentía como si, en realidad, estuviera más bien abriendo los ojos.

No lo reportó. Aprendió a evitar los espejos. A afeitarse sin mirarse. A cubrir la *webcam* aunque estuviera desenchufada. A dejar el monitor en modo estático cuando dormía.

Pero nada lo salvó del reflejo. Una noche, lo encontró esperándolo. En una ventana. En una casa abandonada donde debía infiltrar una célula residual. Allí estaba: su reflejo. Esperándolo. No le devolvía la expresión. No imitaba su respiración. Solo lo observaba. Como si fuera otro. Como si supiera algo. Se quedó allí. Viéndose. Pensando si en algún momento, sin darse cuenta, había muerto. Y si ese… del

otro lado… era el que había quedado vivo.
«*Go! Go! Go!*» Escuchó en el dispositivo auricular. Abrió a las personas dentro y salió, como si su reflejo se quedara allí.

Tres meses después, desertó; o lo dieron de baja con honores, pero en secreto. Algo así.

◆ ◆ ◆

Frostheaven Lake parecía no estar en ningún mapa. Vlad lo eligió por eso; y porque dio por error con aquel lugar al buscar en Google Earth. No había leyendas locales, ni crímenes famosos, ni nada que pudiera interesar a nadie. El pueblo entero parecía vivir en espera de su propia desaparición.
Él llegó una madrugada de diciembre. Condujo durante horas sin música, deteniéndose solo para poner gasolina y pasar a los sanitarios. Llevaba todo lo necesario en la cajuela: herramientas, computadoras, mantas, libros que nunca leía. Se instaló en una cabaña de dos pisos con sótano, junto al lago, sin vecinos directos. En el porche colgaba un columpio oxidado que nadie había usado en años.
Empezó a trabajar como "analista remoto" para una *startup* local que existía solo en documentos.
Rentó un apartamento más céntrico, porque lo necesitaría, estaba seguro de ello.
Respondía correos, hacía llamadas técnicas, fingía interés en actualizaciones de seguridad.
Sus días eran una coreografía de lo mínimo. Iba al supermercado en horarios muertos. Saludaba a los vecinos con un gesto vago. Se convirtió en uno más; en otro menos. Invisible por decisión.
Pero nunca dejó de prepararse.
Por las noches, bajaba al sótano de la cabaña. Allí tenía una mesa larga con computadoras conectadas a redes encriptadas. Leía foros clandestinos. Descifraba algoritmos de vigilancia. Encontraba nombres que no aparecían en buscadores. Y, a veces, abría una

carpeta oculta con cientos de rostros capturados al azar: perfiles, fragmentos de video, fotos de vigilancia.
Algunos ya estaban muertos. Otros, aún no.
Y cuando no hacía nada de eso, se sentaba frente al lago, lo observaba congelarse desde la orilla, como si la superficie helada fuera una piel que sellaba algo más profundo. De vez en cuando, llevaba un palo y dibujaba figuras sobre la nieve: círculos, espirales, símbolos sin nombre. Como los que hacía de niño. Como si abriera puertas. Como si alguien pudiera responderle las dudas que ya ni se hacía… e imaginaba una celda de aislamiento, en su cabaña, un búnker escondido para el encierro… y lo que le haría a quien metiera allí.
Una madrugada se llevó un cuchillo al lago. Se sentó junto al hielo y lo apoyó sobre la piel del antebrazo. Trazó una línea. Luego otra. No muy profundas, solo lo suficiente para abrir la dermis y sangrar los trazos con cuidado.
Eran sus símbolos. Su idioma.
Al llegar a la cabaña, vertió alcohol en la herida y una erección arremetió dentro de su pantalón.
Lo primero que pensó es que a la mañana siguiente comenzaría el búnker de sus fantasías.
Después de cenar algo ligero, se recostó.
En la pantalla de su teléfono, abrió Tinder. Creó su perfil. Escogió. Deslizó hacia la derecha sin mirar. Luego dejó el celular sobre la mesita de noche, arriba de un libro que nunca se atrevía a leer, algo sobre un chico que abandona la escuela y conoce a una panda de subnormales en bares, colegios y no sabía qué más y así hasta volver con su hermana; o quizás con su hermano. No lo podía entender a fondo.
Volvió a la herida.
La rascó con sus propias uñas.
La abría, poco a poco, hundiendo los dedos en la piel rota. Imaginó que sangraría demasiado; pero no lo bastante, al comprobarlo. Hizo los trazos sobre su piel más grandes, un poquito más profundos. Expandiendo los dibujos. Haciendo las líneas más largas.

Alguien hizo *match*.
Sonrió.

EL MOMENTO ES AHORA

Tercera parte

VEINTIDÓS

La aeronave surcaba el cielo plomizo de Frostheaven Lake como un insecto de acero cansado. Dentro, Úrsula Rühmann revisaba compulsivamente las imágenes en su tablet; los rostros generados por IA, las reconstrucciones de Vlad. No podía apartar la vista de esos ojos grises, casi humanos, pero también con algo de irrealidad. Jonas Klein, sentado junto a ella, revisaba los informes del equipo legal. Sus labios se movían sin emitir sonido, como si se convenciera a sí mismo de que cualquier medio necesario no era un último recurso.

El mensaje del alto mando había sido claro: difundir el retrato robot inmediatamente. No había tiempo para tecnicismos legales. No había tiempo para las preocupaciones corporativas. El monstruo tenía rostro, ahora. Y, si no actuaban rápido, habría más cuerpos bajo el hielo.

Úrsula deslizó el dedo por la pantalla, agrandando la imagen: mandíbula firme, cabello ligeramente ondulado, sonrisa calculada. Un rostro normal. Una cara que podría estar sentada en cualquier cafetería, en cualquier parque, mirando, eligiendo; a cualquier hora y en cualquier momento.

—Van a verlo —dijo Jonas, como leyendo su mente—. Va a ver su rostro en cada maldito televisor.

—Y va a actuar —añadió Úrsula—. Antes de que podamos detenerlo.

Empezó el descenso.

Frostheaven Lake surgió bajo ellos como una herida blanca en la tierra.

La guerra invisible había comenzado.

En la cocina, Vlad Astorga dejó caer la cuchara dentro de su tazón de cereal al ver la noticia. El sonido de fondo, una musiquilla barata de noticiero local, parecía amortiguar las palabras de la reportera:

«…Solicitamos la colaboración ciudadana para identificar al

sospechoso relacionado con las recientes desapariciones en la región de Frostheaven Lake…»
En pantalla, su rostro. O casi. Una versión construida a partir de fragmentos digitales, como un retrato soñado por alguien que lo conocía a medias.
Vlad sintió que el mundo se contraía a su alrededor.
Las paredes parecían acercarse. El aire, espesarse. Se levantó de un salto, apagó la televisión, maldijo en voz baja. Debía actuar. Ya. Sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón y abrió la app de mensajes.
Samantha.
La dulce y confiada Samantha.
La llave para cerrar el círculo antes de que lo encerraran a él.
Sus dedos se movieron rápido, casi con vida propia:
VLADIMIR:
«Tengo una idea loca... ¿qué te parece una escapada romántica este fin de semana? Tengo una cabaña cerca del bosque. Sin señal de teléfono. Sin ruido. Solo tú y yo. ¿Te animas? Si sí, paso por ti; esto es tan *random* que si convences a tu jefa, podríamos irnos desde ya.»
No tuvo que esperar mucho.
El teléfono vibró en su mano apenas unos minutos después.
SAMANTHA:
«¿De verdad? ¡Suena perfecto! Solo déjame pedir permiso en el trabajo. ¡Qué emoción! Si no me dan chance, ¿nos vamos saliendo del trabajo?»
Vlad no contestó. Pero sonrió, un gesto que no alcanzó sus ojos.
Perfecto. Todo estaba encajando. Todo estaba a punto de consumarse.

La oficina de Homicidios olía a café recalentado, sudor y desesperación. Desde que el retrato robot del sospechoso había salido a la luz, los teléfonos no habían dejado de sonar. No era un zumbido. Era un clamor. Úrsula Rühmann y Jonas Klein miraban la pantalla principal donde se apilaban reportes en tiempo minuto a minuto.
—Ciento ocho llamadas en la última hora —dijo el oficial de turno,

sin alzar la mirada.
—Y subiendo —añadió otro.
Los *chats*, los correos electrónicos, los mensajes anónimos a través de apps de denuncia... todos contaban la misma historia, con ligeras variaciones: "Mi amiga conoció a alguien en Tinder... ahora está desaparecida." "Mi hermana salió a una cita y no volvió." "Mi prima estaba saliendo con un chico nuevo y ya no contesta el teléfono."
Parecía un virus extendiéndose sin control.
—¿Cuántos de estos son creíbles? —preguntó Jonas.
El agente encogió los hombros.
—No lo sabemos aún. Demasiados.
Úrsula se pasó la mano por el rostro. El cansancio era el fantasma que la poseía.
—Organicen equipos. Prioricen la comunicación según el nivel de riesgo: edad, situación de vivienda, historial de desapariciones.
Jonas se acercó.
—¿Y si es humo?
Úrsula apretó los labios.
—Tendremos que caminar entre el humo hasta encontrar el fuego.

Las primeras salidas fueron una pérdida de tiempo monumental.
Primera llamada: Una mujer de 24 años, supuestamente desaparecida tras una cita con un "chico perfecto"… estaba en su casa, preparando *brownies* con su abuela.
—¿Desaparecida? —rió—. Solo apagué el celular. Día de descanso digital.
Segunda llamada: Un estudiante que, supuestamente, había desaparecido tras usar Tinder, lo encontraron trabajando en un bar, teléfono apagado porque había perdido el cargador.
Tercera llamada: Una madre histérica asegurando que su hija había sido secuestrada por el asesino de Tinder; resultó que la joven estaba de viaje con su novia, disfrutando de una escapada improvisada.
Errores. Malentendidos. Paranoia.
Pero cada caso requería recursos, tiempo, desplazamientos. La máquina policial se estaba ahogando.

Más tarde, Úrsula recibió una alerta directa en su móvil de trabajo.

Asunto: Reporte de desaparición crítica.

Ubicación: Distrito Este, cerca del lago.

—Esta suena seria —dijo Jonas, que ya se ponía la chaqueta.

Se dirigieron al domicilio señalado.

Una mujer joven, Angie Torres, había sido reportada como desaparecida tras hacer *match* con un perfil similar al retrato robot. Su madre los recibió llorando, aferrada a un pañuelo.

—No la veo desde ayer... ¡ayer! Ella siempre avisa, siempre...

Úrsula y Jonas revisaron el apartamento. Todo en orden; cama hecha, platos en el fregadero, cargador del móvil enchufado.

Demasiado normal.

—¿Últimos mensajes? —preguntó Jonas.

La madre negó, sollozando.

—Yo no... no sé su contraseña.

Úrsula notó algo en la cocina; un teléfono vibrando en modo silencioso sobre el refrigerador. Lo desbloqueó con el rostro de la madre, un truco legalmente gris, pero viable en casos urgentes.

Entró a la app de mensajes. El último *chat* era inquietante.

«Gracias por la cita, fue increíble. Nos vemos mañana, preciosa.»

Úrsula frunció el ceño.

—¿Ayer tuvo una cita?

La madre asintió.

—¡Pero no regresó!

Úrsula repasó la conversación. Algo no cuadraba. Las respuestas de "Angie" eran genéricas, como prediseñadas. Emojis estándar. Respuestas neutras. Frío. Automático. No humano.

Mientras Jonas intentaba reconfortar a la madre, Úrsula se apartó y llamó al forense tecnológico.

—Schmitt, necesito que analices el patrón de escritura de estos mensajes.

Veinte minutos después, la respuesta llegó: "Patrón de sintaxis inconsistente. Probabilidad alta de mensaje automatizado."

Úrsula sintió que sus piernas se desguanzaban.

—¿Me estás diciendo que alguien está... suplantando sus mensajes?
—O que no es una persona quien los envía —respondió el técnico.
Las piezas empezaron a encajar con una brutalidad sistemática. Todos los reportes. Todas las desapariciones. Presentaban un patrón pautado que, ahora, podían obviar en la jefatura. Eran de la misma estructura narrativa, la misma variación de palabras. El mismo eco sin alma. Inteligencia Artificial. Bots. Chats programados para parecer humanos. Agentes de inteligencia artificial.
De vuelta en la comisaría, IT presentó un informe preliminar.
—Recibimos 437 reportes de desapariciones en este último par de horas.
Jonas silbó, incrédulo.
—De esos —continuó Randall Schmitt—, 312 muestran patrones de comunicación similares: frases calcadas, tiempos de respuesta artificialmente perfectos, errores de traducción típicos de sistemas automáticos.
Úrsula cruzó los brazos.
—¿Y las IPs?
El técnico tragó saliva.
—Venezuela. China. Vietnam. Rusia. Pero los rastros son tan sucios que podrían ser *proxies* falsos. En realidad, podrían estar en cualquier parte.
—¿Qué diablos significa eso? —preguntó Jonas.
—Significa —respondió Úrsula con la voz más fría que nunca— que nos están saturando a propósito. Nos están cegando.

El capitán Ward llamó a reunión de emergencia. Todos los jefes de unidad, todos los equipos de campo.
—Estamos bajo un ataque de sabotaje dirigido —dijo, sin preámbulos—. Inteligencia Artificial usada para crear falsas víctimas, saturar nuestros recursos, distraernos.
—¿Por quién? —preguntó alguien al fondo.
Ward lanzó una mirada fulminante.
—¡Ya sabes por quién! Y, si alguno de ustedes no está al tanto del tal Vlad, quítese el uniforme, que no merece estar aquí.

Jonas bajó la mirada al suelo. Úrsula habló.
—El asesino de Tinder.
La ciudad se hundía en el caos. Mientras la policía corría detrás de fantasmas digitales, Vladimir se deslizaba entre las sombras, más libre que nunca. Había convertido su cacería en una danza macabra de confusión y desesperanza. Cada minuto perdido era un regalo para él. Cada error acercaba a Samantha a su último latido.
A su fin de semana inolvidable.
Úrsula se encerró en su despacho, revisando los datos una y otra vez. Jonas entró, con dos cafés en mano.
—Estamos jodidos —dijo, tendiéndole uno.
Úrsula bebió un sorbo.
Frío.
Todo estaba frío últimamente.
—No vamos a atraparlo siguiendo las reglas —dijo finalmente.
—¿Entonces?
Úrsula alzó la vista. Su mirada era hielo puro.
—Vamos a cambiar el juego.

Al otro lado del lago, Vlad Astorga observaba su pantalla con una sonrisa paciente.
Las notificaciones de noticias, de alertas, de desapariciones... todas danzaban ante sus ojos. Cada falsa víctima era una capa más de niebla. Todo reporte equivocado, una piedra más en el camino de sus perseguidores. Había aprendido de pequeño que la invisibilidad era su mejor armadura. Ahora era más que invisible. Era omnipresente. Era inevitable. Y nadie, nadie, lo detendría antes de que completara su obra maestra.
La nieve seguía cayendo, silenciosa, inmutable.
Como si el mismo cielo, al igual que Frostheaven Lake, hubiera decidido mirar hacia otro lado. Por ahora.
Entonces, Vlad recibió un mensaje de Samantha. La moneda estaba en el aire y, justo en ese pequeño instante antes de saber si iría por ella o la perdería para siempre, su alma dio un salto dentro suyo de emoción.

VEINTITRÉS

La sala de prensa del Departamento de Policía de Frostheaven Lake era una caja de resonancia de murmullos nerviosos y gritos desacompasados. Los reporteros locales, armados con cámaras, grabadoras y teléfonos, parecían aves carroñeras al acecho. La imagen en la pantalla de fondo mostraba el retrato IA del sospechoso con el rostro sereno, atractivo, ordinario.

El capitán Ward abrió la conferencia con una frase seca:

—Esta es una emergencia pública.

Úrsula Rühmann y Jonas Klein se situaron a ambos lados del podio, sus rostros eran impenetrables.

—Estamos en búsqueda activa —dijo Úrsula— de un individuo que creemos responsable de las desapariciones y homicidios en la región de Frostheaven Lake. Se hace llamar Vlad, Vladimir o cualquier variante; pero no debemos descartar cualquier usuario de aplicación de citas sospechoso.

Los *flashes* de las cámaras estallaron.

Jonas tomó la palabra:

—Este individuo utiliza aplicaciones de citas para establecer contacto con sus víctimas —hizo una pausa dramática—. Su *modus operandi* incluye semanas de conversaciones generando confianza, afecto, dependencia emocional... antes de perpetrar sus crímenes. Es sumamente atento y busca perfiles de mujeres solitarias y con poco acercamiento a sus familias y amistades.

Un murmullo de horror recorrió la sala.

—¿Cómo lo identificaron? —gritó un reportero.

Úrsula sostuvo la mirada del auditorio.

—Hemos logrado reconstruir parcialmente su imagen a partir de registros digitales. Esta representación es la mejor herramienta que tenemos en este momento. La conocen, la difundimos unas horas antes por medios de comunicación tradicionales. Pedimos,

encarecidamente, que cualquier persona que reconozca a este hombre se comunique inmediatamente a la jefatura.
En la pantalla, el rostro de Vlad parecía casi sonreír.
—¿Es seguro seguir usando Tinder? —preguntó otra periodista.
Jonas apretó los labios.
—Toda precaución es poca. Recomendamos máxima vigilancia, no solo en Tinder, sino en cualquier plataforma de citas. Si algo parece demasiado perfecto, probablemente no lo sea.
—El asesino de Tinder, ¿es el responsable de los cuerpos hallados en el lago? —preguntó una reportera joven.
El ambiente era eléctrico; el pánico y el morbo se incrementaban en partes iguales.
Úrsula cerró sin responder directamente a la pregunta de la chica:
—Nuestro objetivo es detener a este individuo antes de que haya más víctimas; contamos con ustedes.
La sala explotó en preguntas que no serían respondidas.

Samantha salió corriendo del trabajo, su sonrisa era más grande que cualquier preocupación. Había entrado con el pensamiento de que, si no la dejaban irse, renunciaría. Pero la conversación con su jefa había sido breve:
—Un par de días. Necesito desconectarme. Prometo cerrar los contratos pendientes el lunes.
Su líder comercial, una mujer acostumbrada a lidiar con las crisis emocionales de su equipo, simplemente asintió.
Samantha no mencionó a Vlad. No mencionó la cabaña. Guardó el secreto como un tesoro privado.
Al llegar a su departamento, Ghost la recibió con saltos y ladridos.
—¡Vámonos, pequeño bribón! —rió Samantha, acariciando al perro —. Nos vamos de aventura.
Empacó a toda prisa. Puso en la maleta ropa cómoda, suéteres gruesos, botines, su cepillo de dientes, un par de libros que sabía que no iba a leer.
Cuando Vlad llegó, su camioneta parecía una extensión natural de la noche; oscura, discreta, implacable. Samantha salió corriendo, la maleta golpeándole en la pierna. Era, casi, una fuga. Ghost saltó al

asiento trasero, moviendo la cola como loco. Vlad bajó las ventanillas de atrás, subió las de adelante, puso el aire acondicionado y sonrió.
—¿Lista para desaparecer del mundo?
Samantha lo miró con unos ojos con brillo propio, rió, lanzándose en un abrazo sincero a él desde el asiento del copiloto.
—Lista para lo que sea —dijo sonriente y, en su mente, daba pataditas de felicidad.
No lo vio mirar por el retrovisor, ni la tensión en sus nudillos, apretados contra el volante; solo sintió la promesa de un fin de semana inolvidable.
Mientras la camioneta se alejaba de la ciudad, las primeras estrellas comenzaron a titilar en un cielo gris que no tardaría en volverse de obsidiana y Samantha hablaba sin parar sobre la oficina, sobre Ghost, sobre las recetas que quería intentar cocinar en la cabaña.
—¿Tu horno funciona? ¿Hay donde comprar masa para hornear?
Vlad asentía, reía en los momentos correctos, lanzaba miradas fugaces que la hacían sonrojarse. Pero, por dentro, sin embargo, era una máquina de cálculos. Cada curva en la carretera. Cada vehículo que aparecía en el camino. Cada posible testigo. Todo estaba siendo evaluado, pesado, descartado.
La cabaña los esperaba.
El ritual los esperaba.
El destino, ya, era ineludible.

En la estación de policía de Frostheaven, el ambiente seguía siendo un un hervidero. Úrsula y Jonas entraron directo a la sala de crisis. Los monitores parpadeaban con actualizaciones de redes sociales, medios locales, llamadas anónimas. El retrato robot circulaba como pólvora en una ciudad saturada de miedo. Ya había varios reportes falsos: "Creo que lo vi en una gasolinera.” "Se parece al tipo que limpia nieve en mi calle.” "Podría ser el nuevo profesor de gimnasia."
Ruido.
Ruido que les hacía perder tiempo.
Úrsula se sentó frente al panel de comunicaciones.
—Necesito una lista de reportes serios —ordenó—. Crúcenla con los

perfiles de apps de citas. Busquen actividad reciente. Filtren comunicaciones que mencionen las palabras clave de Vlad y sus variantes. Probablemente la denuncia venga de algún familiar o amigo que nos manifieste que Vlad está saliendo con una persona cercana a ellos.
Jonas se pasó una mano por el cabello.
—Estamos persiguiendo sombras —dijo.
—¡Pues busquemos en la oscuridad carajo! —replicó Úrsula.

La camioneta de Vlad se internó en el bosque. La carretera asfaltada dio paso a un camino de tierra cubierto de nieve. Ghost gemía de emoción en el asiento trasero; se emborrachaba con toda esa ola de aromas nuevos. Samantha miraba por la ventana, fascinada.
—Es hermoso —susurró.
Vlad sonrió, esta vez sin fingir.
Era hermoso.
Era perfecto.
La última estación antes del silencio eterno.
La cabaña surgió entre los árboles. De dos pisos, construida en madera oscura, con el techo cubierto de nieve y la chimenea soltaba un hilo de humo, como si los hubiera estado esperando.
Vlad bajó primero. Abrió la puerta con una llave que colgaba de su cuello. Samantha bajó después, cargando a Ghost en brazos.
Entraron.
El interior estaba cálido y acogedor. Había una manta sobre el sofá, frente al fuego, que invitaba de inmediato a la lectura.
Quizás sí lea algo, después de todo, pensó Sam.
Una botella de vino abierta en la mesa. Velas dispuestas estratégicamente. Samantha soltó una carcajada de felicidad.
—¡Esto es de película!
Vlad sonrió.
—Te lo mereces.
No dijo *nos lo merecemos*. Dijo *te*. La separación ya había empezado.
Mientras se posicionaban frente a la chimenea y brindaban con vino, al tiempo en que Ghost se acomodaba de cara al ventanal que daba

al bosque, el teléfono de Vlad vibró en su bolsillo. No lo sacó. No miró. No había necesidad. Sabía que el mundo allá afuera ya había comenzado a gritar su nombre.
Sabía que la caza había empezado.
Pero esta noche, esta última noche, era suya.
Solo suya.
Y también Sam.
—¿Te apetece una copa de vino? —dijo con una malicia calculada y una sonrisa letal.
—Sí, claro —aceptó ella.

VEINTICUATRO

Horas después, Úrsula y Jonas abrieron el correo que había llegado de Tinder.

> Asunto: Datos solicitados - Análisis preliminar de matches sospechosos.
> Archivos adjuntos: carpetas cifradas con nombres de usuario, historiales de chat, ubicaciones aproximadas.

El equipo técnico trabajó contrarreloj.
—Siete posibles sobrevivientes —dijo Jonas, leyendo en voz alta—. Siete mujeres que interactuaron con el sospechoso pero que no fueron captadas del todo.
—¿Qué pasó con ellas? —preguntó Úrsula.
—Unas cortaron contacto. Otras fueron ghosteadas por él.
Úrsula frunció el ceño.
—Factores de riesgo.
Jonas asintió.
—Familias grandes. *Roomies*. Casas compartidas. Trabajos de alta exposición pública.
—Demasiado visibles —murmuró Úrsula—. No le convenían.
Prepararon la lista. Siete nombres. Siete historias truncadas. Siete potenciales piezas del rompecabezas.

> Primera casa: Milly Warden, 26 años, barista. Vivía con tres *roomies*. Recibió mensajes del sospechoso durante tres semanas.
> —Era encantador —dijo nerviosa, con una taza de té temblando en sus manos—. Pero... había algo en sus mensajes. Una insistencia sutil. Como si quisiera moldearme.
> —¿Algo concreto?
> —La verdad es que no; pero se sentía, ¿saben? Como si de alguna

manera estuviera siendo evaluada y yo debiera intentar alcanzar su perfección. Me sentía estúpida, fea.
Emily rompió contacto después de que él le cancelara de último momento la primera cita.
—Algo en mí dijo: "Por algo, Milly. Por algo." Una corazonada; aunque me arrepentí hasta que vi su foto en la televisión.

Segunda casa: Mar Delgado, 30 años, enfermera. Vivía con sus padres. Mostró los mensajes en su celular: una conversación que parecía perfecta hasta que, sin previo aviso, el sospechoso desapareció. Ghosteada.
—Mi papá estaba en casa todo el tiempo —explicó Mar—. Siempre preguntaba si vivía sola. Me pareció raro.

Tercera casa: Lucy Craven, 22 años, estudiante de arte. Vivía sola, pero tenía un perro enorme, un rottweiler. Mostró fotos: el sospechoso le había escrito halagando al perro, pero su interés decayó rápido cuando supo que el animal era agresivo.
—Me sentí aliviada cuando dejó de escribirme —confesó Sam, acariciando al rottweiler dormido a sus pies—. Era como si supiera que quería hacerme daño y Rocco me protegiera sin siquiera ladrar.

Cuarta casa: Jessica Pruitt, 28 años, ejecutiva de ventas. Conversación intensa durante un mes. Incluso planearon una cita. Pero Jessica insistió en llevar a su mejor amiga y que él llevara a un amigo; como una cita doble y "medida de seguridad".
El sospechoso canceló abruptamente. Nunca volvió a escribir.
—Me pareció raro —dijo Jessica, encogiendo los hombros—. Pero ahora...
El horror en sus ojos era palpable.

Quinta casa: Lena Woo, 25 años, diseñadora gráfica. Mensajes románticos. Promesas de un "amor diferente". Pero Lena trabajaba desde casa, rodeada de familia. Demasiada vigilancia. El sospechoso desapareció.

Sexta casa: Tanya Sullivan, 27 años, escritora *freelance*. Mensajes largos. Filosóficos. Intensos. Hasta que Tanya preguntó si podían hacer una videollamada. Nunca obtuvo respuesta.
—Le incomodó que quisiera verlo —dedujo Úrsula en voz alta.
Jonas asentía.
La invisibilidad era su arma. Mostrar el rostro, antes de tiempo, era una debilidad; o quizás solo era algo fuera de su protocolo.

Séptima casa: Sarah Montes, 29 años, ingeniera. Había hablado con él, pero algo no cuadraba.
—Demasiado perfecto —dijo Sarah—. Como si respondiera exactamente lo que yo quisiera oír. Me asustó. Bloqueé el perfil.

Úrsula cerró su libreta.

En la cabaña, Vlad acariciaba el cabello de Samantha mientras ella se quedaba dormida en su regazo, con una sonrisa de completa paz en el rostro.
Ghost dormía a sus pies.
El fuego crepitaba.
La nieve caía implacable afuera.
Y, en los ojos de Vlad, por primera vez en mucho tiempo, había algo que no era ni rabia ni cálculo. Era algo más antiguo. Algo primitivo. Un sentimiento. O su entendimiento torcido de alguna sensación similar al cariño.
Cerró los ojos.
Mañana sería otro día. O quizás no. Pero, esta noche, por fin, el niño invisible era visto. Por alguien. Por alguien real. Y, eso, en el fondo, era todo lo que había querido. Desde siempre.

En la estación de policía, Úrsula recibió una alerta más. Un perfil sospechoso. Actividad reciente. Había habido un match con una mujer de Frostheaven Lake. Chat activo hasta esa misma mañana, a la hora de la rueda de prensa.
Jonas se acercó a su lado.
—¿Coincide con el patrón?

—Perfectamente.
Úrsula apretó los dientes.
—Rastreen la IP. Rápido.
Pero las sombras digitales eran resbaladizas. VPN. Cuentas falsas. Rutas cifradas. El asesino sabía cómo cubrir sus huellas. Cada minuto que pasaba, la distancia entre ellos y la presa aumentaba.
—¡Maldita sea! Lo tenemos… ¡y lo estamos perdiendo! —dijo Úrsula.
Jonas lanzó un bufido de desesperación; si sirviera de algo, saldrían a patrullar la ciudad. Pero no podían hacer nada aún.
Un joven agente se acercó, nervioso.
—Hemos detectado una serie de desplazamientos triangulados de una IP similar… Es en un entorno urbano. Quizás sea su domicilio.
Úrsula agarró su chaqueta.
—Preparen el equipo. Nos vamos ya.

VEINTICINCO

La caravana policial se movilizaba bajo la ventisca como una serpiente silenciosa. Todos cargaban la presión del tiempo, la determinación muda de quienes saben que cada segundo perdido puede ser una vida enterrada bajo la nieve.

El barrio donde Vlad tenía su hogar parecía una postal navideña. El edificio donde vivía el presunto homicida no destacaba por nada en particular. Eso, precisamente, era su primer camuflaje.

Los vehículos se detuvieron en formación táctica.

Las puertas se abrieron en sincronía.

Armas listas.

Cuerpos tensos.

Úrsula fue la primera en pisar el hielo en el camino. La puerta principal estaba cerrada, pero no asegurada. Una cerradura doméstica que hasta un niño podría forzar custodiaba el umbral que daba acceso. Un detalle que heló aún más el ambiente.

Jonas golpeó con el puño enguantado.

—¡Policía de Frostheaven Lake! ¡Abra la puerta!

Nada.

Silencio absoluto.

Úrsula hizo una seña y, en menos de tres segundos, un agente rompió la cerradura con una palanca hidráulica. La puerta se abrió de golpe, vomitando un aire frío y rancio.

Entraron.

El interior era... impecable.

Pero no de una forma acogedora. Era la limpieza quirúrgica de alguien que no vivía allí, sino que utilizaba el espacio como una herramienta más. No había fotos familiares. No había cuadros decorativos. No había nada que indicara dejos de humanidad. Solo muebles funcionales, superficies limpias, alfombras de colores neutros. Un decorado para una vida falsa.

Úrsula avanzó por el pasillo central con la linterna encendida, la pistola baja pero firme.
—Divídanse en parejas —ordenó por radio—. Revisen todo. Cada esquina. Cada rendija. Cada mueble, alfombra y estante.
Los agentes se desplegaron como gotas de mercurio al romperse un termómetro.
Jonas la siguió hasta el salón principal. Allí, bajo una alfombra barata, Úrsula notó algo extraño, una hendidura mínima, un cambio casi imperceptible en el sonido cuando pisaba. Se agachó y apartó la alfombra. Una trampilla metálica, pintada del mismo color que el piso.
—Aquí hay una —murmuró—. Aquí está.
Jonas llamó a los demás. Entre tres hombres levantaron la trampilla. Un hedor a humedad, sudor viejo y demasiado detergente les picó de inmediato en la nariz.
La escalera de metal descendía a un posible infierno. Úrsula encendió la linterna del casco.
—Vamos.
El primer sótano era un reflejo de la casa superior: minimalista, funcional, desprovisto de alma. Había un catre militar. Un escritorio vacío. Un generador eléctrico portátil zumbando en un rincón.
Nada.
Hasta que Jonas, revisando la pared opuesta, encontró otra puerta. Más gruesa. Casi blindada. Una cerradura pesada, forzada tiempo atrás. La abrieron a golpes, a culatazos de fusil.
Y entraron.
La verdadera madriguera.
Aquí el aire era más denso, más antiguo. La humedad rezumaba de las paredes de piedra reforzada con placas de acero reciclado. En el centro del cuarto, bajo un foco pelón, estaba el camastro. Sobre él, nada.
Úrsula recorrió la habitación con la linterna. En las paredes había ganchos vacíos. Cadenas rotas. Una silla metálica volcada. Y al fondo, una pequeña estantería con libretas negras.
Tomó una. La abrió. Era un diario clínico. Fechas. Sesiones. Notas. Escritas con una caligrafía meticulosa, obsesiva.

—Sesiones de terapia... —murmuró Jonas, hojeando—. Como si realmente estuviera en tratamiento.
Úrsula pasó la linterna sobre otra estantería. Grabaciones. Discos duros rotulados con fechas y nombres en código.
El monstruo no solo cazaba. Registraba todo. Se estudiaba a sí mismo como un entomólogo estudiaría a un insecto en su colección.
Revisaron todo.
No había señales de Samantha. No había pistas de su paradero; solo una habitación aterradora sin nada más que libretas y filmaciones que los forenses bajaron a resguardar.
—Rühmann, voy a alumbrar con luz negra la habitación, ¿vale?
Úrsula asintió, el médico forense apagó las luces y prendió el artefacto que llevaba.
—Dios mío —musitó Klein.
—Esto fue un matadero —culminó Neil Hadley.
En el suelo, las evidencias de sangre y fluidos orgánicos estaban dispersas por todos lados; incluso en las paredes; también había salpicaduras en el techo.

VEINTISÉIS

Al salir del búnker, ya al exterior de la casa, la nieve caía con más fuerza. Úrsula miró hacia atrás. Era como si todo el aire, toda la vida, todo el calor hubiera sido succionado hacia las entrañas de ese lugar. Un agujero negro para un mundo en una descomposición inadvertida.
De vuelta en la sala de *briefing*, Úrsula lanzó los resultados sobre la mesa.
—No es un psicópata impulsivo —dijo, mientras el equipo la miraba —. No actúa por necesidad sexual. No mata porque no pueda contenerse.
—Entonces, ¿por qué? —preguntó Jonas.
Úrsula respiró hondo.
—Porque puede.

En algún lugar, lejos, Vlad miraba la tormenta de nieve en la ciudad, desde la cabaña. Samantha dormía arriba, confiada.
Él sostenía un cuchillo en la mano. No para usarlo con Samantha.
No.
Aún, no.
El viento helado se deslizaba entre los troncos y era un presagio de la tormenta por llegar. La cabaña crujía a cada soplido. Frostheaven Lake respiraba con dificultad. Casi, casi tosía. Todo en esa parte del bosque parecía contener el aliento. Esperando que las cosas por pasar, sucedieran de una buena puta vez.
Vlad caminó hacia el patio trasero de la cabaña; dejando la puerta entreabierta, se agachó frente a una vieja parrilla de gas instalada en el porche trasero. El plan para neutralizar a Ghost estaba puesto en marcha. La tapa de la olla estaba abierta, el caldo burbujeaba lento, casi perezoso; y el vapor que salía del guiso empañaba sus lentes protectores, se mezclaba con el aliento húmedo de los pinos

del bosque y despertaba el apetito de cuanto ser viviente le oliera en la gélida atmósfera que les cubría.
Lo había preparado todo con devoción eucarística.
Dentro de la olla, flotaban hígados, corazones y patas de pollo recién cocidos. Un manjar. Vlad lo removió con una cuchara de madera, sus movimientos eran casi amorosos. Sabía que Ghost, fiel a su instinto, olería el platillo incluso antes de despertarse por completo.
Vlad se limpió las manos con un trapo de cocina y volvió a entrar. Revisó las cámaras desde su celular: la patrulla seguía en la entrada de la casa del pueblo, vigilando. Había otras dos estacionadas cerca. Aun así, todavía tenía margen de acción. Estaban cerca, pero no lo bastante.
Bajó al sótano. Todo estaba más que listo.
Era tiempo para encargarse del perro.
Volvió al porche y sirvió parte del caldo en un cuenco de acero inoxidable. El vapor se elevaba con una belleza casi hipnótica. Colocó el cuenco en la alfombra que la nieve disponía para él; el efecto era casi calculado; para cuando Ghost llegara, la comida, si no fría, estaría templada y lista para que el perro la comiera.
Se sentó a un metro de distancia, el cuchillo entre las piernas. Un cuchillo de chef japonés, afilado, superafilado. Su mano izquierda, bailoteando los dedos como vaquero en *western*.
Ghost apareció.
Primero asomó por el filo del borde de la cabaña. Lo miró. Alzó el hocico y olfateó. Vlad hizo el ademán de mover el plato hacia él. El perro avanzó con total parsimonia. Vlad no se movió más. Apenas respiraba. El perro siguió avanzando, guiado por el olor.
Cuando Ghost puso una pata sobre la nieve al lado del plato, Vlad sintió una punzada de anticipación. Un escalofrío que le recorrió la columna.
El animal lo miró con cautela, pero la comida era demasiado tentadora. Bajó el hocico al cuenco y comenzó a lamer con ansia. Luego, aún desconfiado, comenzó a comer con los dientes frontales.
Vlad giró el cuchillo en su mano, acomodándolo. Se inclinó lentamente hacia adelante, listo. Y, en un movimiento seco, atajó el aire.

Pero Ghost, como si hubiera sentido el cambio en el viento, reaccionó. Giró la cabeza y mordió, duro, la mano de Vladimir. No fue una mordida superficial. Sus colmillos se cercenaron la piel, desgarrándola con fuerza, y un chasquido húmedo llenó la atmósfera; su dedo meñique se trozó.

El dolor fue inmediato, brutal; total. Vlad sintió el choque eléctrico dentro de su carne, las conexiones nerviosas estallaron todas al mismo tiempo y una náusea, producto del profundo dolor, arremetió en su contra. Soltó un alarido ahogado mientras sentía cómo los dientes del perro se clavaban en su carne una, dos, tres veces; de manera inmediata, sin tregua alguna.

El meñique le colgaba como una rama seca.

Cayó hacia atrás, pero mantuvo el cuchillo en la mano derecha.

Ghost tiró de su mano con fuerza, desgarrando más tejido, y Vlad, con un rugido animal, hundió el cuchillo una sola vez en el costado del perro. La sangre salpicó el suelo. Ghost prensó las fauces lo más que pudo, hasta que aulló en un susurro que solo fue audible para ellos dos, soltó la mano y retrocedió tambaleante.

Vlad, jadeando, se levantó de rodillas y lo siguió. Cada paso era una mezcla de dolor y furia. El perro intentó volver hacia la cabaña, pero las fuerzas menguaron y Vlad lo cogió de una de las patas traseras y lo arrastró hacia la densidad arbórea que los parecía querer envolver. Dejaron un rastro de sangre y el bosque se los comió.

Al poco, el asesino salió y el perro nunca más volvió a ser visto.

Guardó el cuchillo de nuevo. Se lavó las manos bajo el grifo de la cocina. Se vendó con maestría, aunque el dedo era un apéndice muerto en sus garras, una pieza inútil de una maquinaria destructiva que aún funcionaba.

Volvió a bajar al sótano. Se tragó unas pastillas que sacó de un contenedor y miró hacia arriba.

—Ya casi es hora —murmuró, y el eco de su voz se perdió en la oscuridad.

VEINTISIETE

Ella despertó como quien emerge de un naufragio con los pulmones adoloridos y la cabeza retumbando como un tambor reventado. Samantha abrió los ojos lentamente. La habitación era desconocida y, al mismo tiempo, peligrosamente familiar, como un decorado armado para engañar a su instinto. Todo estaba cubierto por una luz blanquecina, pálida, enferma. El techo de madera tenía manchas de humedad, y la chimenea al fondo bostezaba negra y fría. La cama crujió bajo su cuerpo al intentar incorporarse. Un latido doloroso golpeaba detrás de su frente. Se llevó la mano a la cabeza y sintió un dolor punzante justo detrás de sus ojos, sensible al tacto, como un taladro que se empeñaba en deshacer todos sus pensamientos en un licuado de dolor casi insoportable.

No recordaba haberse golpeado.

Pronto comprendió que estaba en la cabaña de Vlad. Debió tomar de más.

—Vlad —le llamó en un susurro que pareció un lamento espectral.

Se aclaró la garganta.

Intentó volver a hablar, pero fue incapaz de hablar.

No recordaba… casi nada.

Intentó ponerse de pie. Un vértigo brutal la obligó a recostarse de nuevo.

Esa no era la cama del cuarto de Vlad.

Inspiró hondo, tragándose el miedo que reptaba por su garganta.

¿Dónde está Ghost? La pregunta le perforó el pecho.

Escuchó pasos acercándose. La puerta se abrió con un chirrido metálico controlado. Vlad apareció, sonriente, impecable. Llevaba una bandeja con una taza de café, frío, un vaso de agua, y una tostada con mermelada.

Samantha apenas pudo sostenerle la mirada.

—Buenos días, preciosa —dijo, colocando la bandeja sobre su regazo

al sentarse en una silla metálica al lado del catre en el que estaba recostada. Definitivamente ese no era el cuarto de Vlad—. Dormiste como un angelito. Te hacía falta.
Ella humedeció los labios, resecos y agrietados.
—¿Ghost...? —preguntó en un hilo de voz.
Vlad sonrió como quien ofrece tranquilidad a un niño. Ella estiró su mano derecha para coger el vaso de agua, con la garganta avidriada de lo reseco que la sentía. Una cadena en su muñeca le impidió tal movimiento.
—Está bien. Yo te doy agua.
El dolor en su cabeza latió más fuerte. Le acercó el vaso a los labios, pero el *shock* de saberse encadenada la bloqueó por completo. Comenzó a hiperventilar y balbucear cosas sin sentido.
—Estás farfullando tonterías —vengo a hora que estés más tranquila —Se retiró con una sonrisa plástica—. Descansa un poco más —dijo antes de salir—. Te hará bien.
La puerta se cerró detrás de él con un *clic* sólido. Demasiado denso. Samantha se quedó bocarriba, temblando. Miró la bandeja. Con un giro muy accidentado, estiró la mano izquierda y logró coger el vaso y beber un par de tragos de agua. Unos sorbos apenas que le ardieron por todo su trayecto hasta el estómago. El sabor metálico del agua le revolvió el estómago. Apartó el vaso. Se le cayó al suelo y cuando, instintivamente, quiso asomarse por el borde, un mareo contundente la derrumbó sobre sí misma. Se obligó a respirar despacio. Algo estaba mal. Muy, muy mal.

La atmósfera en la sala de operaciones era una mezcla, nada sutil, de café recalentado y demasiadas personas sin dormir y sin tomar un baño. Las pantallas parpadeaban en azul y gris, con mapas digitales extendiéndose como redes de nervios sobre Frostheaven Lake.
Úrsula Rühmann se apoyó en la mesa central con los nudillos pálidos de tensión. La llamada de un sargento había sido el último empujón: finalmente, tenían una pista sólida. Jonas Klein conectó su *laptop* al proyector.
—La empresa donde Vlad trabajaba es Neuronet Solutions —dijo,

mientras el logo corporativo se desplegaba en la pantalla—. Tecnología en telecomunicaciones sistematizadas, automatización de redes y flujos de comunicación, protocolos inteligentes de agentes…
Úrsula frunció el ceño.
—¿Y?
—Renunció hace seis meses —continuó Jonas—. Pero antes de hacerlo, todos sus proyectos los había transferido a *bots* que operaban en piloto automático. Entregas puntuales, pero cero interacción humana. No respondió a supervisores, ignoraba correos, esquivaba reuniones. Una conducta pasivo-agresiva de manual.
—¿Y no lo despidieron?
—Intentaron. Pero cada vez que lo confrontaban, reaccionaba de forma... encantadora. Convenciendo a todos de la importancia de reconocer que su trabajo era impecable y que, de hecho, no necesitaban ni su presencia ni su interacción, sino sus resultados. Sumiso. Cordial. Pero con una alta capacidad de negociación y diálogo. Les quitaba cualquier argumento legal, sin siquiera pelear por ello. Implantaba la idea de su victoria en lo legal, antes siquiera que imaginaran echarlo argumentando algo que se sostuviera en los tribunales.
Úrsula golpeó la mesa con dos dedos.
—¿Tenemos algún contacto?
Jonas asintió.
—Un excolega. Ethan Vance. Dice que Vlad era… raro, pero no agresivo. Un buen tipo. Hasta el último día.

Agentes de campo entrevistaron a Ethan en la cafetería de la planta del parque tecnológico industrial donde Neuronet desplegaba sus operaciones informáticas y comerciales. Enlazados, Úrsula y Jonas veían y escuchaban todo. Era un tipo delgado, nervioso, que jugaba compulsivamente con el anillo en su dedo.
—Al principio, Vlad era eficiente —dijo, removiendo su café—. No un genio, pero cumplía; cumplía a la perfección. Era el empleado ideal. Luego... empezó a desconectarse. Era como si estuviera haciendo tiempo.
Úrsula anotaba sin levantar la vista.

—¿Tiempo para qué? —decía Rühmann y uno de los agentes repetía la pregunta a Ethan.
Ethan se encogió de hombros.
—Nunca lo supe. Solo… dejó de importarle todo. Automatizó su trabajo, programó *bots* que ni nosotros sabíamos cómo operar… es decir, nosotros como compañía. Eran, más que *bots*, agentes de inteligencia artificial aplicada diseñados para responder correos, subir entregas…, para trabajar por él. Era brillante y perturbador a la vez.
Jonas interrumpió.
—¿Mostró algún tipo de comportamiento violento?
Los agentes repitieron. Ethan dudó.
—Violencia abierta, no. Pero hubo un día… en una junta. Un gerente lo presionó por su falta de "presencia de equipo". «No seas un guerrero solitario. Si quieres llegar rápido, ve solo; pero si quieres llegar lejos, es solo en equipo, Vladimir.» Dijo el *manager*. Vlad se tensó tanto que pensé que iba a estallar.
—¿Y?
—No pasó nada. —Sonrió—. Pero todos ahí vimos la transformación en su rostro, de ira absoluta a magnanimidad total. Era como si le hubiera decidido perdonar la vida. Fue aterrador. Se disculpó y al día siguiente, renunció. Dijo que "no compartía la visión". Nos abrazó a algunos… a mí me alcanzó en el estacionamiento. La taza de Ethan tintineó contra el plato.
—¿Y qué le dijo?
Ethan rió sin humor.
—Que era la mejor decisión de su vida. Que por fin podría dedicarse a sus proyectos. Que iría a su cabaña a "crear su arte".
Úrsula y Jonas se miraron.
—¿Qué cabaña?
Los agentes lo cuestionaron e Ethan se encogió de hombros otra vez.
—Mencionaba siempre un terreno en las montañas. Cerca del bosque de Twin Pines. Dijo que era su santuario.
Úrsula cerró su libreta.

—¿Recuerda qué auto conducía?
—Una Chevy Silverado. Negra. Vieja, pero bien mantenida.
—Pregúntenle por una Jeep.
Los agentes hicieron lo propio y el excolega respondió:
—Ah sí, un auto ejemplar. No. Ese lo tenía en su cabaña, decía que algo no le funcionaba del todo, que había que arreglar aquel auto y que quizás la compostura resultara aún más cara que el propio jeep. Nos mostró las fotos, era una lástima, el auto era una joya.

Vlad apareció en el umbral de la puerta. Pero no el Vlad con quien salía y al que se hubo entregado con tanto cariño. La figura recortada en la puerta era grotesca. Una máscara cubría su rostro; deforme, de carne artificial, los ojos eran pozos vacíos. La mueca torcida de la máscara era una amalgama de todas las pesadillas de la infancia de Samantha. Y, en las manos… en las manos sostenía algo; algo indeterminado para ella, aún. En la derecha, un abrelatas de acero pesado, la hoja afilada brillando en la penumbra. En la izquierda, un paño húmedo que goteaba.
Samantha sintió que la vejiga estaba a punto de fallarle.
El terror puro la paralizó.
Intentó retroceder, pero recordó aterrada que estaba semiinmovilizada al catre.
—No... —gimió.
Vlad avanzó un paso. El suelo crujió.
—Es hora de jugar fuerte, Samantha —dijo, la voz deformada detrás de la máscara—. ¿Quieres jugar conmigo?
Samantha quiso correr, gritar, defenderse. En su mente confusa se ponía en pie. Corría con fuerza y lo empujaba con contundencia contra una de las paredes donde se golpeaba la nuca y se atarantaba un poco; luego imaginaba que subía unas escaleras oscuras, porque clarito imaginaba estar en una especie de sótano, daba vueltas por los rincones de la cabaña y salía, incorporándose a la vida exterior donde Ghost la alcanzaba y subían a la camioneta de ese hombre y manejaban con rapidez de vuelta a Frostheaven Lake.
Pero su cuerpo estaba aletargado y encadenado. Y ella solo pudo imaginar aquello. Y nada más.

Se desplomó dentro de sí misma, las lágrimas brotando calientes.
El abrelatas silbó en el aire.
Ella levantó los brazos instintivamente, pero no lo suficientemente rápido con el brazo libre y con el encadenado solo sintió un impulso eléctrico de profundo dolor y opresión. El impacto en la mollera, con el mango del artefacto metálico y el dorso del puño de Vlad, apagó el mundo.
Oscuridad y silencio.
Luego, dolor.
Un dolor sordo, viscoso, que la envolvía por completo.
Samantha abrió los ojos un instante. Vlad estaba inclinándose sobre ella. La máscara aún puesta. Respiraba pesadamente, como un animal excitado. Ella intentó moverse, pero los brazos y las piernas no le respondían. Vlad murmuraba algo. Palabras sueltas. Fragmentadas.
Las lágrimas de Samantha cayeron silenciosas al suelo de piedra.
No podía entenderlo.
No podía entender cómo había llegado hasta allí.
Cómo todo lo que había parecido tan lindo se había convertido en esta pesadilla.
Se desmayó otra vez.

De vuelta en la sala de operaciones, el equipo de rastreo satelital se puso manos a la obra. Jonas tecleó como un pianista en trance.
—Vamos a retroceder registros de tránsito y satélite —dijo—. Checamos cámaras viales, estaciones de gasolina, peajes.
Úrsula observaba en silencio.
El mapa digital comenzó a llenarse de puntos. Uno, la casa de Vlad. Otro, una estación de servicio. Otro más, el cruce hacia Twin Pines. Cada punto era una herida abierta en el paisaje.
—¡Aquí! —gritó un técnico.
En la pantalla apareció un video borroso: la Chevy negra de Vladimir saliendo de su garaje. Se detuvo. El maletero se abrió. Vlad entró a su casa y salió con una especie de baúl grande, parecía pesado. Lo guardó dentro y subió.
El corazón de Úrsula se congeló.

—¿Tiempo?
—Hace treinta y seis horas —respondió Jonas.
Siguieron la grabación saltando por las distintas cámaras de vialidad y seguridad pública; así como las de los cajeros automáticos a su disposición, hasta llegar al punto en que estacionó la camioneta, la cubrió con una lona protectora, caminó hacia unos terrenos baldíos, luego hacia la entrada del bosque y, minutos más tarde, una Jeep negra 4x4 salió a toda marcha de allí, anduvo hacia la casa de Samantha, recogió a Sam y luego se encaminaron hacia la carretera.
—¿Destino? —preguntó Rühmann.
—Se dirige al norte. Carretera secundaria 113, bordeando el lago. En definitiva hacia Twin Pines.
La persecución fue un rompecabezas de alta tecnología. Cámaras de tráfico captando destellos del vehículo bajo la nevada. Satélites comerciales, los mismos usados para análisis agrícola, detectando masas térmicas moviéndose a través de las montañas. Drones de monitoreo ambiental reconfigurados para rastrear patrones de calor. No era perfecto. Pero era suficiente.
—Se internaron en el bosque de Twin Pines —confirmó Jonas, ampliando la imagen satelital—. Solo hay tres cabañas en esa zona.
Úrsula frunció el ceño.
—¿Tres? ¡Vámonos! —dijo a Klein y al equipo táctico de intervención; luego volteó hacia el forense tecnológico— ¡Termina el rompecabezas tú, Schmitt! Quiero llegar a Twin Pines y saber perfectamente cuál de las tres cabañas es la de ese maldito.
—Lo tengo, Rühmann. Dos de las cabañas son turísticas —explicó Schmitt acercándole una tableta—. Y la otra, privada. Sin registro de alquileres, sin acceso público. Esa es la suya.
El mapa marcaba el lugar como una mancha negra en medio del blanco absoluto. Aislada. Invisibilizada. Perfecta para los proyectos de Vladimir.
El helicóptero de la policía estaba en marcha antes de que terminaran la reunión. Úrsula, Jonas y dos agentes tácticos abordaron cargando equipo ligero. La comisaría de Twin Pines estaba alertada y los guardabosques al corriente. No había tiempo para operativos masivos. Solo había tiempo para moverse. Dos

camionetas de agentes tácticos iban a toda velocidad saliendo del cuartel operativo hacia allá, sabiendo que llegarían tarde para lo que fuese a suceder.

VEINTIOCHO

Cuando volvió en sí, estaba atada de los tobillos; encadenada al suelo. Una mordaza raspaba sus labios. La habitación era distinta. Más fría. Más cruda. El suelo era de concreto desnudo. La bombilla pelona temblaba en el techo.
Vlad se acercó, caminando con calma, aún con la máscara puesta. Se agachó junto a ella. Le acarició el cabello como si fuera una niña enferma.
—Ahora sí —dijo, su voz cargada de algo que no era odio ni amor, sino una tercera cosa aún más terrible—. Ahora sí vamos a ser solo tú y yo.
Samantha cerró los ojos. Sabía que ya no había un rescate posible. Entendía que había empezado a morir.
Las horas siguientes fueron un bucle borroso de dolor y pánico. De murmullos, de risas apagadas. De un Vlad que ya no necesitaba fingir humanidad. De un monstruo que había estado allí, agazapado, desde el primer "Espero que la primera impresión sea mejor que la primera lata de atún que abrí en mi vida…" en Tinder. Samantha dejó de luchar. Solo existía. Solo aguantaba. Esperó un milagro. O el golpe final.

El viento sacudía el helicóptero como un juguete. Abajo, el bosque parecía una criatura viva, cubierta de escarcha y furia. La radio crepitaba entre estática y órdenes secas. Úrsula no parpadeaba. En su mente, Samantha aún estaba viva. Mientras no vieran un cadáver, mientras no encontraran sangre, mientras existiera un mínimo margen de error; había esperanzas.
—Visualizamos la zona —informó el piloto.

El primer golpe de consciencia fue el dolor en su estado más puro. Un hilo de ardor incandescente le serpenteaba desde la nuca hasta

las plantas de sus pies. Samantha gimió, arrastrando el aire en pequeños sorbos rotos. Su cuerpo era un saco de carne sanguinolenta.
No podía recordar cuánto tiempo llevaba inconsciente.
No podía recordar haber dormido.
La arrastraban.
Podía sentir el roce áspero del suelo bajo su piel. Miraba el rastro de sangre. De reojo, alcanzó a distinguir los antebrazos fuertes de Vlad, miró cómo los músculos se le definían y, de inmediato, le recordó los músculos felinos marcados en los leones de los documentales, magros, fuertes. Pero algo la descolocó: el antebrazo de Vlad estaba sanguinolento y la sangre manaba de este como acompasada por su respiración.
Blup blup. Blup blup.
Samantha intentó mover las piernas. Ya no estaban atadas; pero una se la sujetaba él, y la otra se mantenía desmadejada y sin fuerza, como si ella fuera incapaz de dominar su propia motricidad. El latido de su sangre le golpeaba los oídos. La oscuridad era casi total, salvo por las luces parpadeantes que perforaban el pasillo.
Se obligó a abrir más los ojos.
Vlad andaba delante, con su mano agarrándole un tobillo. La figura de Vlad tirando de ella como de un saco de papas la hizo comenzar a sollozar. Vlad volteó a verla; imaginó que le sonreía, pero la máscara seguía puesta y ella no pudo no ver que Vlad no solo no sonreía, sino que, más bien, presentaba una mueca de dolor, un rictus anticipado. Los ojos de vidrio oscuro parecían dos bocas abiertas en un grito mudo a través de la máscara.
Poc.
Poc.
Poc.
Su cabeza golpeaba con cada escalón que ascendían sin que ella tuviera las fuerzas necesarias para evitarlo.
Poc. Poc. Poc.
La llevó a través de una puerta que chirrió hacia la sala frente a la chimenea donde un altar improvisado de hierbas y flores del bosque la esperaba.

—Discúlpame, no debería ser aquí; no debería ser así; pero, seguramente, ya no tenemos tiempo.
La habitación era un delirio construido para el horror. Las paredes, el techo, el suelo… todo estaba cubierto de plástico industrial transparente, manchado en algunos lugares con residuos de fluidos antiguos. Había cintas adhesivas sujetando las esquinas, como si Vlad hubiera preparado el lugar con el esmero de un cirujano perturbado.
Samantha reconoció, sin querer, los olores…
Sudor rancio.
Sangre seca.
Cloro.
En el centro, junto a la mesa preparada para la ofrenda; bajo la luz del foco, había una silla. Al ser arrastrada hacia allí, pudo notar el abrelatas, botellas de detergente, cloro… En su desesperación, y cogiendo más fuerzas de lo último de sus energías corporales, intentó asirse a algo; pero solo cogió la botella de cloro que derramó en el suelo.
Vladimir se detuvo.
La miró desde arriba. Hacia abajo.
—No te preocupes —dijo condescendiente—, ya no creo que lo vayamos a poder ocupar.
Se agachó, la cogió entre sus brazos y la alzó. Vlad la levantó como si no pesara. La postró al centro de su macabro altar; a su alrededor: collares, anillos, trozos de tela rasgada, pulseras infantiles, un arete doblado y oxidado. Reliquias. Tesoros de quienes, como ella, habían conocido la oscuridad demasiado tarde para huir de ella.
Vlad tomó una correa. La acercó a su muñeca libre. Samantha reaccionó. Instinto puro. Le mordió la mano con todas sus fuerzas. Sintió la goma bajo sus dientes.
No hubo sangre; no de manera inmediata. Pero sí un crujido. La empujó contra su voluntad hasta planchar su espalda sobre la superficie de la mesa.
Intentó atarla de nuevo.
Samantha pataleó desesperada, con los últimos derrelictos de su

fuerza corporal. Su pie impactó una bandeja metálica. Los objetos cayeron al suelo, sonando como campanas rotas. La violencia del momento rebotó en la habitación como un eco profano. Vlad retrocedió un paso. Samantha no perdió el tiempo. Se incorporó tambaleándose, con los tobillos aún atados sin darse cuenta, y corrió; o lo intentó. El plástico resbaloso le jugó una trampa cruel y resbaló.

Cayó de bruces.

Un dolor agudo le atravesó la rodilla.

Detrás de ella, los pasos de Vlad, pesados e inexorables, le daban alcance.

Samantha gateó hacia la pared. Sus uñas arañaban el plástico. Rasgaban su superficie mientras la cadena suelta de un lado y abrochada alrededor de su muñeca del otro tintineaba sobre el piso bajo el plástico.

Escapar era inútil.

Vlad la alcanzó.

Le agarró del cabello y tiró de ella hacia atrás; desandando su escapatoria. Samantha gritó. Gritó como nunca en su vida. El alarido producido desde su garganta agrietada se partió y terminó en un llanto incontenible.

Vlad la lanzó contra la silla.

Esta vez, con brutalidad premeditada.

Luego la alzó como si fuera un muñeco de peluche y la azotó de nueva cuenta sobre su altar improvisado. Las reliquias de las muertes pasadas salieron desprendidas hacia todos lados. Samantha sintió el golpe de metal contra su columna. El aire salió de sus pulmones en un gemido seco.

Vlad trabajó rápido.

Correas.

Brazos.

Piernas.

Cintura.

Sujetándola como a una pieza de carne lista para la disección.

Ella movía las caderas, sacudía la cabeza como una criatura

enloquecida. No se rendiría. No moriría allí. Vlad jadeaba. Se oía su respiración detrás de la máscara. Pesada. Frenética. Extática.
De la bandeja cayó un objeto pequeño. El abrelatas de nuevo. Samantha lo vio caer al suelo. Una idea primitiva cruzó su mente: arma; esperanza. La cadena de su brazo izquierdo aún no estaba completamente asegurada. Samantha se abalanzó hacia él con la mirada fija en el metálico aparato. Agarró el abrelatas. Lo blandió como un puñal improvisado.
Gritó.
Un rugido salvaje.
Le rasgó la máscara. El metal cortó la goma vieja.
Vlad retrocedió tambaleándose. Samantha aprovechó el segundo de desconcierto y se arrojó como una posesa sobre él; los sonidos guturales con los que la presa daba caza a su captor eran igual de aterradores que la escena en completitud. Apuñaló a Vlad una, dos, tres, cinco, siete, nueve veces, hasta que el asesino de Tinder la logró arrojar desde encima de sí hacia un costado del lugar, donde ella se golpeó con el filo del contenedor de la madera para la chimenea.
Él se acercó a ella, brutal y enloquecido.
Golpeó.
Golpeó.
Golpeó.
El abrelatas repiqueteaba sobre el piso ya desgarrado de su cobertura plástica, empuñado por quién sabe qué fuerzas de supervivencia de Sam, mientras el monstruo la desfiguraba a golpes; y la carne de él, hecha jirones bajo la máscara, salía como piltrafas desbordantes de un rostro desdibujado.
Vlad azotó su nuca contra el suelo y, como si el rebote de su cráneo le diera un impulso necesario, la levantó hasta la mesa, donde la volvió a superponer en la superficie.
El dolor le nubló la vista.
Entonces, Vlad se quitó la máscara y la miró directo a los ojos, mientras ella intentaba recomponerse, mientras ella intentaba volver en sí.

El brillo de Vlad al descubrir que conscientemente ella lo miraba era casi como de amor.
Se flexionó hacia ella y la besó. El príncipe y su amada.
Mientras le robaba el aliento, boca a boca, con su mano apretó las fosas nasales de Sam de tal forma que le fuera imposible respirar. Samantha, sin comprender lo que pasaba, frunció el ceño; luego, al entenderlo todo, su expresión fue tal que desorbitó los ojos de pánico. Ella intentó respirar, pero el aire extraído de la respiración de su asesino, directo de sus pulmones, estaba enrarecido por el dióxido de carbono. Saturado.
Al principio, solo la colmó una ansiedad inconmensurable, una urgencia tremenda, casi animal.
Luego comenzaron los temblores.
Después el hormigueo en las manos. La boca de Vlad seguía sellando la suya, firme, ritualista.
El beso de la muerte.
Intentó apartarlo con desesperación, pero sus brazos ya no tenían fuerza alguna. Sus pupilas se comenzaron a dilatar. Y, entonces… todo se apagó.

—¡Ahí están! —dijo el piloto, señalando al suelo. Tres estructuras: dos de ellas apagadas, una con señales térmicas activas.
Úrsula apretó el auricular contra su oído.
—¿Cuántas firmas de calor?
—Una fija. Otra más errática, débil.
Miró a Jonas.
—Puede ser ella —susurró.
El helicóptero descendió a una distancia segura. El equipo se desplegó con las armas listas y los rostros determinantes. Cada paso sobre la nieve era un crujido que pesaba sobre sus hombros.
La cabaña surgió entre los árboles. Oscura. Sorda. Expectante.
Úrsula levantó el puño.
Se acercaron en formación cerrada.
La puerta principal estaba cerrada. Pero no asegurada. La misma firma de Vlad: cerrar sin bloquear. Confiar en el aislamiento para protegerse.

Úrsula apoyó la mano en el picaporte. Respiró hondo.
Contó quedo:
—Tres. Dos. Uno.
La puerta se abrió de golpe. Y el infierno los recibió.

VEINTINUEVE

El frío no dolía ya.
Samantha había cruzado ese umbral hacía mucho, cuando dejó de sentir los dedos de los pies, luego de las manos, y finalmente la frontera misma entre su cuerpo y la nieve.
Ahora era solo una criatura primitiva, empujada por el último impulso que quedaba: sobrevivir.
Detrás de ella, la cabaña ardía.
La policía había irrumpido como una ola negra, en el último latido; pero Vlad no era un animal fácil de cazar. Había preparado una escapatoria oculta desde su madriguera, como una trampa, hacia el bosque.
Los disparos allá atrás eran las metralletas automatizadas y los drones explosivos, caseros, con los que Vlad se defendía con total virulencia; los gritos de los policías, las órdenes de la mujer a cargo, se perdían en la ventisca.
Samantha ya no miraba atrás.
No importaba si la salvaban. No importaba si lo atrapaban.
Todo lo que importaba era poner un aliento delante del otro; hasta que no quedara nada de ella para seguir respirando. Era una idiotez, pero después de haber sido asfixiada por Vlad, y sabiendo que estuvo a punto de morir si no hubiese sido por la irrupción del operativo de su rescate, cada respiración era un milagro encarnado a sus ojos.
Vivía tiempo extra, de prestado.
Vlad avanzaba entre la bruma y los arbustos como un espectro. Con ella a los hombros. Su figura oscura parecía una extensión de la tormenta que se les caía encima.
No corría. No lo necesitaba.
Sabía que el miedo los estaba desgarrando a todos por dentro; menos a él. No entendía por qué hacía lo que le estaba haciendo ni

qué quería lograr; pero estaba segura de que a él tampoco le importaba el final. Ya no; el final, de una u otra forma, ellos dos ya lo habían superado.
Ya no había nada de lo que escapar.
Samantha divisó algo.
El lago.
El inmenso Frostheaven Lake, congelado hasta donde alcanzaba la vista.
Un desierto blanco, vacío, sin refugio, sin misericordia. Y, aun así, puso un pie en la superficie. Notó entonces su desnudez.
El muy cabrón me sacó desnuda a la tormenta, pensó con torpeza infantil.
El hielo crujió como un susurro de advertencia.
Vlad se detuvo.
De reojo, ella lo miró; tampoco Vlad estaba abrigado. Si bien no estaba encuerado, estaba en camiseta sin mangas, de tirantes, y pantalón. Vio, entonces, las marcas extrañas en su antebrazo. Eran como jeroglíficos. Al verlos, instintivamente, intuitivamente, sintió su piel y notó las afiladas lastimaduras en cada rincón de su ser.
Recordó cómo le había punzado la piel con el abrelatas por cada centímetro de su cuerpo. El dolor la alcanzó en un arrebato y ahogó un grito, por la carencia de fuerzas.
—Ya va a acabar todo, preciosa —musitó Vlad.
El primer paso fue el más difícil. Los demás vinieron como un latido desbocado. Corrió. Corrió sabiendo que el hielo traicionaría su huida y, aun así, desencadenó su carrera. Corrió porque no habría muerte rápida.
Los policías gritaban su nombre desde la orilla. Las luces estroboscópicas, rojas y azules, de las patrullas parpadeaban en la distancia, fantasmagóricas, deformes por la ventisca. Pero la distancia era infinita, aun cuando se iban acercando vertiginosamente, y no parecían ser más de tres kilómetros los que les había aventajado Vlad.
Y el hielo, delgado, anunciaba que su incontinencia estaba por ser alcanzada.

Sintió, ella misma, otro crujido intenso bajo los pies de su secuestrador.
Tampoco se detuvo.
El último crujido fue un alarido. Una fractura serpenteó hacia todos lados desde ellos, como un nido de serpientes del que huyeran todas sus habitantes al mismo tiempo.
Serpientes sobre el cristal de hielo de Frostheaven Lake.
Y entonces supo, mientras el hielo gemía, que el final había llegado.
—¡Ahí están! —oyó que decían a lo lejos, al tiempo que media docena de reflectores la deslumbraban.
¡CRASH!
El agua helada los envolvió con una contundencia total.
Ni siquiera fueron capaces de gritar, gemir, sufrir; como por un artilugio de la biología, sus cuerpos, inmediatamente, se contrajeron sobre sí mismos. Los dientes, dolían; eso sí; era por la fuerza con la que la mandíbula se cerraba, se les sellaba. Luego, las caricias gélidas del agua helada comenzaban a someterles a una ingravidez del alma tal, que pensaba Sam que su espíritu se le escaparía del cuerpo. No había dolor, ni sufrimiento; era una opresión suprema que la cubría toda.
De inmediato vino la sensación de congelarse.
El hielo se les colaba, o eso sentía ella, como microscópicas agujas que iban adentrándosele por cada uno de los poros de la piel. Así se fue helando bajo el lago.

Los policías la alcanzaron minutos después.
Ella no sentía nada.
No oía nada.
Solo vio la cara de Vlad, instantes antes, flotando bajo el hielo, pasándole su último aliento en una conjura de sus labios; luego la soltó bajo el agua, y la corriente se lo llevó vertiginosamente hacia el fondo, al tiempo que la misma corriente, como una entidad justiciera, la arrojaba hacia la superficie bajo el vidrio de hielo del lago.
Sam se revolcaba bajo la superficie, intentando salir a respirar, golpeando el hielo. Viendo siluetas desdibujadas sobre ella que le

gritaban cosas y tronaban el hielo siempre unos pasos más atrás o más adelante a su andar acuático. Sin éxito.
La sacaron.
Arrebatándosela de las garras de la inexistencia, al lago helado.
La arrastraron fuera del hielo, envolviéndola en mantas térmicas un instante antes de morir.

◆ ◆ ◆

Semanas después, la primavera llegó a Frostheaven Lake. El hielo se rompió en placas flotantes. Buzos buscaron el cuerpo. Intentaron encontrar pedazos, vestigios que dieran cuenta de lo que le pasó al asesino de Tinder.
Pero no encontraron nada.
Ni su máscara. Ni sus ropas.
Era como si el lago, en su infinita misericordia, se lo hubiera tragado entero.
Pero la gente del pueblo, los que sabían, los que recordaban, miraban el lago en silencio y juraban, a veces, ver una sombra moviéndose bajo las aguas.
Una promesa, o una advertencia, o una condena.
Había otros, dicen, cuentan que platican en los bares de Frostheaven Lake, que el barco pesquero El Aullador, antes de hundirse inexplicablemente, dio alerta de encontrar, en una de sus jaulas: un cuerpo marcado con inscripciones diabólicas, o un brazo con letras antiguas grabadas sobre la piel, o un náufrago que rescataron; con el cuerpo entero cubierto con tatuajes mágicos que reescribían su historia mientras burlaba las amenazas de la muerte; un náufrago que, congelado, no moría…

Samantha se mudó lejos de Frostheaven. A un lugar donde el invierno no podía alcanzarla. Donde los lagos eran pequeños, y el hielo no era una amenaza.
Intentó olvidar. Se forzó a construir una vida nueva con nuevas rutinas. Nuevos olores. Nuevos miedos. Pero, algunas noches, cuando la temperatura caía un poco más de lo normal, se

despertaba jadeando; soltando manotazos para todos lados. Con las sábanas empapadas de sudor frío. Y podía jurar que sentía el crujir del hielo bajo sus pies, que veía, en la esquina de su habitación, una silueta alta, inmóvil, observándola, esperándola.

La última vez que alguien vio a Rühmann fue en un sendero cerca de un pequeño lago. Se tambaleaba. Había bebido hasta casi la inconsciencia en una taberna del pueblo una tarde de otoño.
El lago se tragó el silencio. Y Frostheaven Lake volvió a dormir; por el momento.

FIN

BOOKS BY THIS AUTHOR

La Chica Que Jugaba Americano

INSPIRADA EN HECHOS REALES

Durante la temporada regular 2024-2025, el Ministerio Nacional del Deporte y la Liga de Football Americano A.C. fueron sacudidos por un crimen atroz en las inmediaciones del campo de entrenamiento de las Vaqueritas de Nuevo Nativitas. Lolita "Furia" Cortez, una de las jugadoras más destacadas, fue brutalmente asesinada. Su compañera de equipo, la seleccionada nacional Socorro Huacuja, fue señalada como la principal sospechosa, ya que, horas antes del crimen, ambas protagonizaron una violenta pelea frente a sus compañeras.

Semanas después, en un contexto marcado por presuntas vinculaciones con casas de apuestas clandestinas, la creciente presión del crimen organizado y el inesperado interés del narcotráfico en una liga tan poco conocida del deporte mexicano, la comunidad deportiva internacional quedó atónita ante una tragedia aún mayor: la masacre de todo el equipo de las Griffins, de la liga lingerie, en pleno partido.

Esta historia reconstruye los acontecimientos que conmocionaron al mundo del deporte y expone las siniestras conexiones que permanecieron ocultas hasta ahora.

Aun cuando los nombres de las personas, las organizaciones

criminales y las instituciones gubernamentales y privadas han sido alterados, todos los personajes de esta obra, incluidos los imaginarios, podrían ser reales.

La Sombra

Una mujer en camisón, ensangrentada, corre por una de las avenidas principales de la ciudad durante una noche de tormenta. Grita con desesperación, llamando a su hijo. Le sacaron los ojos. Un tráiler trata de esquivarla. Aquello es el epicentro de un accidente vial. Mueren dos mendigos refugiados en una parada de autobús, dos pasajeros de automóvil y la mujer a quien la prensa no tarda en nombrar: La Llorona.

A ella y a las otras dos.

Al mismo tiempo, en dos ciudades distintas, otras dos mujeres bañadas en sangre, sin ojos, vestidas sólo con su camisón y bramando por sus hijos, serán las causantes de dos aparatosos accidentes de tránsito.

Minutos después, en plena madrugada, el inspector Gregorio Ross será sacado de su cama y reincorporado a sus labores policiales tras una baja temporal. A partir de ahí, Ross, su nueva compañera, la inspectora Shany Ryc, y el resto del departamento de homicidios de la Agencia Nacional de Investigaciones Especiales librarán una batalla contra reloj para detener a un asesino en masa que comenzará a aterrorizar al país con una serie de ataques virulentos que emulan leyendas terroríficas y que irán escalando en violencia y complejidad.

Tic
Tac
Tic
Tac

¿Podrán detenerlos?

Tic

Tac

Tic

Tac…

Lo Que Hemos Perdido

En un mundo donde el verdadero terror pasa desapercibido, tres historias entrelazadas convergen en una cacería desesperada tras un demonio que rapta a niñas inocentes.

Después de un trágico accidente automovilístico, el espíritu de Joaquín se desprende de su cuerpo, pero su alma no encuentra el descanso. En lugar de regresar a su propio cuerpo, termina atrapado en el de su sobrina, Daniela, una niña de primaria que comienza a ser acechada por entidades demoníacas. Con su cuerpo en coma y su sobrina en peligro, Joaquín debe luchar desde dentro para protegerla, mientras las señales de una posesión diabólica se hacen cada vez más evidentes.

Enparalelo, una bruja enigmática, con el don de encontrar lo perdido mediante oscuros rituales, es contratada por la policía para localizar a las víctimas de un asesino serial que secuestra niñas. Lo que comienza como una búsqueda de pistas la llevará a enfrentarse a las fuerzas más siniestras de lo sobrenatural, mientras un ente demoníaco, hambriento de caos, amenaza con desatar una ola de terror aún mayor.

Un grupo de valientes policías, liderados por un alto mando

devastado por la desaparición de su propio hijo, se adentra en la investigación del asesino serial. Pronto descubren que el monstruo al que persiguen no es humano, y que la batalla por salvar a las niñas perdidas se libra tanto en el mundo físico como en el paranormal.

Mientras las vidas de estos protagonistas se entrelazan, se desencadena una lucha frenética por la supervivencia, donde espíritus y demonios acechan desde las sombras. En una carrera contrarreloj, deben enfrentarse a sus propios miedos más profundos y luchar contra la oscuridad que los rodea.

En esta vertiginosa historia, el horror y lo sobrenatural se funden, desdibujando la línea entre la realidad y la pesadilla. ¿Te atreves a adentrarte en su oscuridad?

La Dislocación De Los Deseos

En "La dislocación de los deseos", novela finalista del Premio Literario Amazon Storyteller 2022, acompañamos a Octavio, un joven recién separado cuya vida toma un oscuro giro cuando se ve arrastrado por un abismo de vicios y soledad. Sin embargo, en medio de su caída, un reencuentro con viejos amigos y amores del pasado desencadena una serie de eventos inimaginables.

La trama se complica cuando su mejor amigo le revela la existencia de una enigmática sociedad secreta compuesta por militares de alto rango, exjefes revolucionarios, políticos, artistas y personas poderosas. Octavio se siente intrigado y decide investigar más a fondo. A medida que se adentra en el misterio de esta sociedad, una serie de extrañas coincidencias y personajes peculiares se cruzan en su camino, advirtiéndole sobre los peligros que le aguardan.

A pesar de las advertencias, la curiosidad de Octavio lo impulsa a buscar respuestas. Pronto, se encuentra en el camino de la Orden, donde descubre secretos inquietantes y realidades sorprendentes.

Mientras tanto, su vida personal también toma un giro inesperado cuando reaviva una intensa relación con un amor del pasado.

Conforme Octavio se inicia en la sociedad secreta y se sumerge más profundamente en su relación amorosa, su mundo se vuelve cada vez más peligroso. Muertes inesperadas, traiciones, conspiraciones militares y rebeliones subversivas amenazan su existencia, obligándolo a huir de la ciudad, de sus relaciones y, en última instancia, de sí mismo en busca de seguridad.

La novela sigue a Octavio en su desesperada lucha por escapar de la persecución de la Sociedad Secreta y encontrar la paz y el amor que anhela. Sin embargo, el destino parece estar decidido a atraparlo, y a medida que se adentra en un mundo donde nada es lo que parece, se pregunta si alguna vez podrá superar los desafíos que se le presentan y encontrar la serenidad que tanto ansía.

"La dislocación de los deseos" es una intrigante exploración de la búsqueda de identidad, el amor y la lucha contra fuerzas ocultas. Octavio se embarca en un emocionante viaje lleno de giros y sorpresas, donde el lector se verá inmerso en un mundo de secretos, traiciones y deseos desgarradores.

Esta novela finalista del Premio Literario Amazon Storyteller 2022, es una historia trepidante que, a través de un lenguaje irreverente y fresco, refleja la cultura mexicana contemporánea con gran intensidad y, al mismo tiempo, de forma cautivante; abordando y entrelazando las vidas de sus personajes que a pesar de ser tan dispares convergen en relaciones vertiginosas, iniciaciones sectarias, sociedades secretas, guerrillas, conspiraciones militares y, lo más peligroso: la búsqueda interminable del amor y la irrefrenable huida de la soledad; llevándolos a situaciones imprevistas, dramáticas, instigadas por el destino, aparentemente intrascendente, de una vida de fiesta y seducción.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por llegar hasta aquí.

Espero, de corazón, que esta historia te haya atrapado, inquietado, conmovido y entretenido. Para mí, tu lectura es un inmenso regalo. Gracias por darme la oportunidad de acompañarte, aunque sea solo por unas horas, con estas páginas.

Si te parece, me encantaría conocer tu opinión en una reseña de Amazon y Goodreads. Más allá de echarme la mano —que lo harías, y mucho— tu comentario podría orientar a otros lectores sobre lo que encontrarán en este libro, y así ayudas a que esta lectura llegue mucho más lejos.

Te invito, también, a visitar mi página web, donde encontrarás novelas gratuitas, relatos de regalo, información sobre mis próximas presentaciones, lanzamientos y otras cosas relacionadas a mi escritura que pudieran interesarte:

www.chrispa8.com

Quiero compartirte, además, que durante la investigación para esta novela, me sorprendió descubrir una paradoja escalofriante: Si bien el número de asesinos seriales ha disminuido las últimas décadas, su violencia y sofisticación han crecido de forma alarmante. La tecnología —como casi todo lo humano— juega un doble papel donde, por un lado, permite prevenir, monitorear e identificar con mayor facilidad y precisión a los criminales; pero donde, por otra parte, otorga herramientas más eficaces, anónimas y letales a

quienes deciden romper el pacto social apalancados en las vanguardias tecnológicas. Y aunque algunos criminales han sido descubiertos y hasta detenidos por la proliferación de cámaras públicas, redes de apoyo social, sistemas de búsqueda y captura policiales —más tecnológicos— y la masificación de la información; otros, en cambio, se han convertido en seres más temibles y monstruosos pues, dominando el aprovechamiento de la inmensidad y accesibilidad de los datos de sus víctimas potenciales y paradójicamente el escudo del anonimato digital en su actuar, se han vuelto más proactivos, prolíficos, más sangrientos y más indetectables.

Esta novela no habría sido posible sin las herramientas tecnológicas vanguardistas que me han permitido encontrar, seleccionar y procesar el océano de información disponible hoy en día sobre crímenes, a nivel global, perpetrados con y gracias a las aplicaciones de citas y a las redes sociales. Asimismo, al constante apoyo y direccionamiento de mis queridos amigos, y asesores, que, en su momento, formaron parte del US NAVY y los judiciales y ministerios públicos del extinto Ministerio Público Especializado de la antigua Procuraduría General de la República; su experiencia y mirada crítica fueron claves para cuidar la verosimilitud de esta obra de ficción literaria. Gracias por todo, pero, por sobre todas las cosas, GRACIAS POR SU SERVICIO.

Gracias, de todo corazón, a mis lectores beta: Xia y Beto.

Y gracias, de nuevo, a ti, lector, por leerme. Nos vemos en la próxima historia, lo espero con ansias.